

*Compra a Senar 35.⁰⁰
marzo 74*

FIGARO.

TOMO TERCERO.



D. MARIANO JOSE DE LARRA (1)

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana :
Vano romedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,
Y dejó su existencia carcomida,
Como una virgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacio ya de ensueños y de gloria,
Y se entregó á ese sueño sin memoria,
Que nos lleva á otro mundo á despertar.

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano ;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura,
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión,
Sobre la tierra que habita
Es una planta maldita
Con frutos de bendición.

(1) Esta composición fue leída por el joven poeta D. José Zorrilla al depositar el cadáver del malogrado Larra.

Duerme en Paz en la tumba solitaria
Donde no llegue á tu cegado oído
Mas que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantara por ti:
Esta será una ofrenda de cariño
Mas grata, sí, que la oracion de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño
Memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo
De los Poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de yelo
Fetidez y corrupcion:

¡Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
Y darle a la despedida
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detras de ese firmamento....
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de Ti.

JOSE ZORRILLA.

4/1509
FIGARO.

COLECCION DE ARTÍCULOS DRAMATICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS
Y DE COSTUMERES,

PUBLICADOS

EN LOS AÑOS 1832, 1833, 1834, 1835 Y 1836 EN EL "FORRECIÓN HABLADOR" LA
"REVISTA ESPAÑOLA" EL "OBSERVADOR" LA "REVISTA MENSAJERO"
Y EL "ESPASOL."

POR

DON MARIANO JOSE DE LARRA.

TOMO TERCERO.

MONTEVIDEO.

IMPRENTA ORIENTAL.

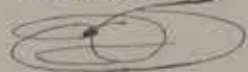
1838.

I 194.480



MARIANO JOSÉ DE LARRA

M. J. de Larra



..... On me dit qu'il s'est établi dans Madrid un système de liberté, qui s'étend même à la presse ; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose ; je puis, tout imprimer librement, sous l'inspection de deux ou trois Censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un écrit.

BEAUMARCHAIS, *Le Mariage de Figaro*. 1784

LITERATURA.

Rápida ojeada sobre la historia é índole de la nuestra—Su estado actual—Su porvenir—Profesion de fé.

La política, interes principal que absorbe y llena en el dia todo el espacio que á la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro á la literatura el lugar que de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la expresion, el termómetro verdadero del estado de la civilizacion de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los estrangeros que al concluir nuestro siglo de oro espiró en España la aficion á las bellas letras. Si pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura habia tenido un caracter particular, el cual ó habia de variar con la marcha de los tiempos, ó habia de ser su propia muerte, zino queria transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba á despuntar en el horizonte de la Europa, Impregnada del orien-

talismo que nos habian comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puédese asegurar que habia sido mas brillante que sólida, mas poética que positiva. A esta sazón, y cuando nuestros ingenios no hacian, ni podian hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, antes de que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa que dió el impulso investigador á otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el *nec plus ultra* que habia de volvernos estacionarios. La reforma abrió un nuevo campo á los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron á luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza á la reaccion religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplacion forzase á los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, á lanzarse en la nueva senda que delante de sí veian abierta. De aquí la tolerancia que fué forzoso á los legisladores adoptar en política y en religion; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filósofos, propagadores del gérmen de una revolucion en las ideas, que debia ser sangrienta, por que no la hacia allí la predicacion, sino la violencia. La España estaba mas lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros países caducaban ya, eran nuevas todavia para ella, por que recien salida de la larga dominacion musulmana, veia todavia en el catolicismo el *paladium* que la habia salvado. Siete siglos ademas de guerras y rencores religiosos debian haberla hecho

mas fanatica; ¿qué mucho pues que el impulso de la reforma se hiciese apenas sentir en sus habitantes, mas bien ocupados en sus intestinas discordias, que envueltos en el movimiento general, de que hacia tiempo la habian segregado sus intereses particulares? Ella fué por el contrario el refugio de los venecidos de otras partes; aquí se vinieron á hacer fuertes contra la invacion *reformista* los que habian sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecucion religiosa, amalgamada con el celo fundador y apostolico que nos llevaba á descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacia mas llevaderas unas cadenas, de que podiamos hacer cirineos á tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista nos lo doraba. ¿Qué mucho que la España de entonces trocase su libertad interior por el dominio en lo exterior, si hemos visto en los tiempos modernos á una gran nacion que se decia harto mas adelantada, á una nacion que parecia haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la mas sangrienta revolucion, si la hemos visto, decimos coronar á un nuevo déspota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra á los republicanos mas ardientes laureles perecederos, y el oropel de una pasajera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que habia llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las comunidades, añadió á la tiranía religiosa la tiranía política; y si por espacio de un siglo toda-

vía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fué mas que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un caracter sistemático investigador, filosófico, en una palabra, *útil y progresivo*. Imaginacion toda, debia prestar mas campo á los poetas que á los prosistas: asi que, aun en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísico—morales, de que podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente mas completa que ninguna otra nacion, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solís, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun esos se ofrecieron mas bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época: influidos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante, adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas como verdaderas causas políticas: trataron mas bien de lucir su claro ingenio en estilo florido, que de desentrañar los móviles de los hechos que se veian llamados á referir. Mas parecieron sus escritos una recopilacion de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles, que una historia razonada. No sabiendo delindar la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar á hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginacion, se vió mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pues que hasta los mismos libros de caballerias tuvieron su origen en

la peninsula Española. En ella podemos citar escritores excelentes, si contados. El Ingenioso Hidalgo, último esfuerzo del ingenio humano, bastaria á adjudicarnos la palma, aunque no tuvieramos otras que presentar en lugar privilegiado, si no tan eminente. Pero esta época fué de corta duracion, y despues de Quevedo, la prosa volvió al olvido de que momentaneamente la habian sacado unos pocos, solo al parecer para dar una muestra al mundo literario de lo que era permitido hacer en este género á la lengua y al ingenio español.

Poco despues la literatura se refugió al teatro, y no fué por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse: no hizo mas que decaer.

A fines del siglo pasado volvió á brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurreccion, que se habia acaesado llevado á cabo, si los disturbios políticos no se hubieran apresurado á sofocar el germen sembrado durante el feliz reinado de Carlos III. Dado ya el impulso, sin embargo era forzoso que algunos efectos siguieran á la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embrutecimiento y la servidumbre en que habian caido los pueblos, habian hecho menos recelosos á los tiranos: si bien los mas perspicaces oian ya el rumor sordo de la próxima tempestad, no era seguramente en España donde debia de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra predisposicion, que al verificarse aquel, ningun miedo de contagio infundió en el gobierno español. Al contrario, el mismo habia sido una de las causas de la propagacion de las ideas nuevas, apoyando la rebelion de las primeras colonias americanas que se separaron de su metrópoli. A fines, pues, del siglo pasado apareció en España una juventud menos apá-

tica y mas estodiosa que la de las anteriores generaciones, pero juventud que, al volver los ojos atrás para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vió si no una inmensa laguna: desesperando entonces de unir el cabo interrumpido, y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, creyó no poder hacer cosa mejor que saltar el vacío en vez de llenarlo, y agregarse al movimiento del pueblo vecino adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Viose entonces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallámos en el término de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzan, Huerta, Moratin el padre, Melendez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros, restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿como? introduciendo en nuestro siglo XVIII el gusto francés, bien como en el XVI habian otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las mas veces, repugnándolo casi siempre. El espíritu de analisis, *dissecador*, digámoslo así, y el espíritu filosófico francés, hicieron sentir su influencia en nuestra regeneracion literaria. Los agentes de ello, queriendo con todo creerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio *la expresion*; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales. Así que, en poesia vimos conservado el saber poético de nuestros buenos tiempos, parecíanos oír todavia la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fué declarado delito toda innovacion en el lenguaje de Cervantes. Iriarte, Cadalzo y otros, se declararon á todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con

las armas de la sátira, al paso que Melendez, Jovellanos, Huerta y Moratin sostenian la misma opinion con el ejemplo.

Este es el lugar de hacer una observacion esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la expresion del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada ó escrita, no es mas que la representacion de las ideas, es decir, de eso mismo progreso. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas á las viejas, combinaciones de hoy á las de ayer, analogías modernas á las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresion de esos mismos progresos, perdonennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisieramos, sin ir mas lejos en la cuestion, ver al mismo Cervantes en el día, forzado á dar al público un artículo de periódico acerca de la *elección directa*, de la *responsabilidad ministerial*, del *crédito* ó del *juego de bolsa*, y en él quisieramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido á semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora como constituian la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes que escribia para vivir, cuando no se escribian sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir tambien, artículos de periódico, hoy que no se escriben sino artículos de periódico. Lo mas que pueden los puristas exigir; es que al adoptar voces y giros, y frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

Hé aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneracion literaria: quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vertirlas con la lengua propia; pero esta lengua desemejante de la túnica del Señor, no habia crecido con los años, y con el progreso que habia de representar; esta lengua tan rica antiguamente, habia venido á ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venia estrecho á quien le habia de poner. Acaso sea esta una de las trabas que nuestros literatos tuvieron entonces para entrar mas adentro en el espíritu del siglo. De esto seria una prueba la inculpacion que á Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teniamos filosófico, el primero que habia tenido que luchar con su instrumento, y que le habia roto mil veces en un momento de cólera ó de impotencia? Si puestas razones no tuvieran peso suficiente, habria de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, á quienes nos vemos forzados á imitar, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido la suya con voces de todas partes. Por que nunca preguntaron á las palabras que quisieron aceptar *¿de donde vienen?* sino *¿para que sirven?* Y medítese aquí que el estar parado cuando los demás andan, no es solo estar parado, es quedarse atras, es perder terreno.

Ademas de esta causa, que opuso tantas trabas á nuestros adelantos, habia otra, á saber: que el número de los que adoptaban el gusto francès, é importaban una nueva literatura, era reducido: eran entonces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, estacionaria todavia, tanto en lite-

ratura como en política. No queremos rehusarles por eso la gratitud que de derecho les corresponde; quisieramos solo abrir un campo mas vasto á la jóven España; quisieramos solo que pudiese llegar un dia á ocupar un rango *suyo, conquistado, nacional*, en la literatura europea.

No es nuestra intencion en esta reseña general entrar á analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil á nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavia. Despues que algunos nombres caros á las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, despues que nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luis XIV, las turbulencias políticas vinieron á atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno á falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entonces acá sin poder-nos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra, ó si seguiríamos siendo una postdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado! En este estado estamos casi todavia: en verso, en prosa, dispuestos á recibirlo todo, porque nada tenemos. En el dia numerosa juventud se abalanza ansiosa á las fuentes del saber. ¿Y en que momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas, y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral*, á la par de la *física*, porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolucion, de este inmenso progreso. En política el hombre no

vé mas que *intereses* y *derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar de consiguiente sino *verdades*. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades*, por que la imaginacion misma ¿ que es sino una *verdad* mas hermosa?

Si nuestra antigua literatura fué en nuestro siglo de oro mas brillante que sólida, si murió despues á manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresion de la sociedad nueva que componemos; toda de verdad como es de *verdad* nuestra sociedad; sin mas reglas que esa *verdad* misma, sin mas maestro que la *naturaleza*, joven en fin como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. Hé aquí la divisa de la época, hé aquí la nuestra, hé aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios criticos preguntaremos á un libro: ¿ nos enseñas algo? ¿ nos eres la expresion del progreso humano? ¿ nos eres útil?—*Pues eres bueno*. No reconocemos magisterio literario en ningun pais; menos en ningun hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo; no reconocemos una escuela esclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asighamos al que quiera seguirnos una tarea mas fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre: no le bastará como

al clásico abrir á Horacio y á Boileau, y despreciar á Lope ó á Shakespeare: no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Victor Hugo y encerrar las reglas con Moliere y con Moratin; no; porque en nuestra libreria campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderon, Moliere al lado de Lope; á la par en una palabra Shakespeare, Schiller, Goethe, Byron, Victor Hugo y Corneille. Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el dia literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al son de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo á la expresion y nada á la idea: sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y fero por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensando todo, diciendolo todo en prosa, en verso al alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como *debe ser*, sino como *es*, para conocerle; literatura en fin, expresion toda de las ciencias de la época, del progreso intelectual del siglo.

SATIRA

CONTRA LOS VICIOS DE LA CORTE.

"A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendo: de nadie bosquejaremos retratos; si alguna caricatura por casualidad se pareciesen á alguien en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará pues que deje de parecersele."

Pobrecito Hablador N.º 1.º Dos palabras.

Déjame, Andrés, que de la Corte huyendo,
de tantos vicios hórridos me aleje,
como en mi patria misera estoy viendo.

Ni te asombre que, al tiempo que los deje,
ya que enmendarlos mi razón no pueda,
en sátiras amargas los moteje.

Tú enhorabuena contemplarlos queda,
tú, á quien fortuna próspera ó contraria
salir de entre ellos para siempre veda.

Viva en la Corte el que sin renta diaria
trionfa y pelecha, y sin saber por donde
fija la rueda de la suerte varia.

Mírale andar en coche como un conde,
la bolsa llena de oro, y por su oficio
pregúntale, por ver si te responde.

Pues ese es jugador; noble ejercicio;

tiene en el *candelero* que sustenta
si no un condado real, un beneficio.

Y son las heredades con que cuenta,
y aquí vive, el *amarre* y el *pegote*,
y su casa y su honor que pone en venta.

¿Ves aquel otro erguido de cogote,
que también opulento y sin empleo
sabe existir? pues ese es un *pegote*.

Sin ese nunca hay boda, ni bateo
ni hay *ambigú*, ni baile, ni banquete,
ni hay partida de caza ó de recreo.

Al que encuentra en la calle le arremete,
y le pide, y le ostiga, y á que al cabo
le convida á comer le compromete.

Y no pienses hartarle con un pabo,
porque es un sabañón, aunque un poema
te recite al comer de cabo á rabo.

Que aun esa gracia tiene; pues no hay flema
que aguante los sonetos que te encaja
entre uno y otro cangilon de crema.

De todo habla incansable, y corta y raja,
lanzando un epigrama á cada uno,
pues no siendo sus versos todo es paja.

¿ Quien es aquel que ayer aun hecho un tuno,
roto parecía y andrajoso el Prado,
y hoy no saluda, en zancos, á ninguno?

¡ Pardiez que sé quien es ! un hombre honrado
que de prisa y corriendo con la moza
se casó de un señor encopetado.

A quien en vez de darle una coraza,
un destino le dieron, y se mama
dos mil duros, y gages, y carroza.

Y el muy desvergonzado se nos llama
padre de un hijo que nació á seis meses
de haber casado con la honesta dama.

L'ega ; háblale de honor ; con los Meneses
se dice emparentado y los Quincoces,
y segundo de casa de Marqueses.

Soy un hombre de honor diráte á voces,
que está de vanidad que ya rebienta
el muy : : : mas tú ya, Andres, bien le conoces.

¿ Ves aquel otro que en landó se ostenta,
con lentes, y cadenas, y trailla
de galgos por detrás, palco y la renta.

gasta de un Rey, causando maravilla ?
Pues ese debe el *frac* que lleva puesto,
y el *sobre-todo*, á un Sastro de esta villa.

Y el caballo al chalan, la casa á Ernesto,
la comida en la fonda, y cien sorbetes
en el café, y cigarros por supuesto.

Y al paso que en la Cárcel mil pobretes

por un duro se mueren de ictericia,
ese pasea libre de corchetes ;

porque es Conde y señor ; y aunque desquicia
con su vivir el orden, insolente
de las leyes se burla y la justicia.

¿ Quien es aquella que anda entre la gente,
abrumada de encages y diamantes,
que parece Sultana del Oriente ?

Esa es moza de prendas relevantes ;
un Intendente, aunque la vez soltera,
sostiene á la maldita y sus amantes.

Su madre, que la adiestra, hedionda, fiera,
vieja, pintada y con postizo, á infame
precio vendió su doncellez primera.

¡ Y es posible ! ¡ que horror ! ¿ no hay quien la llamo
por las calles á voces . . . *torpe y bruja*,
ni hay galera en Madrid que la reclame ?

¿ Y no quieres, Andres, que brame y cruja
el látigo tendido en la cloaca
que á Sodoma y Gomorra sobrepuja ?

Pues no llueve flamígera y opaca
rayos aquí una nube atronadora,
¿ querrás que yo no aplique mi triaca ?

¿ Quien es aquella cara que enamora,
con el gesto mirlado, rubio el pelo,
ceñido el talle y dengues de señora ?

¿ Es hombre, ó es muger ? Pisando el suelo
con ademán pulido, barbilucio,
gayado de colores el pañuelo,

en afeites envuelto, ¿ ese tan lucio.
tan vestido y compuesto, es algun digo
que del país nos vino de Confucio ?

Pues aqueese es un hombre ; un año exige
su tocado al espejo ; á ese bonito
le ampara protector, si es que nos rige,

la voz pública, Andres, un . . . pero ¡ chito !
huyo conmigo, Andres ; antes nos vamos,
que trague tanto crimen el Cocito.

¿ Qué haremos por acá los que ignoramos
el fraude y la lisonja, y la mentira,
y los que por orgullo no adalamos ?

Vibrar no sé para adular mi lira,
ni aguantar supe nunca humillaciones ;
la voz entonces en mi labio espira.

¿ Que suerte haré yo aquí con mis renglones,
yo que el humo jamas echo á ninguno
del incienso vertido en mis borrones ?

¿ Yo que no tengo el diálogo oportuno
de Iarco, ni su sal para la escena,
ni el aura injusta y popular de alguno ?

Aunque haga una comedia mala ó buena,

si no entiendo del teatro las intrigas,
¿ cuando á pública luz saldrá mi vena ?

Si no tengo allá dentro un par de amigas,
si no adulo al cortejo que las paga,
serán de mis comedias enemigas.

¿ He de alabar á un necio que se traga
como agua la alabanza no adquirida,
aunque el papel destroce, ó lo deshaga ?

¡ O he sufrir, en fin, cuando aplaudida
mi comedia enriquezca el escenario,
que mil reales me den ? No por mí vida.

¿ Pido limosna acaso, ó perdulario
coplero soy de esquina por ventura ?
¿ Y eso ha de producirme el incensario,

y el quemarme las cejas ? ¡ Que locura !
Cómanse con el resto ese dinero,
ó al hospital lo dén para una cura.

¡ No hay Vates ! gritarán : ¡ en lastimero
estado el teatro está ! . . . Dime, ¿ los Vates
se mantienen de versos, majadero ?

¿ O no hay mas que zurcir seis disparates
para grangear aplauso ? ¿ hacer escenas
tan fáciles como decir dislates ?

¿ Y quien protege las comedias buenas ?

¿ Los señores acaso ? ¿ El . . . ? ¡ Vive el cielo !
¡ Y las oyen tal vez á duras penas !

Mal haya para siempre el torpe suelo
donde el pícaro solo hace fortuna ;
donde vive el honrado en desconsuelo ;

donde es culpa el saber ; donde importuna
la ciencia, y donde el genio perseguido
ahogados mueren en su propia cuna ;

donde no es otro mérito atendido
que el oro ; donde el mísero atropella
El coche de un bribon vano y henchido ;

donde en millones nada, por su estrella,
quien al pueblo los roba desongrado
en un destino que le dió una bella ;

donde al ciento por ciento dá prestado,
sin que nadie lo mate, un usurero,
y vive rico, alegre y respetado.

Donde el abate aquel farandulero,
que mudó de opinion cual de camisa,
lleva su moza al Prado de bracero ;

donde marcha la faz bañada en risa,
el crimen descarado, alta la frente,
corrompiendo el terreno por dó pisa . . .

¿ Y esto es vivir. Andres ? ¿ Y entre esta gento
me invitas á quedarme ? ¿ Porque indicio
pudiste sospechar que esté demente ?

Viva aquí el abogado que en su oficio

hace blanco lo negro, y que defiende
la virtud ofendida como el vicio.

Y el médico aquí viva, que se entiende
con algun boticario, y nos receta
drogas que á medias con aquel nos vende.

Mas yo, que soy un mí-ero poeta,
antes que por decir verdades claras
en un encierro un alguacil me meto,

y me cuesten mis sátiras mas caras,
ó en el hospicio muera mí-erable,
quiero del riesgo huir docientas varas :

que ni es lícito hablar, donde intratable
pone á la lengua la mordaza el miedo,
y ¡ ay del primero que rompiéndolo hable !

A Dios te queda, Andres : que ya no puedo
tanta bñs sufrir, ni tanta ira,
y ¡ ay de mí, triste, si á verterla quedo !

Que si Apolo su fuego no me inspira,
para hacer buenos versos contra el vicio
sabrà la indignacion templar mi lira.

Y mientras que huyo el riesgo á su ejercicio,
viva en la Corte el que gustarle sabe,
y el que de embrollos guste y de bullicio,
viva en la Corte, y que la Corte alabe. (1)

(1) Con la firma del Bachiller Munguia, publicó esta sátira D. M. J. de Larra en el *POBRECITO HABLADOR* durante el Ministerio de Calomarde.



EL FIN DE LA FIESTA.

Gran cosa es soñar, sobre todo para el que pueda buena-mente soñar despierto, que soñar dormido eso cualquiera lo hace, y la dificultad entonces ya no está en soñar, sino en dormir. Pero dejando aparte si en general dormimos ó soñamos, y si nos movemos para despertar, ó si solo nos volvemos del otro lado, así como el punto discutido de si son los sueños combinaciones casuales que se forjan y complican sobre ideas conocidas, ó proféticos y misteriosos anuncios del porvenir, porque en esto ni han andado los pueblos muy acordes ni los filósofos muy acordados, me limitaré á sentar la proposición de que hay quien sueña, y quien sueña á voces, sin contar los que sueñan á golpes y porrazos. Hay tal que sueña además lo que le está pasando; y muchas veces acontece decía Sancho, soñar uno que se cae de una alta torre á un hondo abismo y encontrarse al despertar sin saber como ni por donde, cubierto de contusiones y cardenales: esto es precisamente lo que suele suceder á los que sueñan en política.

Quisiera yo además, que me asegurasen hábiles fisiólogos, cuando sueño y cuando estoy despierto, porque es á veces tanta la confusión que de la contrariedad de los sucesos nace en mi fantasía, que perdido ya el hilo, me entrego á creerlo y á dudarlo todo, y no diera un real de á ocho por la certeza de aquello mismo que estoy viendo. ¿Como de esas veces nos ha ocurrido tener ya encontrado un tesoro, y apre-

tarle con las manos y restregarnos los ojos, exclamando "Oh, esta vez estoy despierto: esta vez no se escapará" y despertar á poco varías las manos y llena la cabeza! A esos tales hábiles fisiólogos preguntariales de buena gana, por ejemplo, si fué realidad lo del año 20 ó pesadilla, si fué obra de somnánbulos lo del 23, ó verdadero candilazo de moro encantado, y si salen los sueños de muchas gentes de ahora por la puerta de marfil ó por la de cuerno, según la clasificación que de los sueños ciertos y mentidos hizo Homero.

Adonde iríamos á parar con tal preámbulo y donde despertaríamos, si nos dejaran después de tanto dormir, ni es eso para pensado ni menos es para dicho. Retrocedamos, ó vamos siquiera mas despacio, ya que así lo exigen las circunstancias, y antes de que me sospeche mi lector de malicia, confesaré que todo ese preámbulo conduce á contarle un sueño, que no ha mucho tiempo he tenido.

Fue el caso que dormía yo, y dormía hacia rato como cada hijo de vecino, con el tranquilo sueño de costumbre, cuando se me representó de pronto que había andado mucho camino, cosa que por cierto no era del todo verdad, como luego en despertando averigué, y halléme en Bilbao poco mas ó menos, mezclado entre multitud de gentes que iban y venían con notable turbación y desaliento. Ruido de armas sonaba por todas partes, voces y alaridos oían en derredor, chillones y quejumbrosos, como de quien está llevando una pesada zorra, y veía gran muchedumbre de facciosos *fantasmas*, que tal me parecieron, porque en queriendo llegar á tocarlos luego se desvanecían. ¿Cosa mas natural en sueños! ¿Qué hacemos aquí? gritaban unos. ¿Qué hemos hecho? clamaban

otros. ¿Qué haremos? pensaban los mas. ¿Qué nos harán? añadian algunos. Estas fantasmas están adelantadas, dije yo para mí; ahora se andan en las conjugaciones; mejor les fuera contentarse con declinar. Por lo visto, añadí, saben lo de Peñacerrada y lo de Vitoria, y era así que lo sabían y que toda la algaraza era motivada de hallarse esperando la decision del que ellos llamaban su Gobierno. Fuíme introduciendo como pude hasta la sala de la asamblea, y no fué poca fortuna: poco despues de entrar yo cerráronse las puertas, por que empezaba la sesion. Nadie echó de ver mi persona, por que aquellas gentes ya de suyo veían poco y en aquellos momentos sobre toda no estaban para distinguir de colores. Componian la reunion parte de los de Bilbao, parte de los escapados de Vitoria. Habia quien no quitaba los ojos de la puerta, quien hab'aba volviendo atrás la cabeza á cada frase, creyéndose perseguido, y quien cantaba por lo bajo por espantar el miedo.

Levantóse por fin uno que hacia de principal y con voz mal segura:

“Señores, dijo, no hay que tener miedo: no hagan ustedes caso de mí. Han vencido á los de Vitoria, pero á nosotros no nos vencerán.

—De eso yo respondo, interrumpió otro colocandose las espuelas.

—Enbuenhora: procedamos entonces á deliberar lo que en tan urgente caso se ha de hacer. Señores, el error ha estado en reunirnos y querernos constituir en orden y gobierno: opino que nos desbandemos y si nos llaman facciosos ¿qué importa? A bien que las palabras no matan. Sabidas

son las ventajas de esa especie de guerra. Tomadas pues las medidas que para satisfacer á nuestro pueblo hajo creamos necesarias, y publicada una proclama que ya veremos de redactarla como podamos, por la cual se varie la forma de nuestra existencia segun las urgencias del momento, falta saber si habrá quien tenga ánimos para hacer la vida de faccioso andante....

“Todos, clamaron los presentes, todos.” Alzándose entonces varios de los concurrentes, salió de sus filas el mas osado, y dirigiendose al Presidente con gran sumision y respeto, imaginé hallarme de pronto trasladado á los antiguos tiempos de la caballeria, segun la peticion, ceremonia y lenguaje que creí presenciar y oír. “Cosa increíble,” dirán algunos: pero como de esas cosas se ven en sueños, y como de esos sueños hay que verdades son. Dos veces Sr. Rebeldísimo, comenzó que tal era el tratamiento que se me figuró oír, como habia de haber oído Excmo. á otro semejante: dos veces, Sr. Rebeldísimo, fuí faccioso y tengo para mí que es la vida que hay que hacer, y nada de esto de orden y gobierno, como han tratado, gravemente errados, vuestras Rebeldísimas de plantearlo. Las causas perdidas, no nos hagamos ilusion ahora que el pueblo no nos oye, han de defenderse con gentes perdidas. Suplico á vuestra Rebeldísima pues, me avie y autorize para salir de poblacion y no volver á obedecer á especie alguna de bando, ni forma de gobierno ó junta, y para volver á los montes, de que nunca debiera haber salido, segun es grande la necesidad que tienen de mí los despoblados: y me dé licencia de pe'ear en calidad de faccioso para enderezar los derechos del Sr. Emperador Carlos V, nuestro amo y

Señor natural (que en paz descanza), los cuales tengo para mí que andan á la sazón en estos sus reinos, un tanto cuanto torcidos.

—Levantaos, dijo el Presidente, ó nuevo D. Merino, y creed....

—No me levantaré, Sr. Rebeldísimo, mientras no me otorgue el don que pedíste intento: no me haga vuestra Rebeldísima tan ignorante que no sepa, despues de dos salidas que hice de mi aldea, con este mismo objeto, de correr los montes como faccioso en honta de Dios y provecho mio, enderezando derechos de gente menesterosa, y deshaciendo casas y otras frioleras: no me haga repito, tan ignorante que no sepa, que debo recibir la primera licencia de la Rebeldísima mas inmediata, que luego las demas yo me las tomaré.

—Yo os lo otorgo, dijo contestando el Presidente en el mismo estilo anticuado y quijotesco de aquella gente atrasada, yo os lo otorgo y os hago faccioso, aunque vos os lo pudiérais hacer solo, para que tomeis libremente y sin escrúpulo de conciencia el dinero de las administraciones, como es uso y costumbre de caballeros facciosos: saqueis á vuestro sabor los pueblos que alcanceis á ver: huyais de los mas y acometais á los menos, como en buena ley en esta orden que abrazais se observa: y para que temais en boca el nombre santo de la religion y del trono, siempre que alguna de las mencionadas cosas penseis hacer; que con eso os seguirán los pueblos enteros como la soga sigue al caldero, y os llevaréis de calles á las gentes; y nombrad la religion aunque os las hayaís con enemigos mas cristianos que vos, ei cabe, que sí cabrá: pues eso no importa al intento.

—No me levantaré, añadió el andante faccioso, mientras no me absuelva vuestra Rebeldísima del voto que en una malhadada exposicion, hice de defender los derechos de la Reina Doña Isabel....

—¡ Miren en que se para el señor faccioso! susurraron entonces las fantasmas todas.

—Yo os le levanto, repuso el Presidente, á pesar de no ser necesario: que yo tengo entendido que el caballero faccioso puede jurar y perjurar como y cuando y lo que guste: en poblado ó en despoblado de palabra ó por escrito, con tal que no haga ánimo de cumplirlo. Ademas, de que yo tengo para mí que faccioso tan cumplido como vuestra merced, haria al jurar una restriccion mental, como en muchos autores de estas cosas se encuentra....

—Si hice.

—Tanto mas, señor andante, cuanto que el toque de ser faccioso está en salir á correr el campo y no á jurar, y que si ha de correr el tal campo ha de ser por el caído, y no por el que mande: porque en otro caso no habria faccion.

Asiendo en seguida de una espada, ciñóse la, añadiendo. Con ella costareis cristianamente hasta la quinta generacion los miembros todos de aquellos que pilléis desbandados y que nó reconozcan al gran D. Carlos V, y aun en caso de apuro á los que le reconozcan. Este baston, añadió, dándole el suyo propio, con las iniciales A. S. en el puño, que debian querer decir á saltar, os servirá de mandar á palos.—

Dióle entonces un bofetón en insignia y representacion de los muchos que lleva diariamente su causa, y díjole: “Dios haga á vuestra rebeldía muy buen faccioso y le dé ventura y aventuras.”

En cuanto á dinero, camisa y espuelas fué advertido que no las traía, y preguntóle el que le armaba el por qué: á lo cual repuso que dinero no le vaba porque era sabido que un faccioso tenía dinero en todas partes donde lo hubiese, y que él pensaba ganar tanto y tan bueno en el primer encuentro, que no había de poderse contar: en lo de camisa dijo que él no sabía que ningún faccioso hubiese usado nunca camisa: en punto á espuelas contestó que él no había leído en ninguna parte, si bien no gustaba de leer, que llevasen los facciosos espuelas á sus expediciones, sino antes que había visto muchos que ni estribos llevaban, cuanto mas espuelas: pero que si lo juzgaba conveniente tan gran faccioso, como era el señor Rebeldísimo, que él daría la vuelta á su lugar, donde conocía á un negro, á quien pensaba pedirselas prestadas, *pena de la vida*.

Dijole su Rebeldísima á esto que nada decían los libros de las espuelas como cosa que se callaba por sabida, y que reparase sino, como en todas las partes se aseguraba que se salvaban muchas veces los caballeros facciosos por la velocidad de sus caballos:

Dió pues palabra el faccioso de llevar espuelas y en cuanto á lo del velar las armas, convínose que no las velaría, por hallarse el cabecilla Sarsfield algo cerca ya de Bilbao á aquella hora y porque harto tendría que velar quien había de andar siempre á salto de mata: con lo cual se acabó la ceremonia creyéndola yo ver repetir poco mas ó menos con los demás que á tanta distincion y á tan holgada vida aspiraban: y tomando en seguida todos para el despoblado con los que del pueblo quisieron seguirles que fueron los menos.

Gran bulla y confusion se armó, al llegar aquí entre las gentes que en la plaza esperaban tumultuariamente: desesperábanse los del gobierno y pedían tiempo, pero como no fuera posible apaciar á la muchedumbre, cogió el Presidente un papel blanco y con gran prisa y temor zurció una proclama con honores de decreto, y saliendo á la escalera, y puesto en el dintel de la anchurosa puerta, comenzóla á leer en los términos siguientes, si mal no me acuerdo, y decía conforme yo la oí en medio de mi pesadilla.

« Fieles vasallos, que ibais á ser, del Sr. Don Carlos V. Las cosas van de mal á peor, y se acercan las tropas del cabecilla Sarsfield. ¿Cómo han llegado hasta aquí? se me preguntará. Ahí vereis. Vuestra Junta sin embargo no creó oportuno esperarle: vosotros mismos conocéis que todo encuentro con él sería desagradable. Vuestro gobierno pues, meditada su situacion y que probablemente no podrán mandar donde manden las tropas de la Reina por antiguas antipatias que entre unos y otros existen, ha pensado jugarles una burla y darles un brillante chasco: pensarán acaso que los esperamos; pero vuestro gobierno no espera á nadie: quédense pues solos y ahí les quedan las Provincias: nosotros imitemos al Sr. D. Carlos V. y sigámosles la paralela. Hijos, corred, volad, no ya á las armas, pero corred, corred á donde podais. Ellos quieren que haya libertad de pensar y de obrar....

—¿Qué escándalo gritó el pueblo.

—Si no quereis pensar pues, salvaos. Vuestro gobierno ha decretado lo siguiente:

1.º. « El gobierno del Sr. D. Carlos V se des gobierna por sí y ante sí.

2º. En vista de que S. M. el señor D. Carlos V (que decíamos) se ha tenido á la paralela que le sigue el cabecilla Rodil á lo largo del Portugal declara al Sr. Carlos V nulo para el paso, si antes de desgobernarse; nombra por su sucesor al señor D. Carlos VI, y así sucesivamente hasta el fin de la numeracion conocida, si fuese necesario.

3º. Vuestro gobierno al desgobernarse, no queriendo separarse de lo usado en tales circunstancias, se lleva los fondos que tiene á su disposicion, con el objeto de pasar á Francia ó á cualquiera otra parte, pues es de todo rigor esta clase de levantamientos que se salven las cabezas, y solo sean cogidos y fusilados los pobres que se han sacrificado.

—¡ Bravo! ¡ bravo! interrumpio de nuevo el pueblo enternecido, llorando á lágrima viva del entusiasmo y gratitud. ¡ Bravo! ¡ Viva nuestro paternal gobierno!

4º. Vuestro gobierno prohíbe á ninguno de vosotros que penseis ni sobre ese ni sobre otro particular ninguno; debiendo dejar la libertad de pensar y de obrar para los enemigos del señor ex Carlos V, quien tampoco piensa ni obra.

5º. Vuestro gobierno autoriza á todo el que quiera para salir á los campos á ser faccioso, y los gages todos y manos puercas de esta especie de ocupacion.

6º. Da por nulos los ejercicios todos que diariamente celebrasteis por espacio de mes y medio, para prepararos á recibir al enemigo, en vista de que ya no se le espera.

7º. El gobierno, en fin, de S. M. el señor D. Carlos VI, Rey por deposicion de su augusto padre, quien le deja en honorancia el cetro que nunca tuvo, os suelta y desata de todos cuantos vínculos os ligan á su causa, y renuncia generosamente

te á gobernaros, en vista de las vivisimas instancias que para ello le hace el cabecilla Sarsfield; pudiendo el que guste, á su llegada manifestarse fiel á sus principios y á su causa, y decirse oprimido y forzado, y demas fórmulas de estilo, hasta ocasion mas favorable. Dada y tomada en Bilbao, antes del año 1º. si cabe."

—¡ Viva! ¡ viva! —gritaron á un tiempo los concurrentes. Grave rumor oí entonces que se acercaba por las calles. ¡ Sarsfield! ¡ Sarsfield! gritaban varios; ¡ Carlos V! añadián debilmente algunos, y tal gira se armó y tal zalagarda que me imaginé que me llevaban los diabloz, es decir los facciosos en cuerpo y en alma. Esparcióse entonces en derredor progresiva y densísima obscuridad, que unos decian ser el crepúsculo de la mañana, y otros el de la noche: ni uno ni otro; era una opaca niebla que á mi entender se alzaba de la ría á proteger á los que huían. Veíase cada vez menos, oíanse truenos á lo léjos y tiros á lo cerca; encontrábanse todas unas con otras las fantasmas y se empujaban y me hablaban á manera de soplo frío, y con un ruido monotono semejante al *glu glu* de botella que se vacía; palpabanme y mi carne se estremecía. Doblábanse las sombras y aparecian inmensos grupos al traves. Por último sucedió el silencio y desapareció aquella bataola de movedizas, vociferantes y apiñadas figuras; como agua que se desliza se derramó y corrió fuera de las calles y plazas. De allí á poco al estrépito y acompasado estruendo de las cajas y clarines y de numerosos vivas á Cristina y á Isabel, creí ver que la niebla se desparcía y disipaba: seguía la yo por ver si era ella la que me ocultaba la inmensa muchedumbre del bando en lista, pero en vano tendia la vista

por uno y otro lado. Habrá quedado vacía la población, exclamé ; pero Bilbao estaba allí y mas numeroso gentío que antes llenaba de nuevo las calles y las plazas : las ventanas estaban llenas de gentes, lleno el aire de vivas : alguna que otra cara creí reconocer de las pasadas en la multitud (Cosas de sueños) Pero ¿y los facciosos? Ellos y la niebla, todo habia desaparecido. El entusiasmo en fin y la apertura me despertaron dudoso y fatigado ¿Fué sueño? exclamé. ¿Fué realidad? ¿Y las Provincias rebeldes? En aquel punto entró hasta mi lecho mi criado y dándome un papel “Señor dijo, la Gaceta extraordinaria” ¡Viva Cristina! ¡Viva Isabel II! Las Provincias son ya nuestras y allí la fiesta es acabada.

CONVENTOS ESPAÑOLES.

TESOROS ARTÍSTICOS ENCERRADOS EN ELLOS.

Se ha dicho, y se cree generalmente en los países mas adelantados, que la civilización estremada ni es favorable á las artes, y que conforme van adelantando los pueblos modernos en intereses positivos, van desapareciendo los grandes artistas. Esta idea nos llevaria á un artículo demasadamente largo, ora tratemos de combatirla, ora de apoyarla: pero lo que si diremos es que si fuera posible que se diese, un pueblo

que reuniese al conocimiento de sus derechos políticos, á su libertad, á sus intereses materiales, en una palabra, á las ventajas aritméticas de la civilización, el encanto y las ilusiones, la poesia de un pueblo primitivo, y su aprecio y protección á las artes, este seria á nuestro entender, el bello ideal de la sociedad. A esto añadirémos que si la civilización estremada no crea por lo regular las artes ni los grandes artistas, al menos sabe apreciar lo que posee y debe ser eminentemente conservadora.

Pocos países se hallan en este punto en la posición que el nuestro; no habiendo entrado todavía franca y decididamente en la senda que recorren hace muchos años nuestros predecesores; pero en vísperas de verificarse la gran crisis que nos ha de conducir á ella, estamos por fortuna á tiempo de salvar todavía del naufragio lo poco que de los tiempos pasados debemos de tratar de conservar. La España va á dar el gran paso, un pié todavía en el pasado, otro en el porvenir, está en el momento crítico de la transición, transición que pudiera ser tanto mas brusca, cuanto ha sido mas deseada y demorada. La reacción sobrepujará acaso la acción. Verdad es que si el paso se ha retardado, si la conmoción ha de ser violenta, sangrienta acaso, se deberá á un error de cálculo: se ha creído que se podia edificar sin destruir antes: desgraciadamente esto es imposible: para que empiece el día, es indispensable que se acabe la noche; pero si en alguna cosa se pudiera hallar una escepción á esta regla, tal vez sería la única que nuestros legisladores no han tocado. Han querido hacer el milagro en la política, y debieron tratar de hacerlo en las artes.

En política no hay fusión, no hay retroceso, no hay medio

posible. *Uno á otro. Todo ó nada.* Los principios nuevos no pueden prosperar sino á costa de los viejos. En las artes pudiera ser diferente; y si cuando un pueblo ha llegado á ocuparse seriamente en su porvenir político, olvidado, desprecia los intereses secundarios: si las artes no son nada para él, deben ser algo para un gobierno previsor: este no debe ser indiferente á sus vicisitudes.

Los españoles no conocemos, ni apreciamos bastante, ni acaso los tesoros artísticos que poseemos. Nacidos entre ellos, y habituados á su atmósfera, necesitamos muchas veces que la envidia de un extranjero nos abra los ojos acerca de nuestro verdadero valor.

El decreto de la espulsion de los jesuitas ha sido el primer paso dado en el gran camino que no debemos tardar en recorrer. Millares de fanáticos, poco calculadores, empeoran diariamente su causa, y nos indican donde está el mal. Dirigir una revolucion, es algo mas meritorio que ser inutilmente víctima de ella, como es mas sabio dirigir un torrente para que fertilice los campos, que no intentarle poner diques que le obliguen á destrozarlo. Dirigiendo el mismo gobierno el movimiento de la época, se salvaria el inconveniente de tener que castigar á nuestros propios amigos por delitos cuya apoteosis tendremos que hacer mañana.

Y ciñendonos á las artes, objeto de este artículo, cuando un gobierno ilustrado, conociendo su verdadera posición, se coloque al frente de la revolucion para dirigirla, esos tesoros de que somos dueños, todavia se salvarán. Llenos están de ellos esos conventos que mas temprano ó mas tarde habrán de desaparecer por fin de nuestro suelo, porque las necesidades

de la sociedad han variado, porque los cenobitas no son de nuestro siglo, porque nuestro siglo concibe ya una religion grandiosa y de consuelo, sin víctimas fanáticas ni fanatizadoras.

¿Qué de riquezas literarias, históricas, artísticas no encierran esos conventos, destinadas acaso por una fatal imprevision, á ser presa algun dia de las llamas ó del saqueo? Riquezas en arquitectura, en escultura, en pintura, en manuscritos, en medallas, en archivos, y riquezas todas españolas, nacionales, riquezas que saben apreciar los extranjeros, que vienen á estudiarla, á diseñarlas, á sustraerlas á veces para exportarlas á sus países, para especular sobre ellas con vergüenza nuestra, para contarnos ellos mismos despues con insultante desprecio nuestra propia historia, y nuestros hechos nuestras hazañas pasadas y nuestras nunca igualadas glorias.

No podemos menos de llamar la atencion de nuestro gobierno sobre un punto tan interesante: ahoguemos el despotismo, hundamos en la nada nuestros viejos abusos; regeneremos nuestra patria; pero salvemos con ella nuestros nombres, nuestra gloria, nuestras artes; pasemos el Ponto á nado como César, con nuestros comentarios en la boca: cojamos del pasado la única alhaja que nos lega, para engastarla en la corona que nos ofrece el porvenir.

Para evitar que la violencia tenga parte en la destruccion de esos monumentos, que cobija aun el manto de la religion, como en los siglos medios; aunque su desaparicion haya de ser obra solamente de una ley pacíficamente meditada y votada por la nacion, ¿el gobierno debe acudir á una celosa prevision? ¿De donde puede provenir sino de la violencia ó de

ocultos manejos la multitud de còdices y manuscritos, de ediciones raras y antiquísimas, y hasta de *egecutorias de familias nuestras*, que existen en la Biblioteca Real de París?

¿No pudiera nombrarse una comision civil, compuesta de hombres *probos*, encargada de recorrer esos conventos, cuyos institutos misteriosos han podido hasta ahora ocultar y conservar casi secreto cuanto en sus muros se esconde, y de dar un destino mas seguro á sus riquezas artísticas y literarias? Con tal que no fuera una *junta* y tuviera que *juntarse*, en cuyo caso correrian el riesgo de llegar un poco tarde.

¿Que no ha perdido la Francia por no haber pensado al principio de su revolucion en un ramo tan importante? ¿Qué de quejas no alzan hoy al cielo, estériles ya por desgracia y muy tardías?

No sabemos hasta que punto será apreciado nuestro patriotismo (si es que llega siquiera á los oídos de n'guien, si es que encuentra éco): pero sí nos apresuraremos á hacer presente al gobierno, para escusarnos de visionarios, que esos mismos extranjeros que creen conocer nuestra posicion, se ocupan en el día en salvar esos tesoros artísticos de nuestra España: pero en salvarlos para ellos. Sabemos positivamente que un establecimiento literario en París, trata de enviar á nuestro suelo, con anuencia y proteccion de su gobierno, comisionados encargados de diseñar, ó de comprar á cualquier costa cuanto puedan encontrar en punto á cuadros y manuscritos, &c. &c. ¿Podremos fiarnos en que estos objetos no les serán vendidos? ¿Podremos suponer á sus poseedores tan poco perspicaces, que no vean al ojo suagonia? ¿Deberemos ponernos en manos de su delicadeza?

Repetimos que lo sabemos positivamente, y lo podemos decir con tanta mas independenciam, cuanto que hemos arrau-
cado casualmente el secreto, y que no nos ha sido confiado.

Hagamos, pues, nosotros lo que los extranjeros piensan hacer, y apresuremonos; porque acaso el día de las venganzas, ó el del triunfo completo de la buena causa no esté léjos, y el día de enmendar una imprevision, si la cometiésemos, no volveria á presentarse jamás.

Probemos á la Europa que sabemos lo que poseemos, que lo sabemos apreciar: que hacemos nuestra revolucion con menos sangre y mas fruto que nuestros antecesores: demostremosla que en el momento de entrar en la senda que ellos recorren de libertad y de igualdad, nuestra civilizacion que en lo sucesivo ha de ser probablemente como la suya, estéril y nada creadora, es al menos conservadora; probémosla en fin, que pueblo realmente ilustrado y apreciador de las artes y de los conocimientos humanos, somos dignos de la libertad que nos espera para coronar nuestros patrióticos esfuerzos.

FIGARO DE VUELTA.

CARTA A UN SU AMIGO RESIDENTE EN PARIS.

Puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamasen á los países extranjeros, quise visitarlos solo por gusto, ó comodidad, á expensas propias, y campando por mi respeto.

CURIOSO PARLANTE. Panorama Matritense.
La vuelta de Paris.

Madrid 3 de Enero de 1836.

Se vuelve á España desde Paris, querido amigo: es cosa probada, y lo que es mas, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado á cabo tan ardua empresa. Loco e-*toy* del gozo y del contento. Digan lo que quieran acerca de la superperiodidad de esos países, la patria es para un español mas necesaria que una iglesia; ya sabes que á la vuelta de cada esquina se encuentran todavia una ó dos en nuestro país, pues se tropiezan por las calles aun mas gentes que han vuelto de Paris. Por lo que hace á mí no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Despues de darme por ello el parabien, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podias creer? ¿Eh? ¿A que has de volver, decias? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿En qué? Despacio con tantas preguntas.

¿A que he de volver? A mis antiguas mañas, amigo mio. Te confieso que no lo puedo remediar. ¡Deiz meses sin murmurar! ¿Figaro diez meses sin curiosear los enredos

de su barrio, sin hacer la oposicion á nadie, sin criticar á có-mico viviente, sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícara de legitimo chocolate, ni ver el sol de Castilla? ¿Figaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana, ni un solo pié andaléz? ¿Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta alguna, embozado en la *nube* (1), sin ir al café del Príncipe, sin asistir á una sesion del E-tamento; diez meses en fin, sin ver una real orden, ni columbrar un prócer? Eso es morir-se, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué á mí tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro y tanto camino de hierro? Hombres hay aquí que tienen ciencia, y la mayor por cierto, la ciencia del vivir, y la de hablar despues de vivir; hombres que no pudieron llegar á saber en todo un Paris ganar un real, y que han hallado en Madrid á un dos por tres con que pasar una real vida. Y no te figures, no sirviendo y adulando á los demas, sino mandándolos y haciéndose de ellos adular y servir. ¿Qué mas ciencia, ni que mas industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿donde mas cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada mas parecido á un gobierno representativo que el que rige felizmente á España en nuestros dias? ¿Dónde hay telon que se parezca mas á un árbol, ni cómico que mas se asemeje á un príncipe, que lo que se parece un Estatuto á una Constitucion? Pues, Dios mediante, han de parecerse aun mas. En punto á camino de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, á mas no poder, venimos caminando desde que salimos ha dos años de la

(1) En gitano la capa.

Granja, que todo ese tiempo hemos necesitado para volver otra vez á doña María de Alagon? (1)

¿Porqué me habia de volver? Por la misma razén, amigo mio, que de aquí me fuí, y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida á mudar de continuo casa y domicilio; por la misma que me vió pasar en otros tiempos del Hablador á la Revista, de la Revista al Observador, de los periódicos á la escena, de las comedias á las novelas: por esta venturosa organizacion que para variar me dió naturaleza, y que en el número 94 de la Revista me hacia escribir:

“La necesidad de viajar y de variar de objetos.... logró hacer de mí el ser mas veleidoso que ha nacido.... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque solo se puede soportar á las gentes los quince primeros dias que se las conoce.... Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar, he venido á conocer que solo viviendo podré seguir variando.... Nadie, pues, mas feliz que yo, porque en cuanto á las habladurias y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas, como de ir á la Mena.”

¿Para qué? Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ¡Y qué proyecto! Tal y tan bueno, que acerca de él solo, he de escribirte una una gran carta, por no caber en esta los muchos y francos encomios con que le pienso glosar y comentar. ¡Yo, que de Calamarde acá rabio por escribir con libertad, no habia de haber vuelto aunque no hubiera sido sino para echar del cuer-

(1) Hoy local del Estamento de Próceres: en tiempo de la Constitucion de las Cortes.

po lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho con que se quedaron los censores, que reja'gar se les vuelva! Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar y volverme.

¿Cómo, me decian, por donde, en que? A tales preguntas contestára sobradamente la relacion de mi visge, si estuviera mas despacio. No niego que el *por donde* me apuraba. El camino de Vizeaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él un *faccioso* mas; que aunque no es mas que uno, como ha dicho muy bien alguien, debe de ser sin duda tan grande que lo ocupa todo. Bueno era no hace mucho en defecto de ese el de Cataluña; pero de poco tiempo á esta parte hay tambien en él algunos *facciosos* mas y algunas diligencias menos. Bien me decian que el de Oleron era incómodo; pero ¿qué remedio? Volver por Portuga', como habia ido, ni era lo mas derecho, ni menos para mi carácter versátil; ademas de que hay países que no son para vistos dos veces; y aunque alguien me incitaba á tomar con el vapor del Mediterráneo la via de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver á España por Argel, mas lo tuve yo por pulla y atrevi-
da, que por consejo razonable.

Víueme, pues, por Oleron, adonde no creí llegar por entre tantos gendarmes como andan por la frontera, defendiendo el paso á los carlistas para la faccion. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me parezco á D. Carlos ni á D. Sebastian, como no traía conmigo ni armamento, ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la cuadrupla alianza, esas barreras que allanó para siempre entre

Francia y España por el ministerio del justo-medio, se pasan sin embargo á caballo en un mulo, ó por mejor decir en compañía de un mulo, á lo cual llaman *diligencia de Zaragoza á Oleron*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominacion en dos largos dias que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo á él y considerándome él á mí. Era tanto el hielo, y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba á quién.

Posteriormente he sido hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aquí están creídos, hasta el gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfrang. Asi debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habria salido á dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la vi, ni ella vió jamas mis baules. Lo que sí ví fué varios carabineros, con quienes contrage relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me ví á lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es preciso dar dos por ser la capital, y á casa luego con el contrabando. Yo no lo traía casualmente, que lo sentí; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio Paris en la maleta, y no vayas á creer al pié de la letra, como yo, que todo está reformado, y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el dia que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso ó no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principio de Agosto remité á la Revista un artículo en que, presumiendo á fuer de Figaro lo que iba á suceder, encomendaba á nuestro buen gobierno de entonces que se recogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en los conventos: imprimiose en efecto, aunque mal parado por algun benigno censor. No hubrás olvidado que á pocos dias, por una rara coincidencia sin duda, pareció una real orden en la Gaceta dando providencias en el particular. Parece que se nombraron efectivamente comisionados por aquí y por allí, con sus dictas correspondientes, para la coleccion y resguardo de aquellos objetos: la cosa se ha llevado tan á punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo ví y toqué no muy lejos de Madrid objetos de esos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos por ejemplo, manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas. ¿Para que quiere el gobierno esas tonterías? ¿libros de los frailes! ¿chucherías de las madres!

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible; y pues viene á cuento, te he de contar otra cosa que debe influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta Corte, me hallaba yo casualmente no ha muchos dias cuando acertaron á pasar los quintos que venian de Estremadura. ¿Que bien se trata á la tropa! ¿Que bien á esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¿A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! ¿Yo mismo ví tambien á un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo ví á un cabo medir á otro con su vara, insignia por cierto militar!



Y esto á la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en día de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta irá al cepo; si deserta al palo; y si pasa á la faccion le llamaremos *caribe*. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pocos días que se concedió el título de *ultrá-fines* señores á no sé qué individuos de no sé qué corporacion, consejo ó tribunal: esto es indiferente; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España: señorías, escelencias, &c. &c.; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los hombres, que es á lo que vamos. Bien se te alcanza que difícilmente puede tener mérito un hombre, mientras todo advenedizo le puede llamar *de usted*. Esto está en el espíritu de la regeneracion que estamos llevando á cabo.

Todavía hay Estamento de Próceres, y tienen sus sesiones corrientes: te lo digo porque me acuerdo de que cuando yo estaba en París habia llegado á olvidarlo.

En el de Procuradores ya se ha contestado al discurso de la corona: se asegura que para dentro de un par de meses ya podrán reunirse las otras Cortes, quien dice *revisoras*, quien *constituyentes*. Lo primero es lo mas general, lo segundo es lo mas cierto; pero si en mes y medio solo se ha votado uno de los proyectos, ¿cuántos mas se habrán votado en Marzo? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque solo el Sr. Pardiñas votó en contra. Por fin habló el Sr. Conde de Toreno por primera vez despues de su advenimiento á la oposicion: habló como sino hubiera sido Ministro. El Sr. Martinez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia, y

otras bagatelas. Este habló como si fuera Ministro todavía. Y no te digo mas porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al gobierno, te sabré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el ministerio se cuentan tres personas distintas, pero que en realidad no componen mas que un solo ministro verdadero: dicen sus enemigos que no le falta mas que hablar; de todas suertes, no se le puede negar á este ministerio que *promete*. ¡Así cumple! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organizacion cupiera ser alguna vez ministerial, se me habia presentado una bonita ocasion; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo mas á que podia entenderse mi ministerialismo siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen ministerio, sería á alabar lo bueno que hiciera con la misma independencia con que siempre gusté de criticar lo malo.

A propósito, no quisiera que se me olvidase. ¿Querrás creer que á mi llegada á esta Corte me encontré con personas que suponian que mi viaje habia sido costado por el gobierno? Todavía me estoy riendo de la idea. ¿Tú no lo sabias? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno vá á París, es claro que no puede ser sino con algun empleo, ó con fondos del gobierno. ¿Qué fondos particulares bastarian para llegar á París? Ni yo tengo cara tampoco de ir á París por mi gusto. Esto es claro como la luz del día. ¡Qué penetracion! ¡Dios los bendiga!

Mas ya es de ver que esto es un tanto largo para carta, y un si es no es corto para folleto; á no contarte cosas

que parecieran mejor secretas, habia de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas, que llevado de mi comezon de escribir y de mi versatilidad, no bien hubo llegado á Madrid cuando me eché á buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que falta de invierno. Queríale grande empero, y donde cupiese yo todo, que no cabia el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo habia imaginado mil veces para tanto como tengo aun que decir. Empezábame ya á desesperar, cuando hé aquí que de pronto surge de la calle de las Rojas El Español, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que á imitacion del borracho del cuento, aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: "Este es," exclamé en cuanto le ví:—

"estendense, crecer, tocar al cielo,"

y metíme de rondon en él, donde quedo para servirte, imaginando á toda prisa artículos de teatro, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente, mas sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no á los hombres, procurando harmonizar con mi poca ó mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos á los otros, amigo de mis amigos, y por demas agradecido al público que sufre mis habladurías. Hé aquí mi profesion de fé. Tuyo siempre—*Figaro*.

P. D. A la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores Procuradores desde ayer el señor Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesion si ha acabado.

CARTA DE FIGARO

A SU CORRESPONSAL EN PARIS

ACERCA DE LA DISOLUCION DE LAS CORTES Y OTRAS VARIAS COSAS

DEL DIA

BUENAS NOCHES

Buena será, D. Basilio,
Presto andate á reposar

Madrid 30 de Enero.

Con fecha del 3 te escribí mi primera carta, querido amigo, dándote aviso de mi llegada á esta Corte, y ando no poco inquieto con la suerte de la tal carta (á que no he recibido contestacion) porque á la mañana siguiente del día en que te la escribí, y cuando yo presumia que podria estar ya por lo menos en Ariza, ¿donde dirás que me la encontré? La encontré ni mas ni menos en el *Español*, mal que bien encajonada, entre las sesiones y los cambios, que entonces ambas cosas existian todavia; no habia hecho mas camino que de la calle del Caballero de Gracia á la de las Rojas. Como andan las cosas tan trocadas, imaginé desde luego que habria participado ya mi naturaleza de esta atmosfera que respiramos, y que habria enviado al Español mi carta en vez del primer artículo de Teatros, que debia darle, y echado el original destinado á la Imprenta, en el buzón del Correo, en vez de nuestra correspondencia. Poníame solo en confusion que la car-

ta impresa no era precisamente la misma que yo te habia escrito, pues que en ella faltaban varios párrafos. Esto me hizo sentir tanto mas la equivocacion, porque sinó puede serme agradable que intercepten nuestra correspondencia, mas duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor, sino á tí. Soy ademas un tanto tímido, y escribiéndote en confianza como te escribo, ni me cuido de pulir el estilo lo bastante, ni menos de paliar las verdades en un punto; dígotelo por tanto, cosas que es vergüenza; por vida mia! que anden impresas, y mas vergüenza aun que sean ciertas.

Como quiera que sea, aprovecho para hacer llegar esta á tus manos otro conducto, que me parece mas seguro, si en la publicidad está la seguridad. Quiero mas bien escribir una carta que un artículo, y he de dar las razones. Cuando escribes una carta á una persona determinada, puedes estar seguro de tener un lector; si es cierto lo que dicen los franceses que en todas las cosas *c'est le premier pas qui coûte* no es poca ventaja la de asegurarse de ese modo un principio de público y como el que escribe la carta es dueño de escribirla á quien mejor le parece, goza de otra ventaja no menor de escogerse el público á su gusto. Sácase de aquí la forzosa consecuencia de que cuando uno escribe una carta, sabe con quien habla, y esto no es humo de pajas tampoco en estos tiempos que corren. Si reflexionas en fin que en el dia cuantos artículos podemos hacer han de reducirse á *artículos de fé* ó de *esperanza*, no estrañaras que me decida por las cartas. Aquí para entre los dos, quiero que me llamen partidario del Estatuto que nos rige, si se hacen artículos de *fé*; porque aunque siempre se ha dicho que vivimos en pais de ciegos (gran cir-

cun-tancia para todo lo que es *fé*) dígotelo francamente que yo no veo el tuerto que ha de ser Rey. Hazlos, pues, me dirás, de esperanzas, que de eso lo hacen los demas. Y yo tambien los haría, amigo mio. ¡Así la tuviera!

Agrega á las razones dadas en favor de las cartas, que es ramo tan bien arreglado, que te dá gana de ponerte á escri-las solo por que te las lleven á cualquier parte, y sobre todo desde la Real Orden de 8 de Enero, la cual está tan clara, que no parece sinó que la han discutido en Cortes, y dice así por ver si tú la entiendes.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION DEL REINO.

REAL ORDEN.

» Exmo. Sr.—Enterada S. M. la Reina Gobernadora del
» oficio de V. E. de 29 de Diciembre último, ha tenido á bien
» resolver que mediante haber cesado el riesgo que ofrecia la
» carretera de Aragon á Barcelona por ambas carreras, hasta
» que libre de todo peligro el de Aragon, sea este el solo con-
» ducto de comunicacion entre Madrid y Barcelona; siendo
» la voluntad de S. M. cuide V. E. de que se anuncie esta dis-
» posicion temporal en la Gaceta.—Dios &c.—Madrid 8 de
» Enero de 1836.—HEROS.—Exmo. Sr. Director General de
» Correos.

Es decir, que mediante á que ya no hay riesgo de Aragon á Barcelona, se despache por ahí la correspondencia; hasta que no haya peligro. Mas claro señor, que ya no hay riesgo, ya no hay mas que peligro. Luego llama "temporal" á esta

disposicion, y efectivamente no es mal chubasco; mas que Real orden parece granizada de palabras; á no ser que la llame así por no llamarla espiritual, y por corresponder mas bien al cuerpo que al alma los asuntos de esa carretera. Concluye la Real Orden con un "Dios &c." que no he podido dar en lo que significa, aunque presumo que el que lo puso acabó diciendo: "Dios me asista, ó Dios me entienda, ó Dios sobre todo," por que solo su Divina Magestad es capaz de dar cumplimiento á tan extraordinaria resolucion. Por donde se vé que es mas digno de lástima de lo que parece el Señor Director de Correos, pues no solo ha de dirigir sus cartas á cada uno sino que ha de entender al Ministerio, á no ser que sus Excelencias se entiendan por bajo de cuerda de otra manera mas explicita, y guarden solo para el público ese lenguaje anfibológico.

Es lo peor que en 16 de Enero, ocho dias despues, no estábamos mas adelantados en punto á estilo de reales ordenes por que S. M. por Real decreto de dicho dia promueve á D. Francisco Javier Uriarte y Borja á 'a dignidad de Capitan General de la Armada, *sin aumento alguno de goce, á que jenerosamente renuncia Uriarte en atención á las presentes circunstancias.* Convengo en que las presentes circunstancias no son para muchos goces; pero tambien es gran lástima que desde el 16 de Enero no pueda gozar el señor de Uriarte sino precisamente lo mismo que gozara hasta aquel dia, y que haya de tener tan en el fiel la balanza de sus penas y placeres. Es decir que si al dia siguiente del real decreto hubieran dado al señor Uriarte una buena noticia, como por ejemplo la disolucion del Estamento, debería haberse mirado mucho en gozar de aque-

lla satisfaccion que debería naturalmente caberle, por que ese sería aumento de goce, supuesto que en su vida habrá tenido otro igual antes del 16 de Enero.

¿No sería bueno que para mejorar la suerte del Señor Uriarte, y aun la del Director de Correos, se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer, por lo menos, y escribir?

Pero estarás impaciente por saber el objeto de esta mi segunda carta: te habrá chocado el rotulo que en cabeza le he puesto. BUENAS NOCHES, dirás "cuando estoy yo esperando "un nuevo dia y el progreso y difusion de las luces en cada "noticia que de la patria recibo. Quierote sacar de confusión." Las *buenas noches* que te doy no son para tí, no es ahí, sino aquí, donde nos hemos quedado á oscuras, ¿Ves claras ahora las *buenas noches*? ¿Tampoco? Manos, pues, á la obra, y escucha, que hay que tomarlo de mas arriba.

Hay entre nosotros unos pocos hombres que andan jugando á la gallina ciega con nuestra felicidad, y que tienen el raro tino de hacer siempre las cosas al revés. Estos tales habian leído ya el año 12 los escritos del siglo pasado, y se habian hecho ellos solo liberales, que no habia mas que pedir. Oyeron el grito de Independencia Nacional, y dijeron para su sayo, *¡Oiga! la España se ha ilustrado*: con lo cual no tuvieron duda en que se podia dar una Constitucion, y diéronse una especie de código sagrado respetado siempre como paladion que fué de nuestra Independencia y cuna de nuestra libertad, pero cuya bondad no hubo de ser muy comprendida por los pueblos todos, realmente atrasados para tanta mejora, pues que en cuanto se presentó el amo de casa hubo dia de Sáb-

do, y quedó el suelo limpio de innovaciones. Los hombres de que te voy hablando dijeron: *Esto ha sido una traición, y otra vez sucederá mejor.* Esperemos, y el año 20 hélos aquí que tornan á poner la mesa, y los mismos manjares sobre ella, por que el apetito, decían, era el mismo. Pero van y vienen días, van y vienen franceses, viene y se va la Constitución, y vienen y se van nuestros hombres otra vez. Ya en medio de los tres años entró en reflexión algunos de ellos, y dijo para sí empezando á escarmentar: *Acaso no está la España bastante ilustrada, y no tiene su estómago tanto apetito como ya le había supuesto: no será malo sustituir las Cámaras á la Constitución.* Pero el tercero en discordia decidió la cuestión, y mientras que aquellas y estas se andaban representando la Comedia de *¿Quién ha de mandar en casa?* se adjudicó él á sí mismo la parte del Leon de la fábula. Nuestros hombres pasaron diez años en el extranjero, y aquellos de quienes te voy hablando, en lugar de decir esta vez, como dijeron la primera *esto ha sido traición*, que entonces hubieran acertado, dijeron: *Está visto, la España no está ilustrada.* La cosa es clara; malograda la intentona dos veces, era preciso inferir una de dos cosas: ó los gobernantes ó los gobernados no sirven para el paso. Alguien que hubiera sido modesto hubiera dicho: *¿Si seremos unos torpes?* Pero nuestros hombres dijeron: *ellos son sándios.* Y pusieron de nuevo la mesa; pero esta vez añadieron, *no os hemos de alutar, porque si el año 12 no tenais apetito, si el año 23 dejasteis undirse el banquete, ¿cómo podreis dejarirlo el 34?* Rara consecuencia: yo hubiera sacado precisamente la contraria, porque algo habíamos de haber adelantado del año 12 al 20, y del 23 al 34. De suerte que aquellos que habían andado demasiado cuando los demas estaban parados, comen-

zaron á pararse cuando los demas empezamos á andar.

Figurate, amigo mio, que eres sastre, y que le haces á un niño de siete años un uniforme de consejero: ¡claro está que ha de venirle ancho! tú, sastre, entónces, dices: *Vea Vd que niño tan torpe! le hago un uniforme de consejero, tan hermoso y tan bordado y al muy necio no le viene.*

Cojes el uniforme, desprecias al niño y te vas. A los siete ú ocho años vuelves con el uniforme, y el niño tiene quince. *¿Ancho todavía?* exclamas; *esto no se puede aguantar; si el unifor, me está lo mismo, ¿cómo no le viene?* Está visto que este muchacho no sirve para consejero: es un sándio. Vuelveste á tu taller, y escarmentado de las pasadas experiencias hacésle una bonita envoltura, y vuelves con tu lio debajo del brazo á los diez años, y entónces el muchacho tiene ya veinticinco.—*¿Qué diamantes, gritas asombrado, este muchacho es el diablo tampoco le viene la envoltura!* ¡Ay! ¡ay! ¡ay! pues Señor, es investible; y cojes y le dejas en cueros.

¡Vive Dios Señor Sastre, que consecuencia y que tijera!!

He aquí, amigo mio, la historia de España desde el año 12 hasta el 34, mas clara que la del P. Duchesne, traducida por el P. Isla. Me parece que habrás entendido cual es la envoltura, y escuso decirte quién es el sastre. Ahora que serviría ya el uniforme de consejero, nos viene con la envoltura, y porque no nos asienta dice que somos unos brutos.

Mal acomodada, en fin, esta vestimenta, que nos lia de pies y manos, y sin siquiera andadores, reúnen los estamentos del siglo XV arreglados á la necesidad del siglo XIX, esto es la envoltura con faldones y corbata, y pasamos largos

meses haciendo una comedia de capa y espada, que no ha sido otra cosa todo el año 35, según lo mezclado de la intriga, lo enredado del embrollo, los velos que se han corrido y descorrido, las entradas y salidas, las mutaciones de escena, los encuentros por las calles, las tapadas que han implorado nuestro favor, y lo esquisito de los conceptos sin que pueda olvidarse las largas relaciones de dama y galán, que solo para lucirse los actores se han estudiado y se han dicho.

Pero cansado el público de tan largos parlamentos, y de ver todavía oscuro el desenlace, ilumina una noche la península con conventos; al resplandor de los sublimes flameros no vé cosa que le estorbe sino el Ministerio, y pide por junto su caída.

Un hombre nuevo es llamado para deshacer la facción y á rehacer la nación; se necesitan recursos por una parte, y el hombre nuevo encuentra recursos. Pero para rehacer la nación es preciso empezar por deshacer lo que encuentra mal hecho. ¡Triste suerte, que hayamos de pasar un año en deshacer el error de un día! Nueva Penelope, la España no hace sino tejer y destejer. Todos convienen ya amigo mío, en que la envoltura fué evidentemente un disparate ó una burla mas bien de Carnaval, y que ya nos vendría el uniforme; pero en lugar de echarla á un lado se la andan descosiendo puntada por puntada, por que han dado en la gracia de decir que no se puede hacer un uniforme de nueva planta, sino que es preciso salga el uniforme de la envoltura; están locos y todo es darle vueltas y rodeos: tira de acá tira de allá, y llévenos el diablo si por ningún lado nos alcanza.

Juntanse en esto las Cortes. *¡Gracias á Dios, dirás, que*

tenemos quien ilustre la materia! El trono habla á las Cortes, y las Cortes contestan al discurso del trono. Hasta aquí no hay cuestion de Gabinete, es solo cuestion de buena crianza. El uno dice: *Servidor de Vd.*; y el otro contesta: *Muy Señor mío.* No es decir esto, sin embargo, que no haya transcurrido casi un mes en debatir y dilucidar si el uno podría decir á su riesgo y peligro el primer cumplimento, y si podría el otro en conciencia responder con el segundo. Pero al fin se convino, se decidió que no habia peligro ni por una ni por otra parte en decirse los mencionados piropos.

En seguida el ministerio abraja dudas acerca de si tiene ó no tiene la confianza de la nación, que le acababa de confiar el poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nación cuyo apoderado conviene consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar por resultado la espresion de la voluntad de la nación; lo cual es tan cierto, que esa misma representacion nacional, que no es representacion nacional, va á hacer ella en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra Ley Electoral que dé por resultado la espresion nacional. Pero has de saber que en estos gobiernos representativos, queda destruido el antiguo refran que dice: *nadie dá lo que no tiene*; mas claro con un ejemplo, en ellos una vela apagada puede encender otra vela. ¿Lo vez claro ahora? Pues sin embargo, el ministro puesto por la nación le pregunta al tal apoderado de la nación, si la nación tiene confianza en él. Es decir que yo, mayordomo tuyo y puesto por tí, le pregunto á tu ayuda de cámara si me dá licencia de que te siga sirviendo de mayordomo. Ya ves que el paso es natu-

ral. ¡Ventajas inmensas todas de haber hecho las cosas á medias, cuando hubo conyuntura de hacerlas por entero! ¡Suer, te precisa de un pueblo que se empeña en que le den lo que no se dá, lo que se toma! Por que el que dá no puede menos que ser legal, y la legalidad repugna toda innovacion.

Felizmente, como le habia de haber dado al apoderado por decir que nó, diólo por decir que sí, y tuvimos *voto de confianza*.

Díose de paso un empujon á la cosa pública, y púsose por fin el nombre de *Guardia Nacional* á lo que el año pasado no se podia llamar así, sino con manifiesto peligro. Ya te lo he dicho *tejer y destejer*. En unos cuantos meses no hemos hecho sino destruir nombres nuevos para llegar á los viejos: destejer de *Fomento á Interior*, de *Interior á Gobernacion*, de *subdelegado á gobernador civil*, ya llegaremos á *Gefes Políticos* de Estamento á Cortes revisoras. ó ya llegaremos á *Constituyentes* y á *Constitucionales*. En unos cuantos meses han perdido las palabras *Guardia Nacional* todo el veneno que tenian puestas en prensa, como han estado lo han ocurrido. Semejantes en eso al vino, que nuevo hace daño, y embotellado y guardado se vuelve mejor. Por el contrario, las palabras *Milicia Urbana* perdieron su fuerza y se malearon, semejantes tambien al vino, que espuesto al aire libre se agria y se desvirtúa.

Después de haber conseguido desandar ese trozo de camino, vamos á la Ley Electoral, que ya no sé con que compararla, porque, se ha dicho con respeto, no sé á que se parece. En primer lugar el Ministro picado sin duda de la generosidad del Estamento que le acababa de conceder su

voto de confianza, no quiere ser menos y le dá el suyo al Estamento con tres proyectos adjuntos, el suyo, el de la mayoría, y el de la minoría de la comision, diciendo que no es cuestion de gabinete, y que adopta lo que el Estamento decida *Confianza por confianza*. Se adopta la totalidad. ¡Gran victoria, parecida á otra moderna que no quiero nombrar y que tambien se volvió toda principio! ¿Que importa? dice la oposicion, en los artículos te aguardo. En el todo están de acuerdo; en lo que no están de acuerdo es en las partes que componen ese todo: pero por lo demas ¡que babería! El encabezamiento, la fecha, el oficio de remision todo está bien. Es decir: *Yo te regalo una capa hecha, solo que no quiero que gastes de ella, ni el paño, ni los embozos, ni el cuello, ni las hechuras*. Ahora, abígate tu como puedas, que al fin yo te regalo la capa.

Contarte, querido amigo, los pasos de la discusion es obra superior á mis fuerzas, y decirte en quien estuvo la culpa, y nombrarte al que por falta de practica parlamentaria dejó que su enemigo se adelantase á tomar la mejor posicion es superior á mi voluntad: por tanto te aconsejo echas mano de las sesiones de Cortes, y te las leas de cabo á rabo, y si llegas á entender claro en el asunto, te aconsejo tambien que te des la enhorabuena, y te tengas en lo sucesivo por hombre de talento.

¿Quieres que te diga lo que yo he sacado en limpio, por ende veras que soy un pobre hombre? Ya yo me lo presumia, pero nunca creí quedarme á obscuras con tantas luminarias, porque decia yo para mí: para que te entienda una cosa, habrá de bastar, ó que el que trata de averiguarla no sea lerdo, ó que el que la explica sea muy avisado. Nada de eso, y

juza si el pobre Figaro es lerdo cuando no ha *se* cido en limpio *si*no.

Que la eleccion directa es la mas liberal, que el Ministerio es liberal, y queria lo mismo que quisiese el Estamento, siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que el queria; que ha habido una comision y dos proyectos en ella, y que el Ministro queria lo mismo que la comision, que queria dos cosas distintas y que el Estamento, no queria ni al Ministro ni á la Comision. Que la oposicion en el Estamento era de hombres retrógados que abogaban por el progreso y que querian la eleccion directa como la mas liberal, ellos que eran los menos liberales; que el Ministro que hacia de Ministerio, y la Comision que hacia de las suyas, eran hombres progresivos que abogaban por el retroceso, y que querian la eleccion indirecta como la menos liberal, ellos que eran los mas liberales: que los mas liberales querian que se efectuase la eleccion por Provincias, y los menos liberales por partidos; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos y tantos partidos en España; que las Provincias son mas liberales, á pesar de que los mas liberales son los partidos &c. &c. &c., y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, ni ya nunca nos entenderemos.

¿Me has entendido Andrés? Bueno; pues ahora sabrás que de resultas amaneció un día y se votó todo eso; abstuviéronse diez señores de votar, lo cual hace tal vez el elogio de su conciencia; sin duda no estaban todavía mas ilustrados que yo, y se perdió la votacion, todo por cinco votos, que han venido á ser las cinco llagas, Andrés mio, de este pobre cuerpo crucificado: viniendo á ser tambien por lo tanto en

sus partes cuestion de gabinete, lo que en su todo no era sino cuestion de escalera abajo.

Con esto, amigo mio, y para que nos entendieramos, se tomó la determinacion de hacer callar el Estamento, que está estaría hablando todavía, quedándonos todos el 27 de Enero á oscuras de Estamento, y de Cortes, y de Ley Electoral, con la rara circunstancia de que la *Nación*, estaba deseando que la disolvieran, y el *Pueblo* es el primero que ha dado la enhorabuena al Gobierno por haberlo enviado á pasear. Y sin embargo ha hecho bien y ha tenido razon.— ¡Ahí verás tú lo que son anomalías!

En efecto, el trono, usando de su prerrogativa, dijo á cada cual en lengua castellana lo que mi tocayo dice en cierta parte, *Buena será D. Basilio, presto andati á riposar*; y ya á la hora de esta deben de ir por esos caminos los Señores Procuradores á poner en claro para sus comitentes la Ley Electoral que así acertaran los unos ni los otros á explicarla,

Pero al día siguiente, querido amigo, y cuando creíamos los amigos del Ministerio que iba á dar un *golpe de Estado*, sustituyendo á la Ley provisional agregada al Estatuto, otra ley provisional en la cual podía decir *ni quito ni pongo rey, pues no es aquella fundamental, y tan Ministro soy yo como el padre mismo del Estatuto*, nos encontramos con una Gaceta Extraordinaria, que dice que se reunirán nuevas Cortes el 22 de Marzo mas no *revisorias ni constituyentes* sino solo para hacer dos meses después, lo que estas debian haber hecho dos meses antes. A ver si lo entiendes: el ministro dijo, al llegar al artículo que levantó la polvareda. *No me le toqueis, porque de no ser la eleccion por Provincias, habré de tardar dos meses mas, y entonces no puedo*

cumplir mi promesa, porque estoy de prisa. Respondieron las Cortes: *Abajo el artículo; parece natural creer que el Ministro vá á echar por el atajo y decir. No me ahorrais los dos meses; pues en atencion á la urgencia, yo me los ahorro: no Señor sino que dice: me embarazais dos meses, y os disuelvo para que dentro de esos dos meses veamos si otras Cortes mejores me los ayudan á saltar.* En ese caso, pues. ¿Para que disolverlas? Aguantar los dos meses, pues por todos lados se presentan, y así no serán mas que dos, porque si las otras Cortes vienen diciendo erre que erre, entónces serán cuatro en vez de dos.

De suerte que yo por el pronto solo veo clara una cosa; y es que para el 22 de Marzo, se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes, uno de cuyos estamentos será elegido por los electores que elijan los ayuntamientos y mayores contribuyentes, que sus individuos deberán tener 12 000 reales de renta, treinta años y haber nacido ó estar arraigados en la provincia, segun el Estatuto. Que estas tales Cortes oiran otro discurso de la Corona, y volverán á contestarle: que se volverá á poner sobre la mesa la ley electoral, en atencion á que es preciso hacer una nueva, pues la actual, por la que van á ser elegidos esos mismos que harán la otra, no vale nada. Que para entonces es probable que empecemos á entendernos, por que es de suponer que Tarragona, Granada y Asturias no han de reelegir exactamente á todos sus poderhabientes: que se discutirá luego el proyecto de Libertad de Imprenta, el de responsabilidad Ministerial, y demas objetos importantes que el bien público reclame; que para entonces, seguramente no tendremos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio: por que estará caído si nó la cumple;

que en eso se pasará la Primavera y el Verano; que para el Otoño se pondrá en vigor la nueva ley electoral; y que mucho antes del día del juicio, veremos las Cortes revisoras, que engendrarán las constituyentes; y que.....y en fin, que se acabará el mundo, algun día, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden, hablando de eso, que Nuestro Señor Jesu-Cristo vendrá á juzgar á los muertos; de los muertos no digo nada, ¡vive Dios! que si yo fuera quien hubiese de juzgar, ya los vivos estarían juzgados.

Y he aquí, amigo mio, (en tanto que descubrimos el del Ministerio) descubierto el secreto de la oposicion, y explicada un tanto la anomalía de como querian los menos liberales, el método mas liberal, á saber, por que era el mas largo, sin contar con el rodeo que nos hicieron dar sus Señorías, que por mucho tiempo reposen, ya que tan completa y oportunamente los damos todos las buenas noches.

Por mi parte, ratos tengo de creer que en las críticas circunstancias en que nos hallamos, poseedores de un Ministro, en quien la nacion ha depositado por todos los medios posibles su completa confianza, no puede perjudicarnos que este camine libre de las trabas de todo Gobierno Representativo, hasta el cumplimiento de sus ofertas. Y nada nos quedaba que sentir, sinó debíamos tener presente que es tan grande como la necesidad de acabar con la faccion, la de ver reunidas las Cortes Constituyentes, que den principio á una era nueva, desenredándose de esta tela vieja en que yacemos miserablemente envueltos. En fin, si conseguimos lo primero, creo que los liberales verdaderos lo hemos de dar todo por bien empleado.

Concluiré diciéndote, que hasta la presente estamos tan á buenas noches de Ministros, como de Estamentos; pues los Señores Próceres, sin comerlo ni beberlo, tambien han caído todos á un tiempo, que ora como hablaban, sin que por eso digesen entonces mas que ahora.

El de la guerra está en su elemento: estos días se andaba buscando uno para Estado, ó para Hacienda, como quisieras entenderlo, pero vaya V. á saber donde estará metido: con respecto al de Marina, ya oirias que se trataba de hacer Ministro de Marina al Sr. Galiano, á causa de que habla muy bien: pero como el Ministro ha cortado la conversacion dudo mucho que insistan en eso; S. E. se quedará hablando con las olas y diciéndoles el *quos ego* de Virgilio, y por cierto que lo aprecio demasiado para desearle que lo hagan Ministro. De todas suertes, no debe de admirarse en ese ramo la tardanza, porque así pueden andar buscando Ministro para la Marina, como Marina para el Ministro, hay quien añadía si el de la Gobernacion ha de mudarse; pero te aseguro que lo tiemblo, porque si cada Ministro ha de traer consigo, como ha sucedido hasta ahora, un nombre nuevo y un nuevo reglamento para ese dichoso ramo tan desgobernado, no ganamos para memoria y para membretes impresos.

Sigilo y mas sigilo, si he de seguirte escribiendo, no me suceda algun chasco; y en el interin que te vuelvo á escribir, que será pronto, recibe las *Buenas noches* de tu amigo—

D. RAMON MARIA NARVAEZ.

Alabado, ensalzado, glorificado, loado, bendecido y hasta beatificado y santificado sea.... sea.... ¿Qué santo? A cual? á quien daremos gracias y reconocemos por patrono, y causa de haber sido atacado y batido Gomez en Andalucía.... ¿A cual? Al santo que no tenga esclencia y sea san fulano mondo liso y llano, y que se conozca por abogado de los mayores imposibles y milagros: ¿con que Gomez ha sido batido? que maravilla! que.... cosa tan inesperada pero justa y necesaria.

La provincia gaditana ha sido la que debía ver su suelo teñido con la sangre de los encarnizados verdugos de Córdoba y Almáden, y al valiente brigadier Narvaez estaba reservada la gloria que no han podido obtener generales experimentados, entorchados dobles, fajas, títulos y una serie de antecedentes.... ¿estamos? Una serie de antecedentes gloriosos cual los del Callao de Lima, Portugal, reino del Perú &c. &c. &c. &c.

¡Santa Bárbara! Ahora aqui pega una invocacion á esta santa abogada de rayos y centellas. ¡Vaya una santa esclentísima!!!....

El señor D. Ramon Maria Narvaez nada mas, que con solo sus crucejillas de campañas, y.... brigadier.... es el señor Don Fulano Narvaez, no ha llegado á esclentísimo.... cuidado que lo merece tan justo y mejor que otros que

han adquirido sus grados por la influencia de una camarista, por los empeños de un grande protector, por haber untado el carro del ascenso, por aparecer lo que no son, ni fueron ni serán porque como fué pariente del excelentísimo señor don Fulano, es menester que lo sea don Zutano; y como por encanto aparecen unos generales nuevecitos, sacados de los primeros moldes, sin haberse aun empañado el barniz de la última mano.... ¿sueño esto está reservado para ellos, con su instringulis, que lo saben ejercer con primor, elegancia y finura cosa que se aprende á hacer con mas facilidad que batar á los enemigos por las sierras de Anzar, las de Navarra y....; vive Dios! que cuando se trate de conservar gerarquias, defender notabilidades, no manchar pergaminos, y querer mancillar egecutorias, aqui estamos nosotros para salir cual el andante Manchego, y envasar liberales á mansalva como el tal adalid hizo con los pellejos de vino en la venta de feliz recordacion: pero en cuanto á salvar la patria, cumplir con su deber, defendiendo los derechos del pueblo, combatir contra los enemigos de sus conciudadanos, ahí están las calles de Cadiz el dia 10 de Marzo de 1820 y la campaña última de Portugal contra el Pretendiente que casi es parangon; por que entre asesinar un pueblo indefenso, á dejar sueltasito y libre el que despues ha de procurar asesinarlo, todo es casi igual: ¡vivan las excelencias, y los titulos adquiridos con tanta honra y provecho del diablo ya que no de la patria!!!

Señores, señores ¡qué esporton de disparates! con la noticia favorable se me vá el santo al cielo, la reflexion se me ofusca y no se hace uno cargo de la razon. Usted Sr. Narvacz es un atreviduelo: si señor: á la vista de tres batallones de

Aragon, cinco de Valencia y cuatro de Castilla con novecientos caballos (segun dice el parte) atacarlos sin verlos ni contarlos á derechas. ¡Ola!... Es menester reñirle á usted severamente por su irreflexion, por su tomeridad. ¿Como se entiende no tomar el ejemplo de sus superiores llenos de "antecedentes gloriosísimos" de cruces, fajas, entorchados, titulos y atreverse á una cosa tal? ¿Cómo encontrar á Gomez que hacia el *bá* cuando nadie habia podido dar con él?... ¿dónde se ha visto que despreciando el sistema de los generales que le han perseguido y le han dejado hacer lo que le da gana, como por ejemplo, robar, asesinar, saquear (que eso no vale la pena) se haya usted metido á desfacedor de agravios? ¿Pues qué se puede ver un ejemplo tal, sin vergüenza é indignacion? ¿Se puede mirar con serenidad que usted ponga en duda opiniones adquiridas y conservadas con honor y valor!...ya....ya....usted quiere la fajita, la "excelencia!".... Pues juro á bríos que no tendrá usted ni lo uno ni lo otro; yo se lo aseguro que me oiran los sordos como tal vea; no señor no quiero verlo á usted subir, para que nos haga usted bajar, y que siendo "excelencia" tal vez se eche usted á perder y nos pierda como otros "excelencias" lo han hecho: acabe usted con Gomez, destrúyale usted del todo, y luego segun mi opinion, para asegurarle á usted (pues estamos, ó diré mejor nos han puesto en ese caso) le honraremos, graduaremos, le vuescenciaremos.... y todo lo que usted quiera, diez años despues de muerto, porque el ejemplo puede mucho y porque usted lo merece tambien, por su atrevimiento, que en verdad es malicioso pero que nos conviene. Vamos, se acabó, es el momento de las paparruchas y aunque

las prefiero tengo disculpa pues la noticia no es para menos : Hagámos una pequeña... sí, muy pequeñísima distinción. Hay excelencias buenos... pero muchísimos malos... y no se entienda que todos caben en un saco... aunque algunos merecian entrar en el saco y despues... conservarlos para... que se yó : de todos modos es justa y debida esta reprension al Sr. Narvaez para que no se consienta, y que se acuerde de que, cuanto mejor vá el chico en la leccion nunca es bueno elogiarlo en sus barbas porque.... ¡ Ave María purísima ! buena la haríamos ! Señor Narvaez, usted ha cumplido como " un hombre de bien, como un verdadero español. " Quiere usted mas ? ... pues no señor, no le da á usted mas su amigo para aquí y delante de Dios.

DIOS NOS ASISTA.

TERCERA CARTA DE FIGARO

A SU CORRESPONSAL EN PARIS

Despues de mi segunda carta, fecha 30 de Enero, esperé largo tiempo para escribirte, querido Andres, que ocurriesen cosas dignas de contarse. Pensarás que ha ocurrido efectivamente : yo no sé si ha sucedido algo ; paréceme unas veces que sí, paréceme otras que no. Pero si no ha sucedido, seguramente que va á suceder, y por si saliera falsa mi congetura no

quiero fiar á la contingencia de los acontecimientos la continuacion de nuestra correspondencia. Allá va otra carta á buena cuenta.

Como te referí, cerráronse los Estamentos y quedámos á buenas noches. La primera novedad que dió que hablar en aquellos dias fué, que segun pareció despues, le quedaba algo que decir al señor Perpiñá. ¿ Y qué dirás que hizo ? va, coge, y cree que tenemos libertad de imprenta : el buen señor es por lo visto incapaz de pensar mal de nadie, y como de cierto tiempo á esta parte no ha habido Ministro que no se haya proclamado abogado de la libertad de imprenta, aunque por el estilo del marido que delante de gentes animaba á su muger á comer de los pichones, y en quedando solo le decia enseñándole un garrote, *¡oy si los catas!* hubo de imaginar que entre nosotros pensar y decir era todo uno ; mas breve : creyó que para hablar le bastaba tener licencia de Dios, y que por tanto no necesitaba la del gobernador civil. Al revés me las calcé. Escusable es el señor ex-Procurador, porque hace tanto tiempo que nos están diciendo que somos libres, que á veces uno mismo se lo llega á creer. Echa mano de un folleto, desparrama en él sus ideas como quien siembra, y tiéndose á esperar la cosecha. ¿ Pero qué dirás que cogió ? El, nada. La autoridad fué la que cogió los folletos.

Eso sí, al dia siguiente la autoridad nos probó en un artículo comunicado que los folletos se podian coger : ya lo sabíamos, y si no se lo hubiéramos podido preguntar al autor. Seamos con todo imparciales. El Gobierno añadió que nosotros no ignoramos que para publicar un pópel, sea cual fuere su tamaño, se necesita licencia.

¡Y cómo si lo sabemos! Plaguiera al cielo que nos fuese dado ignorarlo. Es como si te pusieras en camino y te asaltasen ladrones, y te quejases, y te respondiese el ladrón: *¿Pues no sabe que hay ladrones?*—y repusieras tú:—*¿Cómo no debía haberlos!*—y te tornasen á replicar:—*¿Pero cómo los hay...*!—que sería el cuento de nunca acabar y de tener razon el ladrón, es decir, el mas fuerte.

Solo en una cosa me divertí el Gobierno: en decir que sentia como él que mas que así sucediese; eso prueba que estaba de buen humor, señal de que la cosa iba bien. Es la del verdugo, que te pide perdón antes de ahorcarte: si fuese siquiera despues probara arrepentimiento. Yo le diria: ¿y quién le pone á V. S. un puñal al pecho para que sea verdugo, si el oficio no le agrada?

Lo peor del caso fué que el folleto no tenia mas cosa buena que el ser corto; mas como tuvo los honores de la persecucion, vino á leerlo todo el mundo; perjuicio para el Gobierno, que lo habia recogido; mas perjuicio aun para el autor, que lo habia escrito, y á quien la autoridad logró desacreditar, dando á su produccion la mejor especie de publicidad y mayor que para nadie para el público, que tuvo que echárselo á pechos en aquellos días en que no se hablaba de otra cosa.

Punto en el folleto, que es cosa antigua. A pocos dias ocurrió otra friolera, si en estos tiempos es lícito llamar friolera á la cantidad de dos mil reales. Giró el lance sobre la misma libertad de imprenta, sobre si un párrafo del Español tenia al pie un garabato ó si no lo tenia, sobre si se habia invertido el orden, y si lo habia leído el censor antes que el pú-

blico, ó el público antes que el censor. Pareció no haberlo leído en su vida el censor: se consultó el libro de los oráculos, por apodo reglamento, y éste respondió en términos bastante claros:

*Y para casos tales,
Que pague el editor dos mil reales.*

Figúrate qué golpe para el Gobierno, y mas lloviendo sobre mojado. ¡El que como arriba dejamos dicho siente tanto estas cosas! Estos son golpes, amigo, que acaban con un Gobierno sensible; así es que yo lo veo y no lo veo.

A mi me dá que hacer la libertad de imprenta: no soy el único á quien da que hacer, pero en fin me da. Habla la Reina, y se hace lenguas de la libertad de imprenta; hablan los Ministros, y para ellos no hay altar donde ponerla; hablan tambien (esto no es pulla) los Pórceres, y convienen en que es la base; abren la boca los Procuradores, y procuran por ella como por las niñas de sus ojos; hablan los periódicos, y hártanla de piropos. Y hablo yo y digo, como don Basilio en la ópera de mi tocayo *¿á quién engañamos pues aquí?* ¿quién diantres impide que la establezcan? Alguno hay que habla de mala fé, y deben ser el pueblo, los Estamentos y los periódicos, porque en cuanto al Gobierno, ¿cómo dudar de él cáspita, siendo tan patriota?

Me podrás decir que á pesar de cuanto llevo escrito hay libertad de imprenta, solo que está cara, como bocado delicado que es. Cierito, por dos mil reales te puedes dar un hartazgo, por cuatro mil dos hartazgos, y así progresivamente

hasta la cantidad de tres hartazgos, porque llegando á ese número simbólico, como le llama Dupuis, mueres de un cañon. Yo pienso usar de ese medio, y darme algun dia hasta dos; los primeros doscientos duros que yo vea reunidos, los tengo ya destinados á un dia de asueto. Es lo malo que si me recogen antes de que me lean, habré pagado caro el placer de un monólogo escrito, pero siempre me queda el recurso de aprenderlo antes de coro, y de irlo diciendo á mis amigos, los cuales son tantos que vendrá á ser como imprimirlo. Por fortuna no está previsto en el reglamento el caso de que uno se sirva de imprenta á sí mismo. Solo me detendria el temor de causar una desazon al Gobierno, quien al tomar los ejemplares y los cuatrocientos, bien sé yo que se le habia de caer la lágrima tan gorda.

De lo que puedes vivir seguro es de que esas multas no se aplican á pago de censores; seis meses hace que están los pobrecitos echando rúbricas dia y noche como en barbecho en cuanto á papel les cae debajo, sin ver la cara de un rey en una mala moneda: eso parte el corazon. Digo, si fuese gente interesada como muchos creen; vale Dios que no necesitan ellos que nadie les dé un maravedí por atajar el paso á la licencia. Hombre hay que con tan buen fin daria dinero encima de lo suyo, sin censor ó no censor hubiera aquí hombre que lo tuviera; aun harán mas probablemente, que será dejar parte del sueldo, que no cobran, para el donativo voluntario, á que obligan ahora á todo el mundo, con cuyos auxilios va la guerra que vuela. Es lo que muchos dicen: ya quisieran ver á lo menos lo que dan, para formar una idea de lo que deberian tomar sueldo, Dios le dé, pero rúbricas no falta

Censor conozco yo, á quien le presentaron en un mismo dia la cuenta de su lavandera y el contrato matrimonial de su hija, y en la primera puso: *imprimase* y en el segundo: *no puede correr, por ser contra las prerogativas del altar y del trono, y encerrar alusiones inmorales.* Y tenia razon, porque al matrimonio se sigue lo que tú sabes, cosa por cierto inmoral y hasta fea en cuanto á ornato.

Chanzas aparte; no es el mio, que es hombre en verdad racional si los hay, y de él estoy tan contento que el dia que me lo quiten, como es de presumir, me arrancan un pedazo del alma y el cuerpo todo entero, que á fuerza de verdades alimento.

Dejemos á un lado esas boberías de la libertad de imprenta, que se parece al dinero en lo indispensable, y en lo filosóficamente que sin la una y sin el otro vamos trampeando.

Ya sabrás en Paris los asesinatos del santuario de Hort: hicieron eco en Barcelona, y hubo allí la de Dios es Cristo. Muchos liberales se afligieron, y yo tambien me afligí, ¡vaya! pero no precisamente en cuanto liberal, sino en cuanto hombre. Une estos que llaman atentados, y que realmente lo son, con los de los conventos, y remontándote mas arriba con los del 17 de Julio, de triste recordacion para los frailes de Madrid, y te diré una cosa.

Cuando yo veo á los principales pueblos de una nacion alzarse tumultuosamente, y á pesar de las guarniciones y de la guardia nacional, y del poder del Gobierno, atropellar el orden y propasarse á excesos lamentables en distantes puntos, en épocas diversas, y á despecho de los sentimentales sermones de los periódicos, difícilmente me atrevo á juzgarlos con

ligereza; mientras mayores son los excesos, mas increíble el olvido de las leyes y mas fuerte la insurreccion, mas me empeño en buscarles una causa; ni en el orden físico ni en el moral comprendo que lo poco pueda mas que lo mucho: no comprendo que pueda suceder nada que no sea natural, y para mí natural y justo son sinónimos. De donde infiero que una insurreccion triunfante es cosa tan natural como la erupcion de un volcan, por perjudicial que parezca. Una causa no es una defensa, pero es una disculpa, desde el momento en que se me concede que una causa dada ha de tener forzosamente un efecto.

Ahora bien. ¿En donde vé el pueblo español su principal peligro, el mas inminente? En el poder dejado por una tolerancia mal entendida, y por muy largo espacio, al partido carlista; en la importancia que de resultados de la indulgencia y de un desprecio inoportuno ha tomado la guerra civil. ¿No veía en los conventos otros tantos focos de esa guerra, en cada fraile un enemigo, en cada carlista preso un reo de estado tolerado? ¿No procedía del poder de esos mismos enemigos, dominantes siglos enteros en España, la larga acumulacion de un antiguo rencor jamas desaogado? ¿Qué mucho pues que la sociedad acometida en masa, en masa se defiende? ¿Que mucho que no pudiendo ahogar de una vez al enemigo entre sus brazos, se arroje sobre la faccion mas débil de él, que tiene mas cerca y á su disposicion? Solo puede ser generoso el que es ya vencedor: si al Gobierno le es dado juzgar y condenar legalmente, es por que está fuera de combate por que representa á la justicia imparcial. Pero se pretende que de dos atletas en la fuerza de la polea, el uno

continúe su victoria hasta acabar con su enemigo, y que este se contente con decirle: "¡espérate, no me mates, que voy á dar parte á la justicia, que es de mi partido, para que ella te ahorque!!!"

El pueblo no es el Gobierno; es mas fuerte que él, cuando este no comprende y satisfice sus necesidades; y prueba de ello es que lleva á cabo sus atentados, sin que aquel los pueda prever ni impedir. No es esto alabar los atentados, sino decir que son los inconvenientes de las revueltas, y que por malos que parezcan son naturales, como es malo, pero natural, que un rio atajado por diques, inferiores á él, se salga irritado de madre é inunde la campiña que debiera fertilizar mansamente.

Nota aquí una cosa. Quien pudo hace un año dar salida conveniente á ese rio no lo supo hacer, y cuando llega la avenida, se queja del rio. Quéjese de su torpeza, que no calculó antes de poner los diques la fuerza que el agua traería. El Gobierno no supo á tiempo contentar á los pueblos y dar salida legal á su justo enojo, y su sucesor que heredó la culpa, se queja ¿de que? ¿de que los pueblos no son de carton, como uno y otro creyeron!!!

Recorre la historia: en ella aprenderas que un asesino nunca puede ser justo; pero cuando no es uno, cuando no es una faccion, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente. Que no fueron entre nosotros cuatro malévolos, mal pudiera negarlo el Gobierno mismo, pues á haberlo sido, ¿como no hubiera estado en su mano sugarlos? De donde infiero que los desordenes del pueblo, ó son naturales y justos cuando el Gobierno no los

puede contener, ó son culpa del Gobierno cuando puede y no sabe, ó no quiere. Argumento sin contestacion.

Pero eso sí, vivimos en el tiempo de la legalidad. Los principales motores fueron presos y trasladados á Canarias. Por supuesto, me dirás, previa formacion de causa y la competente condenacion de los tribunales. Claro está. ¿Como querias tu que un Gobierno que se queja de los escresos del pueblo vaya él á cometerlos? ¿Un Gobierno, que no puede como el pueblo disculparse con la seduccion y la irritacion de las pasiones, habia de atropellar las leyes, de que es guardian y ejecutor, con la misma facilidad que ese pueblo á quien castiga por haberlas atropellado? ¿Pues no ves que si el Gobierno hubiera atropellado las leyes para castigar los atropellos de otros, debería haber empezado por embarcarse él para Canarias, y decir: *marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda de presidio?* Vaya, Andrés, que eso ni suponerse puede, y si te cuentan que tal caso ha sucedido, puedes decir que el que lo cuente es un malévolo de esos que traen la anarquía en el bolsillo. Diria el Gobierno, y diria bien: "yo no hice tal cosa, y si la hiciera, ¿que diferencia habria entre los atentados del pueblo y los míos? Por que en fin, mientras que la ley no le ha declarado reo, el condenado es asesinado: en ese caso no habria entre mi atentado y el del pueblo mas que una diferencia; á saber: que el pueblo asesinó malamente carlistas; y yo asesino malamente liberales."

Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo.

Puedes estar seguro de que hay causa, y si no se les ha

formado, es por que andamos de prisa; ó por mejor decir, lo que ha ido á Canarias no ha sido una cadena de culpables, sino una comision artística compuesta de liberales, que van á costa del Gobierno á acabar de descubrir aquellas islas, y escribir una memoria de las alturas del globo, y á dar testimonio al mundo sobre todo de la altura en que estamos, tomando el meridiano del pico de Tenerife.

Tambien te habrán contado posteriormente otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja, en virtud de un *cúmplase* de un heroe. ¡Dios nos libre de caer en manos de heroes! Solo te diré que á lo menos los de Barcelona tuvieron que acometer una fortaleza y esponerse á ser rechazados. Bueno es remontarse á las causas de las cosas, al tronco, y no á las ramas. Es así que la primera causa de que existen facciosos fueron las madres que los parieron; ergo, quitando de en medio á las madres, lo que queda. Los teólogos dicen: *sublata causa tollitur effectus*. Es lástima que no haya vivido el abuelo, por que mientras mas arriba mas seguro es el golpe. Pero hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que así como Sanson tenia la fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre, que viene á ser la hiel de ellos; en quitandose la se vuelven como malvas: así lo ha probado la esperiencia, por que de resultas el otro no ha fusilado mas que á treinta. ¿Quien sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía? Luego las mugeres son las que están impidiendo la felicidad de España, y hasta que no acabemos con ellas no hay que pensar tener tranquilidad. En cuanto á las hermanas, como estaban casadas con guardias nacionales, les tocaba fusilar la mitad á los de allá.

y la otra mitad á los de acá; pero nosotros, mas desprendidos, no quisimos perdonar ni la mitad que nos tocaba, y lo fuilamos todo. ¡Bien aventurados en tiempos de heroes los incluseros, por que ellos no tienen padres ni madres que los fusilen!

Pasadas estas etiquetas de recíproca cortesía, dieron en correr voces de que el ejército estaba descontento, y que la guerra de Navarra no iba lo ligera que debía. Felizmente para todos, algunos amigos tuyos y míos, que así saben mover la pluma como esgrimir la espada, enderezaron la opinion en artículos luminosos, probando lo que ninguno podia tener olvidado, que las guerras civiles son largas, á pesar de todos los programas del mundo; que estos son por el contrario los que tienen corta vida; que así las civiles como las demas se sostienen con dinero y con soldados; que un gobierno en lucha con una faccion pierde mas cuando pierde una batalla, que adelanta cuando la gana, y que una derrota nuestra nos quita mas honra que gloria da á la faccion; que por lo tanto es fuerza no aventurarse sino á ciencia cierta; que la guerra no se hace en el ministerio sino en Vizcaya; que de real orden se llevan y se traen jueces, se envían buques á Canarias, y se conquistan votos, pero de real orden no se ganan batallas; que algunos descabros nuestros han sido debidos á reales órdenes; que para hacer la guerra se necesita un plan: que para tener plan es preciso que el general solo sea responsable; y que Córdoba, en fin, sin que haya necesidad de llamarle héroe, tiene un plan el cual es forzoso dejarle llevar á cabo si quiera porque no ha habido hasta ahora otro mejor que el suyo.

Tales razones nos convencieron, fué bien acogida la representación del ejército, y si bien ninguno de los que habla-

ban fué á dar su brazo en vez de su voto, al fin no se admitió la dimision y sigue el general, y su plan, y la guerra de Navarra, en el mejor estado posible.

Mientras todo esto pasaba, echarónse encima las próximas elecciones, hoy ya pasadas, y porque digo se echaron encima, no vayas á pensar alguna tontería. Dijeron muchos que habria amaños ó si no habria amaños; que se escribió largo y se intrigó mas. Lo primero solo prueba cultura en el pais, lo segundo arguye talento. ¡Vaya usted á impedir que hablen las gentes! Para que fuesen las elecciones muy populares bastante amaño era ya, la propia ley electoral, en virtud de la cual debían elegir los electores nombrados por los ayuntamientos y los mayores contribuyentes. No hay cosa para elegir como las muchas talegas: una talega dificilmente se equivoca; dos talegas siempre aciertan, y muchas talegas juntas hacen maravillas. Ellas han podido decir á su Procurador por boca de los mayores contribuyentes la famosa fórmula aragonesa: "Nos, que cada una de nos valemos tanto como vos, y todas juntas mucho mas que vos, os hacemos Procurador."

Luego, los elegidos habian de tener 12000 reales de renta: gran garantía de acierto; por poco que valga un real en estos tiempos, no hay real que no valga una idea, sin contar con las muchas que hasta ahora hemos visto que no valian un real, y con los varios casos en que por menos de un real daría uno todas sus ideas: bueno es siempre que haya reales en el Estamento por si acaso no hubiese ideas. Tanto mejor si hay lo uno y lo otro.

No es menos importante lo de los treinta años; no es menos simbólico ni cabalístico el número de treinta que el de

tres tan citado, y de que es décuplo: treinta días tiene el mes, treinta minutos cada media hora, por treinta dineros vendió Judas á un Dios, treinta años representa la vida de un jugador, y treinta años, en fin, la capacidad de un Procurador. Muchos filósofos han creído que cuando el hombre nace, el Ser Supremo, que está atisvando, le sopla dentro el alma por medio del mismo procedimiento que usa un operario en una fábrica de cristales para dar forma á una vasija; pero eso es el alma, mas no la capacidad y la facultad de procurar: esta tal otra quisicosa se la infunde el Criador el día que cumple treinta años, por la mañanita temprano, así como la aptitud legal y la mayoría se la comunica á los veinte y cinco. O tú, Andrés, que no los has cumplido, está con cuidado el día que los hayas de cumplir, y escribeme para mi gobierno lo que sientas en ese día: dime por donde entra la capacidad, y hácia donde se coloca en tu persona; prevenido de esa suerte de los síntomas que la anuncian podré yo hacer á la mia, el día que me baje, el regíbmiento que se debe á tan ilustre huésped. ¿Cuándo tendremos treinta años? Aquel día seremos ya unos hombrechitos.

Bien ha habido hombres que han discurrido antes de los treinta años, pero esos son fenómenos portentosos, raros ejemplos de no vista precocidad; y en cuanto á Peet y otros de su especie. Ministros ya mucho antes, ni siquiera es posible considerarlos como monstruos de naturaleza: es fuerza inferir error de cálculo y mala fé en la de bautismo.

El haber nacido en la Provincia, ó tener en ella arraigo, no es de menos importancia, si recordamos que las primeras impresiones se gravan para siempre en la cabeza del niño, y

deciden de lo que ha de ser despues cuando grande: ni es posible que un hombre conozca su provincia, y se interese por ella, si no ha nacido por allí cerca. Puede suceder que una provincia tenga mas confianza en la reputacion, en el sabor de un forastero: pero páselo en paciencia la buena de la provincia, que mas pasó Cristo por ella.

Dicen sin embargo que todos los electores no han tenido presentes todas esas verdades; así que, unos Procuradores no han nacido, otros no tienen la renta, ¡que se yó! Esto tiene compostura habiendo comision de poderes, y en todo caso se aplica la renta de unos á otros, como hacen los buenos cristianos con los méritos de nuestro Señor Jesu-Cristo que valen mucho mas que las rentas; y así poniendo de aquí y quitando de allí tengo para mi que se ha de remediar. Y aun yo diría mas. Don Juan Alvarez Mendizabal fue elegido por ejemplo por Barcelona, siendo natural de Cadiz, y no habiendo residido en Cataluña. Decian: pero no tiene nada suyo en Cataluña, sino los electores; ¿pues eso no es tener? ¿No valen tanto por lo menos los electores como un cass, ó una tapia, ó unas cuantas fanegas de pan llevar? ¡Sino que en poniéndose á hablar las gentes. . . .!

Por lo demas es sabido que el Gobierno no ha influido absolutamente nada en las elecciones, y desde luego se dijo que eran á pedir de boca. Para que formes una idea, han salido elegidos los sujetos siguientes:

Por Barcelona como llevo dicho, D. Juan Alvarez Mendizabal.

Por Cádiz. . . . D. Juan Alvarez Mendizabal.

Por Girona....D. Juan Alvarez Mendizabal.

Por Granada....D. Juan Alvarez Mendizabal.

Por Madrid....D. Juan Alvarez Mendizabal.

Por Málaga....D. Juan Alvarez Mendizabal.

Por Pontevedra D. Juan Alvarez Mendizabal, & & &

Que es el cuento de pasó una cabra, y volvió y pasó otra, y volvió á tornar y á pasar otra cabra, y así sucesivamente.

Si oyes decir que se abre el Estamento, di que es broma, que quien se abre es D. Juan Alvarez Mendizabal.

No habrás olvidado que los Ministros de Estado y Hacienda, y el Presidente del consejo, son D. Juan Alvarez Mendizabal, y que los otros Ministros no son sino una manera de ser, distinta, solo en la apariencia, del D. Juan Alvarez Mendizabal. Ahora figúrate el dia que el Estamento Don Juan Alvarez Mendizabal pida cuentas al Ministerio Don Juan Alvarez Mendizabal... aqui llaman esto un *gobierno representativo*; sin que sea murmuracion, confieso que yo llamo esto un *hombre representativo*.

Una vez conocida la buena índole de las elecciones y la idoneidad de esos diversos señores Procuradores, ocurrió la duda de si estas Cortes que iban á reunirse vendrian solo para hacer una ley electoral mejor que las que le confiere su derecho; ó si podrian constituirse revisoras. Quienes se agarraron á la legalidad, diciendo que esto último sería ilegal: quienes intentaron probar que lo de menos era la legalidad, y que lo que importaba era la conveniencia. Por fin salimos del atolladero, y parece que no tratarán de constituirse por varias razones. Porque no han sido convocadas para eso. Porque siendo su objeto principal hacer una ley electoral, en virtud de

la cual puedan convocarse luego las revisoras, es claro que los demas asuntos que á ellas se sometan, por importantes que sean, habrán de ser subalternos al principal. La nacion tiene un cimiento, y necesita una casa: en estas Cortes va á decidir cuales han de ser las circunstancias del arquitecto que se la puede hacer á su gusto. Por consiguiente todo lo que sea proceder á construir el que solo está comisionado para designar el constructor, es hacer la casa, y dejar para despues el arquitecto: equivale á blanquear despues de pintar: es dejar al que venga detras el derecho de poner en duda la validez de la construccion.

En estas disputas andabamos, cuando otro *run run* mas terrible vino á poner nuevo espanto en nuestro corazon. Hé aqui que una noche corre la voz de que se va á poner la Constitucion del año 12. ¡Bravo! dije yo: esto es lo que se llama andar camino. Aqui no se sabe multiplicar, pero restar á las mil maravillas. Vamos á quien puede mas. El año 14 vino el Rey y dijo: quien de catorce quita seis, queda en ocho. Vuelvan pues las cosas al ser y estado del año 8. El año 20 vienen los otros y dicen: quien de veinte quita seis, queda en catorce: vuelvan las cosas al ser y estado del año 14. El año 23 vuelve el de mas arriba y dice: quien de veinte y tres quita tres, queda en veinte; vuelvan las cosas al ser y estado de Febrero del año 20. El año 1836 asoman los segundos, y estos quieren restar mas en grande: quien de treinta y seis quita veinte y cuatro, queda en doce; vuelva todo al año 12. Estos han pujado, si se exceptúa el del Estatuto, que mas picado que nadie cogió y restó todo, y nos plantó en el siglo XV.

¡Diantre! ¡si volveremos todavía á la venida de Tóbal! Sepamos primero como se entiende nuestro progreso. ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia atrás, ó hacia adelante? Tengamos el cuento del cochera, que mentado al revés, arreaba al cocho.

Ya te lo he dicho: tejedores: tejer y destejer. Nadie vende su tela, y nadie hace tela nueva.

Decían ellos que el volver atrás no era mas que tomar carrera. ¡Dios los bendiga, y que larga la toman!

Vamos claros. La Constitución del año 12 era gran cosa en verdad, pero para el año 12: en el día da la maldita casualidad de que somos mas liberales que entonces: si te he de hablar ingenuamente á mi me parece poco.

Las circunstancias del año 12, la guerra que sosteníamos apoyada en el fanatismo popular, y el mayor atraso de la época, exigieron concesiones en el día no necesarias, ridículas.

En ella hablan las Cortes en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo: gran principio para una novena: buena es la devoción pero á su tiempo: eso es adoptar, heredar de la monarquía el derecho divino: la sociedad puede servir á Dios en toda clase de gobiernos. El Supremo Hacedor no delega facultades temporales ningunas, ni en un soberano ni en un congreso; la sociedad se hace ella misma por derecho propio sus reyes y sus asambleas. Cristo vino al mundo á predicar, no á redactar códigos. A Dios daremos cuenta de nuestras creencias, no á los hombres; reflexión igualmente aplicada al capítulo 2º, artículo 12: porque el Salvador quiso convencer, no obligar, porque no quiere mas homenaje que los voluntarios.

Item mas: en la Constitución del año 12 no está consignada la libertad de imprenta, si no para las ideas políticas, y eso es decirle á un hombre: *ande usted, pero con una sola pierna.*

En cambio nos impone como ley fundamental el amor á la patria y la obligacion de ser justos y benéficos... en cambio... Andrés mio, callemos, porque repito que la venero, y tengo por indigno de un liberal poner en ridículo el paladion de nuestra independencia nacional, y la cuna de nuestra libertad, por facil que eso sea. Pero la respeto, como Cristo respetó el testamento viejo, fundando el nuevo. Veneremos el viejo código, y venga no obstante otro nuevo mas adecuado á la época.

Parécense los hombres del año 12, amigo Andrés, al cura que no sabia leer mas que en su breviario; ó mejor al gastrónomo en Vista Alegre, que viendo su mesa puesta, pugna por sentarse á ella en cuanto le dejan un momento libre, en cuanto ve un resquicio por donde acercarse á la mesa. El caso es el mismo: todos les hacemos cumplimientos, pero no les dejamos sentarse. Unas veces se lo impidió el poseedor Don Pascual de la Rivera, otras los mozos de su fábrica. Convengo en que es una desesperacion; pero culpen, no á nosotros, sino á ellos mismos, que tantas veces se dejaron interrumpir antes de llegar el bocadito á la boca.

Aténgome á su artículo, que dice:

"La nacion española es libre é independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia, ni persona."

Eso digo yo: entre á gobernar, no éste ni aquel, sino todo el que se sienta con fuerzas; todo el que dé pruebas de idoneidad. Basta de ensayos. A eso nos responden ellos.

¿Y dónde están esos hombres?—¿Dónde han de estar? En la calle, esperando á que acaben de bailar los señores mayores, para entrar ellos en el baile.

¿Como no salen esos hombres? añaden. ¿Cómo han de salir? De Calomarde acá, ¿qué protección, que ley electoral ha llamado á los hombres nuevos para darles entrada en la república? Cuenta sin embargo con ella, y llámelos la ley presto: ¡déjese entrar legalmente á los hombres del año 1836, ó se entrarán ellos de rondón!!!

En conclusion, hombres nuevos para cosas nuevas: en tiempos turbulentos, hombres fuertes sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes halla ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria, y en quien arda una noble ambicion y arrojo constante contra el peligro.

¿Qué saben los jóvenes? esclaman. Lo que ustedes nos han enseñado, les responderemos, mas lo que en ustedes hemos escarmentado, mas lo que seguimos aprendiendo. ¡Y qué eran ustedes el año 12! Nosotros fundaremos nuestro orgullo en ser sus sucesores, en aprovechar sus lecciones, en coronar la obra que empezaron. Nosotros no rehusamos su mérito; no rehusen ellos nuestra idoneidad, que el árbol joven es la esperanza del jardinero, si el viejo ya le dá sombra.

Segun el miedo que tienen de que la juventud entre en los puestos, no parece sino que es posible hacerlo peor que ellos.

Para el año de 1836 la única Constitucion posible es la Constitucion de 1836.

Una idea te diria, si no la hubieras de contar; y solo á tí te la diria, porque ellos la tomaran á personalidad, si de

ella hiciese un artículo, y sabe Dios que no lo digo por tal. Mucho venero á los hombres de otra época, Andrés mio; mucho saben, sobre todo en no habiéndose de gobernar, para lo cual ya nos han manifestado repetidas veces hasta dónde rayan; mucho saben, y tanto, que no solo no los lanzaria yo de la república, sino que los guardara muy guardados como guardaban los romanos los libros sibilinos, para consultarlos con el mayor respeto: de ellos armaria una biblioteca viva, donde vueltos de espaldas en muy pulidos estantes, leyese el estudioso encima *Fulano, de Economia Política; Mengano, de Reformas Constitucionales; Zutano, de la Guerra de la Independencia; Perengano, de Metáforas y del Espiritu del Siglo &c. &c.*; de suerte que no hubiese mas que volverlos y ojearlos en un apuro, cuidando mucho de quitarles antes y despues el polvo, y de tornarlos á volver hasta otra duda, como pergaminos preciosos.

Ahí verás tú si los respeto, y si los tengo en estima:

Hasta aqui de la Constitucion y de los hombres del año 12. Pasó el susto, y la noticia, como habrás visto, no tuvo consecuencia. Sin duda el ruido que metió fué el último cumplimiento de despedida que nos hizo.

No ganamos para sustos. Posteriormente se cruzaron de palabras el pueblo de Valencia y su Capitan General. Este tomó una porcion de providencias, entre otras las de Villadiego; con cuyo ingenioso arbitrio no le pudieron haber los valencianos, que es decir que ha podido mas que ellos, que se ha burlado de ellos. Tiene mucho talento. Buen chasco se han llevado. Así, así: á los alborotadores hay que jugarles esas pasadas; con eso escarmentan. A buen seguro que si Baza hubiera

hecho otro tanto, no le hubieran deshecho á él, y el pueblo de Barcelona se hubiera llevado el mismo chasco que el de Valencia. ¿No queréis Capitan General? Pues tomad Capitan General. ¿No te figuras tú al pueblo de Valencia buscando á su Capitan General por todas partes, como quien busca una sanguijuela extraviada, y él trota que trota para Madrid? A mí me hace morir de risa. Es lo que él dice. ¿Pues qué, querian ustodes que me matáran? ¿Qué habíamos de querer?

Con que ahora está aquí bueno, gordo y tranquilo; no ha sido poca fortuna el poderlo contar.

En Zaragoza fué por otro estilo: salieron unos Carlistas sentenciados á que se yo que bobería: se levantó el pueblo, sitió á los jueces, y dieron en quererlos juzgar. Al maestro cuchillada. Pero no les da el naípe para esos pasages á los jueces de Zaragoza, como á los Capitanes Generales de Valencia.

Entretanto el Ministro de Gracia y Justicia sigue siempre de mudanza, y hace bien por que el juez que no da fruto en una tierra, lo da en otra. El juez ha de ser como el zapato, hecho al pie; por eso el que no le viene bien al uno le viene bien al otro.

Para eso el de la Gobernacion. No se mete con nadie, ni habla mal de nadie. Es un excelente señor; á su oficina y no mas. Da lástima hacerle daño, y sería completo si se le volviese C la H de su apellido; pero llámalo H.

En cuanto al de la Guerra nadie sabe una palabra de él. En mi última te pintaba en globo la confusion que en el

Estamento y fuera de él habia causado la ley electoral, y te añadía:

"Yo por el pronto solo veo clara una cosa, y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes. . . . que para entonces es probable que empecemos á entendernos. . . . y que seguramente no tendremos ficeion, por que estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, si no la cumple, por que estará caído &c."

De todas esas profecías solo en la primera acerté; porque en cuanto á entendernos da gusto. Unos dicen que Mendizabal es el primer hombre del mundo; otros que no es tal, sino el último; que el primero es Isturiz y Galiano; te advierto que este son dos: otros que ni Isturiz ni Mendizabal: no sé qué te diga; quien asegura que este pueda durar unos quince dias, quien defiende que durará mas que un constipado mal curado; éste no ve mas que el prestigio que tiene todavía en las provincias, el cual no se destruye tan facilmente, sobre todo cuando no deja de tener algun fundamento; aquel no atiende mas que al descrédito en que ha caído en sus corros y cafés, y cree que toda la nacion puede juzgarle con igual talento, y tan de cerca como él. Estos disputan que no hay hombres aqui: aquellos que sí hay hombres; los de la izquierda que hay dinero: los de la derecha que no hay un cuarto: estoy por estos. Quién opina que la Guerra es inacabable; quién la dá por acabada, añadiendo que no falta mas que tirar una línea: uno dice que el mal de España no tiene remedio: otro que esa es la mejor señal, que empieza la revolucion, y que en Francia sucedía lo mismo, á pesar que todo era diferente: varios juzgan que el rigor es de justicia, y que el árbol de la li-

bertad se riega con sangre: algunos creen que la humanidad repugna tales horrores; no falta quien piensa que es guerra de empleos, y sobra quien no piensa ni eso ni nada. Pero todos somos liberales y vamos á una: eso sí. Por lo cual esto se acabará pronto de un modo ó de otro: en prueba de ello te puedo decir que se empiezan ya á acabar dos cosas: el dinero y la paciencia.

Pero son tantas las opiniones en fin y los hechos que se acumulan, y tantas las cosas que van á suceder, sin contar las que han sucedido desde la apertura de las Cortes, que me es indispensable reservarlas para otras cartas: me limito en esta á ponerme al corriente, saliendo del atraso de noticias en que te tenía. En lo sucesivo aprovecharé todas las ocasiones posibles de escribirte, y al siguiente correo para Francia recibirás la inmediata, salvo extravío, golpe de mano airada, ó caso fortuito.

Si en el ínterin, y en medio de este conflicto de opiniones encontradas, me pides la mia, te contaré un caso que juzgo oportuno.

Sitaban los franceses al mando del Mariscal Moncey esa misma Valencia, que en distintas épocas han mandado el Cid y Carratalá. Reuniéronse en tan grave apuro el Ayuntamiento y las personas mas ricas del pue'lo, entre las cuales quedóse dormido de confusión y pesadumbre un confitero, que entendia mas de ramilletes que de disturbios políticos. Iba diciendo cada uno en la asamblea su opinion como mejor lo entendia. Llegada que le fue su vez á nuestro hombre,—y usted, le dijo sacudiéndole del brazo el que á su lado tenia, ¿qué piensa?—Sí, ¿cuál es su opinion de usted? pregunta-

ron todos á un tiempo; á cuya pregunta contestó despertando y todo des-pavorido el confitero: ¡mi opinion, si, mi opinion, señores, es de que *Dios nos asista!!!* En cuyo voto imitaba el confitero la rara discrecion del P. Froilan Diaz, confesor de Carlos II.

Eso mismo opino yo, Andrés mio, por ahora, y mientras no vea levantarse en masa á la nacion para ahogar de una vez y para siempre el monstruo que en el norte nos devora, en vez de entretenerse en cuestiones secundarias y en rencillas personales, de las cuales debiera el pais hacer justicia, como del orgullo mezquino y de la loca vanidad de sus dueños.—Tu amigo.—

CUASI.

PESADILLA POLITICA.

Hay hombres que dan su nombre á su siglo, hombres privilegiados que nacen, y ven ya al nacer, que calculada la fuerza de cuanto los rodea, y la suya propia, saben hacer á la primera tributaria de la segunda; que se constituyen maníveles de la gran máquina en que los demas no saben ser mas que ruedas. Dan el impulso, y su siglo obedece; mueren, y queda de ellos

como del sonido del *tam tam* una larga vibración que hace mas notable el silencio que le sucede. Hombres fascinadores como la serpiente, que hacen entrar cuanto miran en la periferia de su atmósfera; hombres reverberos, cuya luz se proyecta toda al exterior sobre los de mas objetos y les dá vida y color. Son los grandes mojonos que el Criador coloca á trechos en la creacion para recordaria su origen: por ellos se ha dicho sin duda que Dios ha hecho el hombre á su semejanza.

Sesostri, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tarmurbec Leon X, Luis XIV, Napoleon!!!; Dioses en la tierra! Las épocas participaron de su energía y de su grandeza: en derredor suyo y á su ejemplo se produjeron, á modo de emanaciones de ellos, multitud de hombres notables, que recorrieron como satélites su misma carrera. Despues de ellos nada. Apagado el gran meteoro vuelve á ocupar su lugar la luz natural, que en contraste suyo parece las tinieblas. Despues del coloso los enanos.

Actualmente empezamos á dejar atrás una época que tendrá nombre; el último hombre reverbero ha desaparecido. Despues del hombre grande, todo hombre es chico. Muerta la *notabilidad* acceden las medianías: uno solo falta, y se necesitan cien mil para llenar su vacío. ¡Y aun!!! Espirado el reino del hombre, entrán los hombres. Agotados los hechos nacen las palabras.

Si habrá épocas de palabras, como las hay de hombres y de hechos. ¡Si estaremos en la época de las palabras!

Acababa de hacer estas reflexiones, cuando sentí sobre mí, algo mas fuerte que yo; oí sin ver, y mudé de sitio sin andar.

—“Vén conmigo, dame la mano. ¿Vés esa mancha enorme que se estiende sobre la tierra, y corre y se desparma como la gota de aceite que ha caído en el papel de estraza? Es la segunda Babel. Estás sobre París. Mira los mortales de todos los paises. Cada cual se apresura á llevar allá una piedra para contribuir al loco edificio. ¿No oyes ya la confusión de las lenguas? El inglés, el alemán, el español, el italiano, el... ¡Babel la nueva! Empiezan á no entenderse. Ya en una ocasión se han tirado unos á otros á la cabeza los materiales de la grande obra: el suelo ha salido de madre como un río de su alveo; las casas se han desmoronado.... era el amago de la confusión, de la no inteligencia. ¡Una cadena nos pesa! dijeron y en vez de añadir: ¡Fuera cadena! clamaron; ¡Otra que no pese! ¿Risum teneatis? El lobo los comía, y en lugar de comerse ellos al lobo, se comieron unos á otros. Raro modo de entenderse. Corrió la sangre, y hoy están como estaban. ¡La gran Babel!

Sube á lo mas alto, y oirás el ruido inmenso, el ruido del siglo y de sus palabras, y oirás sobre todas ellas la gran palabra la palabra del siglo.

—Lo que veo es los hombres, muy pequeños en verdad, pero la distancia sin duda....

—¡Ba! De aquí no se vé mas que la verdad. ¿Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusión óptica (esta es la verdadera física) te los hace parecer mayores. Pero advierte que esas figuras que semejan hombres, y que ves bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y sobreponerse, formando grupos de vida como los guanos producidos por un queso de

Roquefort, no son hombres tales, sino palabras. ¡No oyes el ruido que se exhala de ellos!

— ¡Ah!

— Palabras del derecho, palabras del revés, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras elocuentes, palabras monstruos. Es el mundo. Donde veas en hombre, acostúmbrate á no ver mas que una palabra. No hay otra cosa. No precisamente á palabra por barba, tampoco. Despacio. A veces en uno verás muchas palabras, tantas que aquel solo te parecerá cien mil hombres; en cambio de otras veces, y será lo mas comun, donde creas ver cien mil hombres, no habrá mas que una palabra.

Mira las palabras de dos caras, *palabras-bifrentes*, *Janos* son las *palabras de honor*, llamadas así por apodo: según te necesiten las verás del bueno ó del mal frente. A su lado las *palabras-promesas*, *palabras-manifestos*, *palabras-mancas*, regularmente coronadas, siempre escuchadas y creídas: pero en ambilateras como las otras: *palabras-cállos*, endurecidas, recorren gibles, que han de arrancarse de raíz si han de dejar de doler.

¿ Ves esa multitud de figurillas que se agitan, se movienden, se baten, se mutan; ; ; ? La palabra *honor*. ¿ Ves ese sin número, muchedumbre armada, toda erizada y hostil? Lo llamais *ejército*, y no es mas que *ambición*; *palabra-monstruo*, *bríaes*, *palabra-puercos espín*, llena de puas: *palabra porcebe*, toda patas y manos. Mira que de furiosos; teas encendidas, sangre, saqueo, confusión: todo ese ruido son nueve letras—*Fanatismo*, *palabra-leco de atar*; sin embargo nadie la ata.

¡ Ah! Aquí viene la palabra-anlequin, la palabra-cama-leon. ¡ Qué de facos, que soltura! Todos corren tras ella; inutilmente. Mira como la quiero coger la palabra *pueblo*, gran palabra. La primera tiene ocho letras *libertad*. Siempre que *pueblo* va á cogerla, se mete entre las dos, la *palabra promesa*, la *palabra manifesto*: pero la palabra *pueblo* es de las que llamé *palabras contrahechas*; ciega, sordo-muda, se deja guiar é interpretar, sin hacer mas que dár de cuando en cuando pa'lo de ciego: como no ve, dá ciento en la herradura y ninguno en el clavo: por lo regular se dá á sí misma.

Pero todo ese vano ruido se apaga y se confunde. ¡ Sitio, sitio! ¡ Plaza, plaza! La gran palabra, la nuestra, la de nuestra época, que lo coge y lo atruena todo. En ella se cifra nuestro siglo de medias tintas, de medianías, de cosas á medio hacer: de todas las palabras que reinan en figura de hombres y cosas por allá bajo, esta es en el dia la que reina sobre todas, *Cuasi*. Esa es toda del siglo XIX. Obsérvala; á cada una de sus facciones le falta algo: no es mas que un perfil: ni está de pié, ni sentada; en un pié, *palabra grulla*. Ni vá ni viene: *palabra quevelo*. Vestida de blanco y negro, dia y noche. Mas breve: *palabra, cuasi, cuasi-palabra*.

Empecemos por aquí. Mira al suelo perpendicularmente. A tus piés está la Francia. Un pueblo *cuasi* libre la ocupa. En otro si glo hubiera hecho una revolucion entera, como la hizo: en este y en su año no ha podido hacer mas que una *cuasi* revolucion; en el trono un *cuasi* rey, que representa una *cuasi* legitimidad. Una Cámara *cuasi* nacional, que sufre en el país de nuevo una *cuasi* censura, *cuasi* abolida, por la *cuasi* revolución: un proceso *cuasi* monstruo, juzgado por un *cuasi* tribunal:

unos acusados *cuasi* escapados de su prision: una gran nacion *cuasi* descontenta, y otra conmocion política *cuasi* próxima.

¿Qué ves en Bélgica? Un Estado *cuasi* naciente y *cuasi* dependiente de sus vicios, otro *cuasi* rey y un *cuasi* dote de su esposa, que *cuasi* ha cobrado.

Mira la Italia. Tantos estados *cuasi*, como ciudades; *cuasi* presa del Austria. La antigua Venecia *cuasi* olvidada. Un supremo Pontifice, en el dia *cuasi* pobre, y sin mas influencia que la espiritual, despues de haber realizado siglos enteros la quimera de la Monarquia universal.

Vuelvete al Norte. Pueblos *cuasi* bárbaros, regidos por un Emperador *cuasi* déspota en un país *cuasi* despoblado y desierto. En Alemania los pueblos *cuasi* mas civilizados, con un gobierno *cuasi* absoluto, *cuasi* temperado por sus dietas, instituciones *cuasi* representativas. En Holanda, una nacion *cuasi* toda mercantil y navegante, un rey *cuasi* rabioso y cuyo poder *cuasi* se desmorona.

En Constantinopla mismo, un imperio *cuasi* agonizante, una civilizacion *cuasi* naciente y un sultan *cuasi* ilustrado con costumbres *cuasi* europeas.

En Inglaterra, una industria y un comercio, monopolio *cuasi* del mundo; un orgullo nacional *cuasi* insufrible: y otro *cuasi* rey que no decide *cuasi* nada, y una mayoría *cuasi* Wight. Un gobierno *cuasi* oligárquico, que tiene la audacia de llamarse liberal.

En Portugal, una *cuasi* nacion, con una lengua *cuasi* castellana, y recuerdos de una grandeza *cuasi* borrada. Un enlace real *cuasi* próximo, despues de una definicion régia *cuasi* re-

ciente un *cuasi* ejército y una *cuasi* proteccion á España, de *cuasi* seis mil hombres, *cuasi* todos portugueses.

En España, primera de las dos naciones de la península (es decir de la *cuasi* insula) unas *cuasi* instituciones, reconocidas por *cuasi* toda la nacion: una *cuasi* Vendée en las provincias con un gefe *cuasi* imbécil: y una *cuasi* libertad de imprenta, y conmociones aquí y allí *cuasi* parciales; un odio *cuasi* general á unos *cuasi* hombres, que *cuasi* solo existen ya en España. *Cuasi* siempre regida por un gobierno de *cuasi* medidas. Una esperanza *cuasi* segura de ser *cuasi* libres algun dia. Por desgracia muchos hombres *cuasi* malos. Una *cuasi* ilustracion repartida por todas partes. Una *cuasi*-intervencion, resultado de un *cuasi* tratado, *cuasi* olvidado, con naciones *cuasi* aliadas. Un modo de guerrear en las provincias *cuasi* incomprehensible. El *cuasi* en fin en las cosas mas pequeñas. Canales no acabados: teatro empezado: palacio sin concluir, museo incompleto, hospital fragmento, todo á medio hacer: ; ; hasta en los edificios el *cuasi*.

Por último tiendo la vista por dó quiera: una lucha *cuasi* eterna en Europa de dos principios; *Reyes* y *Pueblos*, y el *cuasi* triunfante de ella, y resolviéndola con su justo medio de tener *cuasi*-*Reyes* y *cuasi*-*Pueblos*. Epoca de transicion y de transacion; representaciones *cuasi* nacionales, déspotas *cuasi* populares; por todas partes un justo medio, que no es otra cosa que un gran *cuasi* mal disenzado.

—Oh!! dejadme respirar por Dios; estoy *cuasi* mareado.

Plutarco ha dicho que los pueblos serian felices *cum reges filosofarentur, aut cum philosophi regnarent*. Respetando la opinion de Plutarco, yo me atreveria á decir que los pue-

bios no serán nunca felices, ni mas ni menos que los individuos que los componen. Pero pudieran al menos ser *hombres* y ser *pueblos*, si no fueran en el día *cuasi nada*. Luchando entre principios contrarios, sufren el tormento del que descuartizan cuatro caballos que corren en direcciones opuestas.

Mas hombres y mas cosas, menos esperanzas y menos palabras.

Concluido este *cuasi* sermón cesé de oír: y á poco cesé de ser: dejado de la mano del ser fantástico que me sostenia sobre Babel la nueva, volví á caer en París, donde me encontré rodando entre la confusion de palabras vestidas de frac y de sombrero, que á pié y en coche recorren las calles de la gran capital. Volví á ver los hombres de nuevo, grandes como son: y abrí los ojos buscando mi *Cicerone*.

No vi nada sino el gran *Cuasi* por todas partes.

EL TROVADOR.

DRAMA CABALLERESCO EN CINCO JORNADAS EN PROSA Y VERSO,

SU AUTOR

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Con placer cogemos la pluma para analizar esta producción dramática, que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Síganle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasión dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuan presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuerfos ajenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del *Trovador* se ha presentado en la arena, nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos: solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas: *¿quien es el nuevo, quien es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso: entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores:— Soy hijo del genio y pertenezco á la aristocracia del talento. ¡Origen por cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demas!!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico é ideal, y he escogido por vivienda á su invencion al siglo XV; haló colocado en Aragon, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido, y atinadamente desenvuelto. La accion encierra mucho interes, y este crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo, no es la pasion dominante del drama el amor; otra pasion, si menos tierna no menos terrible y poderosa, oscurece aquella. La venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasion de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulacion de tantos medios de mover; en el Trovador constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Asi es que hay dos exposiciones: una enterándonos del lance, concerniente á la Gitana, que constituye ella por si sola una accion dramatica; y otra poniendonos al corriente del amor de Manrique, contrarrestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces; uno que termina con la muerte de Leonor, la parte en que domina el amor; otro que dá fin con la muerte de Manrique, á la venganza de la Gitana.

Estas dos acciones dramaticas, no menos interesantes, no menos terribles, una que otra se hallan, á pesar de la duplicidad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera difícil separarlas sin reciproco perjuicio; y en el teatro solo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aqui resultan necesariamente tres caracteres igualmente principales, y en resumen ningun verdadero protagonista, por mas que refundiendose todos esos intereses encontrados en el so'o Manrique, pueda este abrogarse el título de la obra esclusivamente. Pero si nos preguntan cual de los tres caracteres, elegimos como mas importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor, cuanto la pasion mas frenetica puede inspirar á una muger; el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aquí parece difícil que otro caracter pueda ser el principal: sin embargo, la Gitana, movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del Conde de Luna para el mas espantoso desquite que de su enemigo puede tomar. D. Manrique, mismo, en fin, movido por su pasion, por el amor filial y por el interes de su causa política, no puede ser mas colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atencion del público.

¿Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la crítica puede hacer cargo al Trovador nacen de la poca experiencia dramatica del autor: esto no es hacerle una reconvencion, porque pedirle en la primera obra lo que solo el tiempo y el uso pueden dar, seria una injusticia. Ha imaginado un plan vasto, un plan mas bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela; pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepcion demasiado amplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aqui el que muchas entradas y salidas esten poco jus-

tificadas ; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera jornada ; la del mismo en el convento en la segunda ; su introduccion en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos, para que no mereciera una esplicacion. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una muger, que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y mas cuando no es siquiera portadora de ninguna orden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesion lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que muchas de las que se han creído necesarias hasta el dia son ridículas en el teatro, donde ningun efecto puede haber sin que se establezca un cambio de concesiones entre el poeta y el público ; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto ; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirle razon de los sucesos el tiempo que debería atender á las bellezas del desempeño ; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda.

La esposicion es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama ; es mas bien un prólogo ; citaremos por último en apoyo de la opinion que hemos emitido acerca de la inesperienza dramática los diálogos mismos ; por mas bien escritos que estén, los en prosa semejan diálogos de novela, que hubieran necesitado mas campo, y los en verso tienen un sabor en general mas lírico que dramático : el diálogo es poco cor-

tado é interrumpido, como convendría á la rapidez, al delirio de la pasion, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán solo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra el Trovador ? Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisieramos ver el *don* prodigado en el siglo XV. Los caracteres sostenidos, y en general maestramento acabadas las jornadas ; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inesperienza que hemos reprochado al autor ; citaremos la linda escena que tan bien remata la primera jornada ; la cual reúne al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una concision, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho mas efecto aun es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparicion del Trovador á la vuelta de las religiosas : su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada, y el cántico lejano acompañado del organo, son de un efecto maravilloso ; y no es menos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado mas arriba ; y en todos estos pasages reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternuras y de dulcísima y facil versificación, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿ Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que ha-

bla Moratin? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta ademas pinta con maestría la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer; y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sexta de la cuarta, si bien tiene mas de lirico que de dramático.

Diremos en conclusion que el autor al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama adoptaba voluntariamente una nueva dificultad; es mas difícil á un poeta escribir bien en prosa que en verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene tambien su armonia peculiar; las escenas en prosa tenian el inconveniente de luchar con el soneto de las versificadas, de que no deja de prendarse algun tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar algun tino en la determinacion de las que habia de escribir en prosa y las que habia de versificar, pues que se entiende que no habia de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningun poeta, siempre que sean como en el *Trovador*, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Solo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho menos tiempo bastaría.

En cuanto á la reparticion, hála trastocado toda en nuestro entender una antigua preocupacion de bastidores; se cree que el primer galán debe de hacer siempre el primer enamorado, preocupacion que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo

las indispensables relaciones de dama y galán sin las cuales no se hubiera representado tiempos atrás comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel del *Trovador*, al Señor Latorre, á quien de ninguna manera convenia, como casi ningun papel tierno y amoroso. Su físico, y la índole de su talento, se prestan mejor á los caracteres duros y enérgicos: por tanto le hubiera convenido mas bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el *Trovador*.

Por la misma razon el papel de la gitana ha estado mal dado. Esta era la creacion mas original, mas nueva del drama, el carácter mas difícil tambien, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodriguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, y aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodriguez puede parecer nunca fea ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay mas que decirlo: una actriz como la señora Rodriguez debería despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitemos, en fin, de nuevo al autor, y solo nos resta hacer mencion de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantose el telon y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobacion.

En un pais donde la literatura apenas tiene mas premio que la gloria, sea ese siquiera lo mas lato posible; acostum-

bremonos á honrar públicamente al talento, que esa es la primera proteccion que puede dispensarle un pueblo, y esa la única tambien que no pueden los gobiernos arrebatárle.

DE LA SÁTIRA Y DE LOS SATÍRICOS.

Tiempo hacia que deseabamos una ocasion de decir algo á cerca de la mala interpretacion que se da generalmente al caracter y á la condicion de los escritores satíricos. Créese vulgarmente que solo un principio de envidia, y la impotencia de crear, un gérmen de mal humor y de misantropía, hijo de circunstancias personales ó de un defecto de organizacion, pueden prestar á un escritor aquella acrimonia y picante mordacidad que suelen ser el distintivo de los escritos satíricos. Confesamos ingenuamente que estamos demasiado interesados por la tendencia general de los nuestros en desvanecer semejante prevencion: no diremos que no hayan abusado muchas veces hombres de talento del don de ver el lado ridículo de las cosas, y que no le hayan hecho servir algunas para sus fines particulares. Esto es demasiado cierto por desgracia; ¿pero de que don de la naturaleza no ha abusado el hombre, y quien será el que se atreva á sacar deducciones generales de meras excepciones?

Nosotros por eso no dejaremos de reconocer en los escritores satíricos calidades eminentemente generosas: en cuanto á los dotes que de la naturaleza debe de haber recibido el que cultiva con buen esito tan difícil genero, ha de poseer suma perspicacia y penetracion para ver en su verdadera luz, las cosas y los hombres que le rodean; y para no dejarse llevar nunca de las apariencias, que lo cubren todo con su barniz engañoso; profundo por caracter y por estudio, no ha de detenerse jamas en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes mas recónditos del corazon humano. Esto puede dárselo la naturaleza, pero es forzoso ademas que las circunstancias personales lo hayan colocado constantemente en una posicion aislada é independiente; porque de otra suerte, y desde el momento en que se interese mas en unas cosas que en otras, difícilmente podrá ser observador discreto y juez imparcial de todas ellas. Como el que censura las acciones y opiniones de los demas es el que naturalmente debe encontrar mas dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir á su clara vista el arte no menos importante de decir, lo uno porque no hay verdad, que mal ó inoportunamente dicha, no pueda parecer mentira; lo otro, porque rara vez nos persuade la verdad que no nos halaga; y el arte de decir es casi siempre obra del estudio. Son raras ademas las verdades que la naturaleza nos presenta claras por si solas, y que no necesitan para ser comprendidas y desarrolladas gran copia de conocimientos. Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no solo permitidas sino lícitas, llegan á ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razon porque el satírico debe comprender perfectamente el espíritu

del siglo á que pertenece; y esta es la gran diferencia que entre los satíricos de las literaturas antigua y moderna choca al estudioso. El primer satírico de quien, rastreando en la oscuridad de los tiempos, hallamos fragmentos, es Aristófanes, que en sus *Nubes*; sátira, dialogada ó informe mas bien que comedia se propuso ridiculizar nada menos que á uno de los primeros filosofos de la antigüedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella produccion nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura. Y dejando á un lado los tiempos remotos de la antigua Grecia, pasemos rapidamente la vista sobre el modo de decir de los escritores del siglo cultísimo (con relacion sin duda á los anteriores) de Augusto; y dígasenos francamente si el oscuro Persio, si el acre Juvenal usan de giros mas cínicos que los mismos personajes imperiales que satirizaban, hubieran hallado lectores sufridos en nuestro siglo de mas hipocritas modales, amigo de giros mas mogigatos. Y no hablemos de la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, de la desnudez de Marcial; contraigamonos al severo Ciceron, al dulcísimo y ameno Virgilio, al cortesano Horacio. Mas de un pasaje de la *Catilinaria* ó de la oracion contra *Verres*, la *égloga* entera de *Alexis* y *Coridon*, la oda burlesca á Priapo, y otros cien trozos de aquellos órganos del buen gusto romano, hubieran provocado gestos de asfío y de indignacion, no precisamente en nuestra moderna sociedad; pero aun en el siglo de Luis XIV, mas aproximado á ellos que nosotros. Y descendiendo á este, el mismo Boileau tan mirado tropezaba con mas de un improbador: es rara la comedia de Regnard y de Moliere en que no resalten trozos, escenas enteras que ru-

borizan en el día cuando se repiten al *parterre* frances del siglo XIX.

No queremos decir con esto que un siglo sea mejor que otro, y que nuestras costumbres sean preferibles á aquellas, por mas que nos fuese fácil hallar razones en apoyo de esta opinion: pero como quiera que no nos sea posible entrar simultaneamente en dos cuestiones diversas, nos contentaremos con decir lo que unicamente hace á nuestro propósito: que las costumbres varían, que el pudor va á mas en las sociedades con la edad, así como en los individuos: y que solamente es oculto aun, ó perdido ya en la infancia y en la vejez. Aristófanes y la antigua Grecia carecen de el, porque aquella era la infancia de la sociedad europea de entonces. Se ve atropellado en la decadencia de la sociedad romana: y si en el siglo de Luis XV vuelve á ser completamente echado en olvido, si multitud de escritos de la revolucion francesa le ahogan miserablemente, si los Pigault Lebrun destrazan su modesto velo por algun tiempo, á sabiendas y con complicidad de la sociedad entera, es porque una nueva decrepitud va á dar lugar á una regeneracion, pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, ó por mejor decir, nunca mueren sino aparentemente: marchan constantemente á un fin, á la perfectibilidad del genero humano, que en toda su historia descubrimos, por mas lentamente que se verifique: sus muertes aparentes no son sino crisis: son solo en nuestro entender sacudimientos momentaneos: en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura, y pasar á la existencia inmediata.

Para aquellos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfeccion en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería por lo menos hipocresía, y si esta es como se ha dicho un *homeneage que el vicio rinde á la virtud*, no nos podrán negar que es una ventaja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la creé buena.

Admitida pues esta diferencia de costumbres, y esa mayor delicadeza del gusto, es indispensable que los satíricos bien recibidos en una época, serian silbados en otra. Y esto no solo aumenta las dificultades en nuestros dias para los escritores satíricos, sino que á decir verdad, indica una época de muerte próxima ya para el género. Por mejor decir, traslucimos la época en que la sátira comprimida por todos lados habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdiccion de la crítica. Esta es la razon porque ya en el dia no admitimos de ninguna manera la sátira personal, la sátira de Aristófanes y de Juvenal. Quédese en buen hora para adornar las tablas del estante del estudioso; pero en el siglo de buena educacion, de miramientos sociales, de mutuas consideraciones que alcanzamos, necesita mas que nunca la sátira del apoyo de la verdad y de la utilidad: concedámosle causticidad, si se quiere, cuando le sea mas fácil enseñarnos una verdad útil, poniendo en ridículo el error; pero si las personas no son nada para la sociedad, si solo sus acciones públicas, si solo sus sistemas y sus yerros políticos pueden rozarse con el interes general, quitemosle á la sátira toda alusion privada, arrebatémosle la ponzoña que la degrada y la vuelve

venenosa, y la única posibilidad que ella tiene de ser mas perjudicial que provechosa. Sentados, admitidos una vez estos principios, distingamos de escritores satíricos.

Al mérito que contrae con la sociedad el satírico que puede en el dia vencer aquellas dificultades, añadamos para acabar de desvanecer la general prevencion algunas consideraciones.

No reflexionan los que interpretan mal la índole de los escritores satíricos cuán caros compran estos sus laureles. No reflexionan que el que carga con la responsabilidad de la pública censura ha menester de algun valor: no meditan que es raro el párrafo que, al acarrear alguna utilidad á la sociedad, no acarrea de paso á su autor algun disgusto, ora público ora privado. Es difícil zaherir los errores de los hombres sin granjearse enemigos: porque rara vez el que los padeció tiene suficiente desprendimiento para separarse de ellos sin vengarse, ó generosidad bastante para hacer en las aras del bien público el sacrificio de su amor propio y de sus mezquinos resentimientos personales. Si á esto se añade que generalmente la sátira desprecia á los débiles, porque trata de vencer oposiciones, y aquellos estan por sí solos vencidos, se deducirá facilmente que el satírico no solo ha de arrostrar enemigos, sino enemigos poderosos. Las comunidades, los cuerpos, en una palabra, la sociedad no es agradecida, porque no tiene centro de pasiones y sentimientos como el individuo, y porque cree, acaso con razon, que todo se le debe: de suerte que el satírico al hacerse enemigos poderosos, no se hace amigo ninguno, no encuentra apoyo ni compensacion. Y la prueba de esta triste verdad es este mismo esfuerso que en favor de los

escritores satíricos tenemos que hacer. ¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abruman? Los paga, suponiendo en el satírico mala índole, condición maligna, y como de esas veces intención personal ó defecto de organización. Esto solo bastaría á disgustar el alma mas generosa, si el amor á la independencia, si el amor al bien, digámoslo sin rubor, no fuese las mas veces la mejor recompensa de una intención pura.

Y si con respecto á la moralidad ó al amor al bien del que se erige voluntariamente en campeón suyo, arrojando tantos peligros, hallásemos impugnaciones, no necesitaríamos por cierto ir muy lejos á buscar ejemplos que apoyasen nuestro aserto. Echemos una ojeada sobre el carácter privado de los escritores satíricos mas conocidos, y dígasenos si la *noble indignación* de Juvenal contra el vicio está desmentida en su vida: si no se reconoce en la de Boileau: si ofrece pruebas contra ella la del virtuoso Moliere ó la del adusto Addison: si la filantropía y la beneficencia con que ilustró su vida el filósofo de Ferny pueden ponerse en duda: y viniendo á nosotros donde este argumento fuera mas fácil de contradecirse, sino fuese tan cierto, ¿qué actos públicos nos han quedado como prueba de la inmoralidad, de la perversidad de los satíricos, en la biografía de los Góngoras, de Cervantes, de Quevedo, (por mas que se haya querido manchar la memoria de estos hombres con suposiciones no bastante probadas ó con recuerdos de anécdotas picarescas) en la del virtuoso Jovellanos, en la de Forner, en la de Moratin, en la de cuantos han cultivado con mas ó menos acierto la sátira entre nosotros?

¿De qué crímenes públicos podremos hallar la tacha en tan ilustres vidas? ¿Dónde está la huella de esa maligna condición que debia hacer para ellos de la sátira una pasión dominante y nociva?

Acabemos de conocer de una vez que esa opinion general tan injusta es otra dificultad que arrostra el satírico, y que, si la calumnia se adhiere con predilección á la fama de los hombres de mérito, no es seguramente la de los satíricos la que echa en olvido, y no son sus cenizas las que su puñal revuelve con menos encarnizamiento, para valernos de la espresion de un poeta.

La otra consideración que nos queda que hacer es en verdad mas personal á los escritores satíricos, pero una vez meditada no es por eso menos triste. Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un ser consagrado por la naturaleza á la alegría, y que su corazón es un foco inextinguible de esa misma jovialidad que á manos llenas prodiga á sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que estos no saben siempre, no es así. El escritor satírico es por lo comun como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razon se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámale la atención en el sol mas sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la faldad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demas sino la proporcion de las facciones y la pulidez de los contornos: ve detras de la accion aparentemente

generosa el móvil mezquino que la produce; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz! Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan ameno el contento de los demás, es en él la fría impassibilidad del espejo que reproduce las figuras no solo sin gozar, sino á veces empañándose.

Moliere era el hombre mas triste de su siglo, y entre nosotros difícilmente pudiéramos citar á Moratin como un modelo de alegría. Ape'lamos, sino, á cuantos le hayan conocido.

Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingenuamente que solo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demás.

Pero nuestros lectores perdonarán fácilmente este atrevimiento, si antes de concluir este artículo les confesamos que solo ha podido dar lugar á él una inculpacion que nos ha sido hecha recientemente: hay quien supone que solo una *pasión dominante* de criticar guía nuestra pluma. No como escritores de mérito, que envidiamos á cuantos le tienen, y del cual nos vemos desgraciadamente demasiado desnudos, sino al fin como escritores satíricos, calidad que ni podemos, ni queremos negar, hemos tratado de salir á la defensa de su supuesta maligna condicion. Ignoramos si lo habremos logrado, pero nunca creeremos inútil hacer nuevas profesiones de fé, por mas que las hayamos repetido, en punto tan importante. Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas á la perfeccion posible de la sociedad á que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslinando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y

estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan: no abrigamos una pasión dominante de criticarlo todo con razon ó sin ella: somos sumamente celosos de la opinion buena ó mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter; y en medio de los disgustos á que nos condena la dura obligacion que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restriccion, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar á nadie con nuestras críticas y sátiras: ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aqui lo hicimos, toda cuestion personal, toda alusion impropia del decoro del escritor público y del respeto debido á los demás hombres, toda invasion en la vida privada, todo cuanto no tenga relacion con el interes general. Júzgenos ahora nuestros lectores, y zumben en buen hora en derredor nuestro los tiros emponzoñados de los que son en realidad mas malignos que nosotros.

TEATROS.

Visto el estado de decadencia en que se hallan de algun tiempo á esta parte los teatros de esta capital, no nos parece fuera del caso echar una rápida ojeada sobre las causas de su lastimoso abandono, y aun poner en conocimiento de nuestros lectores algunas de las consideraciones que nos sugieren los datos que á cerca de su porvenir poseemos.

Pocos países de los que se hallan á la altura del nuestro en la escala de la civilizacion pueden citarse donde se encuentre el teatro mas atrasado que en España. Falto siempre de proteccion, considerado la mayor parte del tiempo como un mal inevitable por el mismo gobierno que lo toleraba, no es mucho que no se hayan dado en este ramo pasos agigantados. No creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido, hacer creer que el teatro corrija las costumbres, ni destierre vicios: llevamos mas adelante todavia nuestra opinion: nos inclinamos á pensar que del teatro sale el hombre poco mas ó menos tal como entra. El hombre es animal de poco escarmiento; y si lo fuera, seguramente que el colorido de sublimidad y pasion que en el teatro suele revestir los vicios y los crímenes no seria el mejor medio de hacerle escarmentar. Los zelos que en el Otelo del mundo no son sino reprobables, estan por lo menos disculpados en el teatro; con el exceso de la pasion. El teatro pues, rara vez corrige, asi como tambien rara vez pervierte. Ni es tan bueno como sus amigos le han pintado, ni tan perjudicial como sus enemigos le han supuesto. Por lo menos, es desde luego una diversion pública, y en esta sola calidad encierra ya una no mediana recomendacion: es ademas de todas las diversiones públicas la mas culta, y sino corrige las costumbres, puede al menos suavizarlas, puede ser una escuela de buenos modales, y debe serlo constantemente de buen lenguaje y de estilo. A estas circunstancias, que recomiendan positivamente el teatro, ha podido agregarse en muchas épocas la idea generalmente admitida de que todo espectáculo público es favorable al legislador y gobernante, porque distrayendo al pueblo de los intereses políticos, le aparta de la

rebelion. Pero esta razon, que tiene un gran peso en favor del teatro en los gobiernos monárquicos, y que todos los tiranos han comprendido perfectamente; esta razon, que fue ocasion de los juegos griegos, de las luchas romanas, del esplendor del siglo de Luis XIV, y hasta de la elevacion del teatro frances durante el imperio, se vuelve contra él en épocas de libertad. Cuando los hombres reconociendo sus derechos y ocupándose en adelantarlos, pueden discutirlos en alta voz en paseos, casas y cafés, la realidad no tarda en ocupar el lugar de la ficcion: la escena verdadera del mundo real, en que cada uno es llamado á ser actor, y á hacer tarde ó temprano un papel, debe interesarnos mucho mas que la representacion en cabeza ajena de las virtudes y los vicios, cuadros entonces muy secundarios en la galería de la vida. Por el contrario, cuando el legislador se reserva y reasume en sí todos los derechos, cuando el obliga á cada uno á confiarle de grado ó por fuerza, la parte que debe tener en los asuntos públicos, el ánimo, encogido y atemorizado, busca en la ficcion un desahogo de la triste realidad. El despotismo, por lo tanto, ha solido ser favorable al teatro: y dueño de la hacienda pública, ha destinado en todas partes fondos supletorios á la prosperidad de una diversion de que tanto se prometia. Pero en España, ni aun eso ha sabido hacer; en España, donde sin duda consideraba la funcion de los toros como mas popular, no le ha sido deudor el teatro de proteccion alguna: por el contrario en él persiguió las luces, en él trató de ahogar una manera de expresion de la opinion pública; y si lo consintió, podemos atribuirlo á que toda la represion del gobierno mas despótico no basta á contrarrestar la fuerza de la opinion; el espíritu de

cada época se hace respetar hasta de sus enemigos; pero ya que no podía derribarlo, hízole todo el daño que podía hacerle: lo consintió, sí, pero con una mera indemnizacion, lo consintió cargándole con la obligacion de resarcir con sus productos los males que le achacaban. Maquiavélica idea por cierto, pues si el teatro era perjudicial en sentir del legislador, no podia haber resultado bueno que lo abonase. El teatro es malo, decia el gobierno; pero haga daño en buen hora, siempre que no sufraque con que desahogarme de las obligaciones que como administrador de la sociedad tengo contraidas con los establecimientos de beneficencia; es decir, consiento al ladrón, con tal que me rinda por tributo parte de sus robos. Esta ha sido la lógica, y lo que es peor la moral del gobierno nuestro con respecto al teatro, y su torpeza tal, que una vez admitido tan escandaloso principio, no supo siquiera volverlo completamente en provecho suyo facilitando su prosperidad. Falto de ingenios por la persecucion, agoviado por las cargas civiles el teatro ha vivido entre nosotros manteniendo obligaciones del estado; y es lo peor, que habiendo entrado en una era de progreso y de luces, no se trasluce aun la aurora del día, en que deba mejorarse su suerte.

Sin que queramos entrometernos en los antecedentes políticos, ni en la administracion de ningún mandarin, diremos solo que el señor de Burgos, durante su corto ministerio, pareció volver los ojos al teatro, por lo menos con cierta comisionacion. Hasta él, entregado el teatro unas veces en manos de los actores mismos, administrado otras por la villa, adjudicado algunas á empresas particulares, nunca habia podido desahogarse de la confusion en que nuestra informe legislacion, lo

tuvo siempre sumido. Para que alguien tomase por él el más pequeño interés, fue preciso que se viese elevado al mando un ministro que presumia al mismo tiempo de poeta dramático. Pero este vislumbre de esperanza que brilló á nuestros ojos un momento, no tardó en disiparse. El Sr. Burgos, llamado á sí una comision juzgada de personas inteligentes y les encargó la redaccion de un reglamento de teatro que pusiese término á la penosa situacion del teatro que deslindase su pertenencia y los derechos de las diversas industrias que concurren á su prosperidad. Esta comision hubo sin duda de informar; y aunque segun las noticias que á nuestros oídos llegaron de su informe, tenemos motivos para creer que no se consultó siempre el derecho, sin embargo, nos atrevemos á asegurar que ese mismo reglamento imperfecto llevado á egecucion hubiera mejorado la suerte del Teatro. Pero para eso hubiera sido preciso que hubiese durado el mismo poeta. Desgraciadamente se acabó el ministro antes que el reglamento, y el sucesor hubo de decir, sin duda para su sayo: *¡A mí, que no sé hacer comedias, ¿qué se me dá del Teatro?* y antes de nacer murió el reglamento. De entonces acá si algun ministro del Fomento, ó de lo Interior ó de la Gobernacion ha vuelto á ocuparse en el teatro, lo ha hecho tan secretamente, que nada hemos traslucido nunca de su proteccion.

Cuando se estableció el Conservatorio de música, cierto eseúpulo de conciencia, cierto pudor saludable hizo comprender que sería vergonzoso fundar en la capital del reino una escuela donde se formasen cantores para el teatro, y donde no se pensase siquiera en el pobre verso. Movidos los que lo dirigieron de este pudor, se dignaron conceder hospitalidad á

la declamacion española en un nicho de su establecimiento; se crearon dos cátedras de declamacion; se asignaron á cada una hasta seis mil reales, ó cosa semejante, por vía de honorarios; se nombraron dos catedráticos, individuos de las compañías de Madrid; se les dió *don* en los oficios de nombramiento, y muchachos en los bancos de la escuela, y se les dijo: *Enseñad ahí cuanto sepais, si algo sabeis; ya teneis cosa, uniforme, don, y seis mil reales; ya está el teatro protegido; ya verán ustedes los actores que salen.* Y ya lo hemos visto por cierto.

En la contrata sin embargo, que existe todavía, se dió alguna proteccion mas al teatro; pero seamos justos; esa proteccion, que consistió en algunas condiciones mas ventajosas hechas por la villa á la empresa entrante, en la cesion del local y en una asignacion anual de los fondos públicos, no fue efecto de buena voluntad, sino arrancada por la imposibilidad que hizo presente con energía y teson la empresa que iba á tomarlos; y, digámoslo francamente, hasta estas ventajas hechas en tiempo de transicion, en que no se hallaban aun deslindados los derechos de la villa á disponer de los fondos públicos, ni los del gobierno mismo á hacer concesiones sobre fondos de que solo es administrador, y no dueño, si pudieron constituir un contrato legítimo, no bastaron á quitarle la tacha de ilegal.

No es nuestro ánimo en este artículo entrar en el examen del uso que, de sus contratas y de sus ventajas ó desventajas ha hecho la empresa; queremos solo dar noticia del estado de las cosas en el día, despues de haber hecho una ligera reseña de la conducta del gobierno respecto al teatro. Este ha podido protegerlo hasta el día, y sobre sí tiene el cargo de no haberlo hecho.

Sabemos, pues, que la empresa ha solicitado la rescision de su contrata: tenemos datos para creer que la autoridad civil se halla dispuesta á ese paso; y verdaderamente, si así no fuese, trabajaríamos nosotros por convencerla, puesto que no puede convenirle ni á la empresa, ni al gobierno, ni al público, una contrata, en contradiccion en la mayor parte de sus cláusulas con el nuevo orden de cosas; y quisiéramos que ya que se nos presenta por sí sola la ocasion, antes de proceder á nuevos compromisos ni adjudicaciones, se pesase maduramente la cuestion, si es que el gobierno cree que es de importancia, porque si no, lo mas barato es cerrar el teatro; y antes deseamos esto nosotros, apasionados de él, que verle sucumbir de nuevo á providencias provisionales.

Acabe de una vez el legislador de pensar si debe ó no de haber teatro: y en el caso de decidir la cuestion favorablemente, deslíndese á quién pertenece, sepamos la parte que un gobierno puede tomar en una diversion pública; la influencia que la autoridad puede lícitamente reservarse en ella; la clase de proteccion que debe dispensarle, lo que de ella puede esperar en remuneracion de sus auxilios, y el derecho que tiene á cargarle impuestos y distraer sus productos. Sepamos de paso si hay una propiedad en la literatura dramática, hasta dónde puede la ley protegerla como á toda propiedad, y hasta qué punto puede entrometerse en las condiciones que cada cual quiere imponer á la suerte de sus producciones.

Encargados como estamos en este periódico de hablar de teatros, por hoy nos contentamos con lo dicho. Logremos ó no llamar la atencion del gobierno sobre determinaciones que en nuestro entender deben meditarse antes de adoptarse, no

renunciamos á escribir algun otro artículo, manifestando nuestro sentir en la materia, por mas que no nos considerémos con gran fuerza moral para inclinar la balanza en favor de nuestras opiniones; solo si declararémos antes de concluir este, que queremos mas bien contribuir con nuestras pocas luces al mejor arreglo posible, que usar despues del triste derecho de criticar determinaciones ya tomadas. Asi lo haremos; y si algun dia nos vemos en la dura precision de maldecir, caiga la culpa sobre quien puede á tiempo remediarlo y dar vida al teatro español.

CARTA DE FIGUEROA

A DON PEDRO PASCUAL DE OLIVER, GOBERNADOR CIVIL E INTERINO

DE LA PROVINCIA DE ZAMORA.

Muy señor mio: En la Revista del 20 del que a.
leído un comunicado de usted fecha en Zamora, en que trata de la *real orden relativa á correos, tan amargamente criticada por mí en mi reciente carta, titulada Buenas noches.*

¿Con qué es usted, señor don Pedro Pascual Oliver, el responsable de los defectos de aquel corto escrito? Con que usted era oficial de la secretaría de la Gobernacion del Reino, y encargado en ella del negociado de correos? Doy á usted, señor don Pedro, dóime á mí, y doy á la secretaría de la Gobernacion del Reino, la mas completa enhorabuena.

Dice usted que no puedo *menos de conocer que es imposible que el señor secretario del Despacho se pare á corregir el estilo del crecido número de reales órdenes que firma cada dia.*

Asi es la verdad, señor don Pedro. Ya se me alcanza que es imposible que el señor secretario del Despacho se pare, ni á corregir ni á nada, y mas con ese crecido número de reales órdenes, y de reformas, y de disposiciones luminosas que nos está dando todos los dias, y que han de ser la base de la futura felicidad de la patria. Y por eso decia yo en mi folleto: ¿No sería bueno que se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?

Y cierto que esto, señor don Pedro, nunca lo pude decir por usted, de quien es notorio que sabe por lo menos escribir; de cuya existencia confieso que no tuve jamás, hasta la publicación de su carta, la menor sospecha, y de quien por lo tanto difícil me hubiera sido hablar en ninguna de mis cartas.

¡Así supiera usted leer, señor don Pedro, como sabe usted escribir! que en ese caso hubiera leído como debía mi folleto, porque quiero mejor pensar que no sabe leer, que no que tiene mala fé. Vea usted si me inclino á todo lo que es favorecer á usted, ó mas bien á hacerle justicia.

Dice usted hablando de mí: *Figuro hace anónimos los sustantivos riesgo y peligro*. Entendámonos, si podemos, señor don Pedro Pascual de Oliver. Esa palabra *anónimos* que veo estampada en la Revista, ¿es usted tambien el solo responsable de ella, ó es cosa de la imprenta de don Emilio Fernandez de Angulo, á cargo de don M. Mucius? Soy tan su amigo de usted, que doy de barato que es yerro de imprenta, y que usted quiso decir *sinónimos*. De acuerdo sobre esto, le responderé francamente que yo no necesitaba, como usted, recurrir al diccionario de la lengua para no hacer *sinónimos* los vocablos *riesgo* y *peligro*, y esto es tan cierto, que precisamente porque no lo son, critiqué en esta parte la real orden de que es usted autor ó escritor, ó como quieran llamarle á usted los señores redactores de la Revista-Mensajero, segun usted dice en su carta; á propósito de lo cual, puedo asegurar á usted que los señores redactores de la Revista-Mensajero no querrán llamarle á usted ni autor, ni escritor; porque el autor es el que inventa, y seguramente, sea dicho en honor de usted, usted no ha inventado la real orden, ni ninguna otra cosa, la pólvora inclu-

sive; por tanto no es tal autor de la dicha orden; y eso, lo repito, le hace á usted mucho honor; el *escritor* es el que escribe ideas suyas, y como usted no escribió en la tal real orden ninguna idea suya, duán los señores redactores de la Revista que usted no hizo más que *redactarla*, y si tal dicen, como presumo, por mi vida que aciertan.

Y aquí no vendría mal advertir á usted de paso que en punto á responsabilidad es solo responsable de toda cosa escrita quien la firma; y por eso habrá usted oído decir tal vez: *no bebas agua que no veas, ni firmes carta que no leas*, lo cual digo ahora, no para usted, señor de Oliver, que no ha firmado nada, sino para el señor secretario del Despacho, que lo firma todo. Esto prueba que la supuesta responsabilidad con que tan caballerescamente sale á defender á su gefe, hace honor al carácter de usted, si no á su estilo; pero de ninguna manera á dicho señor secretario del Despacho. Mas claro; de la redacción de la real orden, usted era responsable al ministro, y este lo es al público. ¡Buena excusa estaría la de un señor secretario del Despacho que se nos viniese contando los disparates que hubiese firmado, dado caso que un ministro los pudiese firmar, y se excusase despues con sus subalternos!

Pero volvamos, si usted gusta, á nuestro *riesgo y peligro*. Decia, señor don Pedro, mi amigo, que ya se me alcanzaba á mí, antes de leer su apreciable carta, que no son *sinónimas* esas voces; la diferencia, que tengo ha tiempo establecida para mi uso particular en un trabajo inédito, que sobre *sinónimos* de la lengua castellana en ratos perdidos me ha ocupado, consiste en esto: *que el peligro es inminente; en el riesgo hay mas contingencia*. Y aclarando las definiciones, no muy buenas, del dic-

cionario (permítame él y usted esta proposición) con un ejemplo, diremos perfectamente: "Un general corre *riesgo* de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el *peligro*." El riesgo es dudoso; el peligro es cierto; este es mas *próximo*; aquel mas *lejano*. El jugador arriesga su dinero, cuando juega, sin que por eso haya *proximidad* de perderlo. Se puede decir, y estará muy bien dicho, que el soldado arriesga ó pone á riesgo su vida. Sin embargo, según la definición de la academia (que me perdone y á quien Dios perdone) no estaría esa frase bien dicha si el riesgo fuera la proximidad de algun daño leve, pues que ni el perder la vida es daño leve, ni hay proximidad de perderla en arriesgarla, sino solo *posibilidad*; por donde puede usted inferir que no siempre es juez suficiente el diccionario de nuestra lengua, por mas que usted y que todos le debamos respetar, cuando acierta; es decir, que el diccionario de la lengua tiene la misma autoridad que todo el que tiene razón, cuando él la tiene. Y de la diferencia de *riesgo* y *peligro*, para que no le quede duda de que tengo hecho algun estudio sobre estas cosas, pondré á usted ejemplos que dan p. so á lo que llevo dicho.

Dice Solís en el capítulo 18, libro 5.º de la Conquista de Méjico, hablando de Hernán Cortés: "Mantúrose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo; y dejándose caer en tierra lo puso en evidente peligro de perderse &c."

Y Mariana al capítulo 13 del libro 17 de la Historia de España:

"Don Pedro... se resolvió de aventurarse y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla... tenía con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo."

Ya ve usted que aquí don Pedro iba á ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla, la cual podia ganar, y en cuyo hecho no habia *proximidad de un leve daño*, como dice la academia.

Y Cervantes en Persiles y Sigismunda: "Este peligro sobrepaja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto &c."

Queda, pues, probado que con tan buenas razones no puede nunca tener por sinónimas esas voces; y por lo mismo, y aun adoptando la base de la real orden, usted, señor don Pedro, debia haber conocido que si habia cesado el *riesgo* en la carretera de Aragon, no podia haber *peligro*. De suerte, que si alguno de nosotros dos no ha dado á esas voces su verdadero valor, seguramente, señor don Pedro, no he sido yo.

Esto con respecto al uso de las voces riesgo y peligro. Porque con respecto al resto de la redacción de la real orden, usted asegura en su carta á la Revista que *podia haberse estendido con mayor claridad y mejor gusto*; estoy perfectamente de acuerdo con usted. Añade usted que *no está enamorado de su obra*; efectivamente, no hay motivo. No quiero contradecir á usted; soy enteramente de su opinion, y es lástima que nos pongamos en *trance y riesgo* de reñir dos personas entre quienes existe tan rara simpatía y tal acuerdo de pareceres.

Con respecto á la voz *temporal*, no quise criticar su uso, sino que, como usted dice muy bien, *cediendo á la pasión que me domina*, traté de juzgar del vocablo para disparar al redactor de la real orden una saetilla mas, no sospechando que fuese usted; pues á haberlo sabido, mucho me hubiera guardado de hacer tal cosa, y de criticarlo á usted á toda costa, como s...

lo, cediendo á aquella maldita pasion que me domina, y que ha de ser, por fin, mi perdicion.

Convengo tambien con usted en que es mas facil *buscar* y aun *hallar defectos*, donde hay tantos sobre todo, que poner reales ordenes, y mas si estas son, como usted dice, *sobre asuntos dados*, porque si no son *sobre asuntos dados*, ya es otra cosa. Y la prueba de la proposicion de usted está en lo raro que es ver reales ordenes que tengan sentido comun: argumento grande en apoyo de su dificultad, á cuyo propósito citaré á usted lo que escribia cierto crítico francés hablando de un antagonista suyo: *El señor es un necio* decia; *yo soy quien lo digo, y él es quien lo prueba*.

Es pues visto, señor don Pascual, usando de una alocucion de usted, que convenimos en todo, y que mas nacimos para amigo uno de otro, que para andarnos tiroteando en papeles públicos y folletos. Y esto es tanto mas cierto cuanto que no ha mucho vi cierta alocucion de usted al pueblo Zamorano, y animada como está de sentimientos patrióticos de que yo participo en gran manera, parece mal que personas de iguales opiniones den que decir á los mismos de su partido con desavenencias gramaticales: ni el que usted haya podido redactar mal una real orden prueba nada contra su aptitud para cargos públicos; pues ni yo consideré aquello nunca sino como un descuido, ni yo lo llamé delito ni traicion, ni cosa que se le parezca, soy ademas tan enemigo de cuestiones personales, que critiqué la real orden en cuanto á real orden, es decir, en cuanto á acto público del gobierno, de donde infero que usted anduvo ligero en descubrirse, pues ninguna importancia tiene á los ojos del público el redactor de una real orden, sino únicamente el gobierno que la adopta, firma y publica.

Añadiré solo antes de concluir esta carta que mucho tiempo pensé en no darle contestacion, pero cuando supe que desempeñaba usted, señor don Pascual, un cargo público, uno de los primeros destinos del orden civil, parecióme ya que la categoría de usted merecía siquiera por cortesanía una respuesta, no se dijera que yo habia podido despreciar á una persona tan condecorada.

Por lo demas, y dejando á un lado disputas filológicas de poco momento, tengo el honor, señor don Pedro Pascual de Oliver, de repetirme su muy afecto Q. S. M. B.—

GARCIA DE CASTILLA,

O EL TRIUNFO DEL AMOR FILIAL.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

El poeta ha hecho girar su drama sobre un asunto nacional, en lo cual ha sabido proporcionarse una gran ventaja; pero asunto tan diminuto de por sí, y tan poco esplayado por él, que casi viene á caer en el círculo de los dramas de imaginacion.

La escena es en Toledo. Al levantarse el telon el espectador empieza por ver á un rey sentado en su trono, su esposa

á la izquierda, varios cortesanos y guerreros y un mensajero del moro, que viene á proponerle la paz ó la guerra, y á quien contesta unánimemente todo el mundo con la guerra. Desparchado el moro con tan mal recado, retíranse los cortesanos, y entonces podemos asegurar que comienza el drama; porque la primera escena del mensaje, ni tiene relacion ninguna con el resto, ni vuelve á aparecer mas moro, ni mas guerra; es exactamente lo que en lenguaje vulgar se suele llamar una *embajada*. El rey don Alfonso parece estar perdido de amores por una tal Elvira, dama muy principal de la corte, pero huérfana de padre y madre, lo cual la deja espuesta á los antojos de la testa coronada. Elvira con todo no puede corresponder á S. M. por dos razones, la primera porque el rey es casado, naturalmente con la reina, la segunda porque corresponde á García de Castilla, hijo del mismo rey, ya grandecito y mozo, que no le va en zaga á su padre en valor y *donosura* caballeresca. Bien conoce la doncella, doblemente solicitada, que confiar á cada uno de sus perseguidores la pasion del otro, fuera encender peligrosa discordia en el Estado, y por tanto ni el padre ni el hijo saben de los intentos del hijo y del padre. Pero la reina es ladina, y aunque no esté de su esposo enamorada, como se supone, sabele mal dosis tan cargada de celos; siendo, como es, de no muy blanda condicion, descubre al hijo la pasion del padre, inspírale sospechas de la virtud de Elvira, le asegura que el rey ha de hacérlo matar al dia siguiente, zeloso de él, y lo escita de esta suerte á la rebellion y al parricidio. El rey en tanto, que nada columbra de los ocultos manejos de su mitad, no pierde la huella de su amada, insta, ruega, amenaza, y desesperado de la virtuosa resistencia llega á ofre-

cer trono y diadema á la muchacha Elvira. No se sabe precisamente si trata solo de anular su anterior matrimonio, ó si piensa en manchar con sangre el tálamo conyugal. Pero todo es inútil, porque Elvira, puesta ya entre la espada y la pared, confiesa al enamorado monarca que su amor se ha fijado en una generacion mas ade'ante. Entre tanto García anda loco, dando y tomando en lo de los celos; y la madre, echando mano del elemento popular, alza las *masas* proletarias, como se diría en el dia, contra el poder ejecutivo. Una casualidad que ofrece á la vista de García al rey y á Elvira metiéndose juntos entre bastidores, acaba de evaporar el poco seso que le quedaba, y atropellando remordimientos, y todos los escrúpulos de honor y de amor filial que tiene en anteriores escenas esplayados, da en la diabólica idea de matar á su padre; cosa fea de por sí, y mas si se le añaden las circunstancias de darle la zelosa madre llave al efecto, y de haberlo de matar dormido, que como dice otro poeta trágico es *matarle muerto*. Aprovecha para el intento la ocasion del reposo del ilustre progenitor, que por lo visto no hace vida comun con su muger, y que acaba de entrarse solo en su alcoba; pero en aquej tiempo el cielo protegía á los reyes, lo cual se manifiesta en dos claras señales: 1.ª, una especie de tempestad, compuesta de varios relámpagos que entran por la ventana de la izquierda, pero sin ruidos ni truenos, en lo cual me parece haber andado atinado el ingenio, supuesto que no son cosa mayor las cajas de truenos de estos teatros: 2.ª, no haber pegado los ojos S. M., á quien deben de traer despierto sin duda sus malos pensamientos. La consecuencia es clara: el rey que ha tenido la precaucion de acostarse vestido, como quien tie-

no que madrugar, no se deja matar, dando muestra en eso de prudente, y descubre al asesino. La escena siguiente entre S. M. y el heredero de la corona es acaso la mejor del drama: se termina con el allanamiento del palacio por la turba popular, que proclama á García, con notable perjuicio del poseedor. Pero García, que ha sabido que cuando él fraguaba su mal combinado parricidio, ya el culpable había renunciado á sus adúlteros deseos, y trataba de casarlo con su amada; García, que ha vuelto en sí de su alucinamiento, defiende las prerogativas del trono. La madre entonces, convencida de que todo ha sido tiempo perdido, echa mano de un puñal que trae siempre consigo, para su uso particular, y acaba por matarse, que es, en nuestro sentir, por donde debiera haber principiado.

Sea tragedia el García de Castilla, sea drama, pertenece indudablemente á la historia: permítanos el autor pues que lo digamos: que la principal condicion de los asuntos históricos es la de llevar en sí el sello de la época á que pertenecen; y cuando los personajes son de a'gun bulto, el poeta se compromete á darnos su retrato, *su fuc simile moral*, digámoslo así. El rey que nos pinta, bien puede ser un Alfonso; pero el autor convendrá con nosotros en que puede ser cualquiera de los muchos Alfonsos que en Castilla han reinado: puede tambien no ser un Alfonso, sino un rey cualquiera: todo su carácter histórico se reduce á reinar; y esta seña es ciertamente tan vaga, que solo puede bastar para un carácter ideal de comedia. Igual observacion puede aplicarse á los demas personajes é incidentes del drama.

No resultando pues histórico el drama despues de acaba-

do, no resulta de él tampoco admonicion ninguna para el porvenir, hija de la esperiencia, fin evidente de los dramas históricos, de la tragedia y de la historia misma.

Sobre tres pasiones ha fundado su amazon el poeta, El amor los *zelos* y el *amor filial*. Cualquiera de ellas bastará para llenar cumplidamente una composicion dramática; ¿por qué, pues, habiendo tres, no resulta el interes, el alma que debe animar este cuerpo? Por eso mismo, toda pasion vehemente excluye en el teatro otra pasion: todo sentimiento exagerado tiende á avasallar, á dominar, á reinar solo. Enredado el ingenio en la multitud de recursos de que echa mano, no usa bien de ninguno, así como un soldado cargado de toda clase de armas haria menos daño al enemigo que otro provisto de un solo buen fusil. El amor en don Alfonso es singular; ni una escena de arrebato, ni un momento de ternura, ni un verso de fuego. Bien hace la niña Elvira en no dar oidos á galán tan necio. Sin embargo, la cosa es de mas consecuencia de lo que parece; porque ¿cómo quiere el poeta que creamos que un hombre, en quien no nos pintó el arrebato de la pasion, echa del tálamo á su anterior muger, con la misma indiferencia que pasa una abeja de una flor á otra flor? Supuesto que el teatro se ha de alimentar de crímenes, es preciso que estos sean forzosos, obligados, ampliamente motivados. El poeta no puede suponer que el crimen existe y se produce naturalmente en el mundo, como un junco en un pantano; es preciso que lo dé como efecto de una causa extraordinaria.

Si los zelos en la reina estan mas justificados, en cambio adolecen de otro defecto, y es de no estar sentidos; pudiéramos bastar al historiador decir: *la reina anduvo zelosa*. El poeta

no debe decirlo, sino hacerlo ver. Si estos zelos por otra parte no son de amor, sino de orgullo, fuerza era haber empezado por pintar el carácter de la reina capaz de intentar las mayores atrocidades por amor propio,

No sabemos tampoco si está en la naturaleza que una muger por amor propio ponga en lucha á su hijo con su esposo, y esponga la vida del objeto mas caro á una madre...; y esto sin ocurrirle siquiera la idea del inminente peligro en que lo pone!!! El tipo de este carácter no existe en la naturaleza: es un monstruo. Y no se nos diga que la moderna escuela ha adoptado y producido en el teatro semejantes monstruos. No, *Clásicos y románticos* han convenido igualmente en que el ser mas odioso que puede presentarse en la escena ha menester alguna virtud para interesar, alguna afeccion tierna que sirva de contraste á sus errores. El Neron de Racine aparece dominado del amor; la Lucrecia Borgia de Victor Hugo halla disculpa ante el espectador por el amor á su hijo; la despreciable Marion de Lorme se purifica en las tablas por medio de una pasion verdadera; el bufon Triboulet desaparece delante del padre tierno; no hay corazon en la naturaleza, por perverso que sea, que no abrigue algun sentimiento humano.

En cuanto al amor filial, cuyo triunfo se ha propuesto pintar el poeta, no está mejor desempeñado que las dos ya examinadas pasiones: puesto que no es el amor filial, no el remordimiento quien triunfa; quien triunfa es la circunstancia de estar despierto el rey, sin la cual pereciera sin duda; digamos pues que es el triunfo de la casualidad, el triunfo de la vigilia.

Doloroso es tambien que el poeta que parece querer sacar, segun su anuncio, antiguas preocupaciones literarias, haya

admitido como adorno dramático la tempestad. Convenimos en que no repugna á la razon creer que al mismo tiempo que un hijo asesina á su padre, empiece á relampaguear, y mas si es verano; pero no es razon suficiente el que una cosa pueda suceder para que el poeta la coloque al lado de otra que realmente sucede. No está probado todavía que los crímenes sean conductores de la electricidad, y bueno sería dejar semejantes máquinas dramáticas para los pueblos que creían la participacion inmediata del cielo en los delitos de la tierra. El poeta sobre todo debe desecharlas, cuando como en el *García* ningun resultado le han de producir. Si tal doctrina pudiera admitirse, á un autor le pareceria bien una tempestad, á otro un terremoto, á otro una avenida á otro en fin un incendio ó el hundimiento de la casa, cosas todas tan naturales como la tormenta, pero que no tienen mas relacion con *García de Castilla*, asesinando á su padre, las unas que las otras.

NO LO CREO.

¡Sr. Figaro! *Sálvese V.* ¡Sr. Figaro! entró diciendo á voces en mi cuarto esta mañana un hombre cuadrado que habrán Vds. visto por esas calles, y díjolo por que se parece á todos los tontos, bien así como se parecen todos los tontos entre sí. El hombre no me era conocido; sudaba y respiraba con dificultad; no parecía sino que acababa de traducir una escena de melodrama.

—Sosiéguese V. caballero, le dije, siéntese, respire y sepamos que urgentísimo asunto le trae tan azorado en busca mía.

—Sr. Figaro: yo soy un aficionado á leer, á quien gustan mucho las aprensiones de V....

—¡Muchas gracias!

—Si señor; me llamo Juan Medrana; el teatro era mi pasatiempo favorito hasta que V. ha empezado á abrirme los ojos con sus artículos, que así creo que se ha de llamar lo que V. hace.

—Si señor, precisamente.

—Y le he cobrado á V. tal afición que no quisiera que le mataran á V.

—¡Hombre! ¿matarme? ¿Sabe V. que eso me dá que pensar? ¡Habrán picarillos!

—Si señor, matarle, y plegue al cielo que no pase de ahí. En una palabra, llevado de mi celo y de mi afición á los artículos de V., vengo á prevenirle que lie su maleta y ponga pies en polvorosa, lo más pronto y lo más callandito que V. pueda.

¿Pero que hay? se vá á echar alguna traduccion original? ¿quiere V. que me escape por no oirla?

—Peor.

—¿Salo algun actor nuevo?

—Peor. ¡Cien veces peor!

—Acabe V. por Dios, señor Medrana. Me tiene V. asustado.

—Hace un mes, semana mas ó menor, que le andan buscando á V. para....

—¡Oiga! ¡ya se ve! no me habrán encontrado.

¿Como no ando por ninguna parte! ¿Y por qué?

—¿Y V. lo pregunta? ¿V. que escribe artículos de teatros? ¿V. sabe lo que anda entre bastidores?

—¡Vea V.! yo creia hacer mucho favor á los teatros....

—¿Favor, eh? Contentos tiene V. á algunos actores, ¡buenas cosas dicen de V.!

—¡Ola! ¿dicen cosas buenas? Vea V. *Quantum mutatus ab illo!* ¿Y qué dicen?

—Le diré á V.: por supuesto que los buenos no dicen nada, ¡pero los otros! en primer lugar dicen que es V. parcial, y que solo alaba á los que lo hacen bien....

—¡Habrán picardía!

—Que no guarda V. consideracion ninguna á los que lo hacen mal. ¡Eso clama á los cielos! Añaden que es V. hombre de muy malas entrañas. *Como todo el que es amigo de la justicia y de la razon.* Que tiene V. mas cariño á los progresos del arte que á los malos cómicos, y que eso es una mala partida. Hay quien dice que si hubieran tenido la precaucion de

envíarles á V. en calidad de regalo cuatro frióleras de gusto, no les sucedería lo que les sucede.

— ¡ Ah señor Medrana! esos, esos han conocido el carácter de Figaro.

— Que en ningún país culto se permite hablar de los cómicos, ni juzgar si lo hacen bien ó mal; eso solo se vé en los climas habitados por los floquescos, como por ejemplo Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y el resto de la Europa. Que tienen los periodistas un extraordinario interés y malevolencia en criticar sus defectos.

— En eso tienen razón, porque el interés de todo hombre está en granjearse enemigos.

— Que los adelantos grandes hechos en el arte por los Talmas y los Kean, se han debido á la impunidad, y que solo hablando á los malos actores llegan éstos al ápice de la perfección; y por último, si algunos se conforman con la censura periodística ha de ser con la condición de que no ha de contener nunca personalidades la crítica.

— Cierto; solo que hay señores actores que llaman personalidades á todo lo que no es decirles que representan á las tal maravillas.

— En fin, Sr. Figaro, que en España todo actor es una cosa sagrada, y que nunca se ha visto el escandaloso abuso que hoy por causa de los periódicos reina.

— Dicen bien, señor Medrana: en prueba de ello aquí tengo uno de los primeros periódicos que en España se han publicado. Vea V. lo que decía en Enero de 1788 el Memorial literario acerca de actores, y si hablaba de ellos con mas respeto que Figaro.

* Los teatros de esta corte cada vez irán á peor, interin * esida entre los ignorantes cómicos la potestad de ser jueces * del gusto teatral, que es bien malo: esto es, que esté á su arbitrio elegir y representar las comedias que quieran sean * buenas ó sean malas, &c. &c."

— Ya vé V., pues que desde el año 1788 acostumbraban los periódicos á hablar libremente de los cómicos.

Recorra V. ahora para sí esos periódicos que le han sucedido en diversas épocas: véa V. ese Diario Literario del año 24, lea V. Concluyamos señor Medrana que en este país no queremos acostumbrarnos á sufrir la crítica merecida.

— Y añada V., señor Figaro, que en mi entender no ha de alcanzar la muerte antes de que nos acabemos de acostumbrar, como al caballo del doctor le aconteció. Si va á decir verdad yo me inclino algo á favor de los actores que tanto se quejan: no hay nada mas justo que el que se critique á un poeta que dá una mala comedia, á un pintor que pinta un mal cuadro, á un escultor que contrahace una estatua, á un arquitecto que construye mal un edificio; pero por la misma razon ya se deja entender que no hay nada mas injusto que criticar á un actor que representa mal; porque ¿qué distancia hay de la esencia y naturaleza de un actor á la de los demas hombres! ¿En que se parece un actor malo á los hombres? En nada, Sr. Figaro; un actor malo es una especie de semidivino que tiene figura de hombre por una extraña degeneracion de la especie. ¿Hay cosa mas respetable que un mal actor? Luego entra lo que ellos dicen. Figúrese V. que un actor malo es un hombre que vive de representar mal, y si V. le critica le priva V. de su subsistencia; ¡ Por caridad cristiana siquiera!

— Ya se ve que está esa razon muy bien entendida. Por que aunque en la sociedad sucede comunmente, que el que no sabe su oficio no puede vivir de él, aunque sucede que el mal médico no tiene enfermos, el mal abogado no encuentra pleitos, y el mal sastre perece por falta de parroquianos, todo esto es una clarísima injusticia que hace el mundo pícaro á los ignorantes. El actor, aunque sea malo, debe tener ajustes sabrados y buenos sueldos, y la caridad que no usa la sociedad con los demas, debe usarla con él. Por esa razon cometió Moratin tan gran picardía, cuando sacudó su látigo contra los Andorraes de nuestra escena, porque les *quitó el pan*. Por esa razon es un evidente disparate el consejo que el Café dá por boca de D. Pedro á los Comellas de su época, por el cual les aconseja que el que no sepa escribir aprenda otro oficio. Por esa razon es una crueldad pretender que el mal cómico abandone las tablas, porque lo que le hace falta á un país culto es que rivan ho'gadamente los que no saben representar. Esta es, Sr. Medrana, la base de la prosperidad de un país.

— ¿Pues qué diría V., Sr. Figaro, si le asegurase yo á V. que ya han dado en el ito de la dificultad, y que acaso no se pase mucho tiempo sin que deje V. de hablar de los actores?

— *No lo creo*, Sr. Medrana, *no lo creo*.

— ¿No lo cree V.? ¿Y si le digo yo á V. que van á hacer una representacion, por la cual piden y reclaman en justicia que no se hable ya mas de ellos? Esto es el golpe, este es el golpe mortal.

— *No lo creo*. ¿Cómo quiere V. que yo crea que dan la mano á semejante plan apreciables actores que personalmente conozco, y que son precisamente los principales, quienes piden

san de muy distinta manera? ¿Cómo quiere V. que pidan semejante cosa aquellos que saben que han de decir de ellos los periódicos mas bien que mal? ¿Qué fuerza habia de tener una representacion en que no figurasen los buenos actores? ¿No conoce V. cuan en ridículo se pondrian los que tal representacion hiciesen? ¿No vé V. que sería lo mismo que decir: "*Somos tan malos que tememos la critica*?" ¿Y qué les serviría tal representacion mientras haya público que haga de ellos la merecida justicia? ¿Y representarán tambien contra las silvas de los espectadores? ¿Lograrán, por ventura, una orden para ser buenos actores? Hago mas favor á los cómicos; creo que hay muchos entre ellos tan sensatos que oponen la enmienda á la justa critica de los periódicos; esa es, Sr. Medrana, la mejor representacion. Haylos, en fin, que conocen que no existe otro camino que la critica para la perfeccion: Haylos que saben muy bien que todo el que dá al público su habilidad en espectáculo, dá tambien á cuantos le ven derecho de criticarla. En fin, Sr. Medrana, *no lo creo*.

— Pues si Sr., la hacen: yo no tengo bastante memoria para repetirsela á V. entera, y bien podría sucederme lo que á Sancho cuando recitó en la venta delante del cura y el barbero la dulce misiva de su señor D. Quijote á Dulcinea; pero esté V. seguro de que se apoyarán en fundadas razones. Si señor. "En vista del abuso que reina en los periódicos de criticarlos con *indecorosas personalidades*; en atencion á que los teatros no pueden prosperar mientras no se alabe todo lo malo que en ellos se presente: atendiendo á que el público no tiene aficion al teatro nacional, á causa del mal estado en que se halla, nacido el tal estado de los periódicos, que es como

"si digera mos que andamos á oscuras en el mundo á causa
 "del sol; y siendo los malos actores la causa principal del bien
 "estar de una nacion: pedirán que nadie sea osado en públi-
 "co ni en secreto, solo ó en compañía de otro á hablar, escri-
 "bir, ni menos pensar en perjuicio de los cita los malos cómi-
 "cos (aunque sean realmente tales malos cómicos), sin distin-
 "cion de fueros ni personas: pedirán que sea castigado con la
 "mas rigurosa pena, como reo de loco-cómico, quien á otro
 "indugere á hablar, escribir, hacer seña con pies ó manos, bas-
 "tones ó silbatos, pensar, imaginar, discurrir, sospechar ó bar-
 "runtar siquiera que un cómico no ha representado, represen-
 "ta ó representará con la mas escrupulosa perfeccion, de no-
 "che ó de dia, en ensayo ó pública representacion, en el tea-
 "tro ó fuera de él, &c., &c., &c., y demas contenido en la l y
 "del ejercicio. Pedirán que todo buen español, amante de la
 "felicidad de su patria, sea amonestado y requerido de con-
 "currir con tres pesetas, propias y bien ganadas, amen de los
 "consabidos dos cuartos del pico, las cuales hará ingresar en
 "las arcas de la casa, para tener el gusto de alabar, aplaudir
 "y encomiar, con todo genero de demostracion de sincero y
 "bien sentido contento (como son aplausos, palmadas, bravos
 "y bravísimos, y demas seña'es de costumbre), toda represen-
 "tacion por mala que sea (que sí será); debiendo en todo ca-
 "so fingir, disimular y aparentar en su rostro y todo su cuerpo
 "el sobreentendido entusiasmo, si no lo sintiese realmente (co-
 "mo no lo sentirá) desde el momento en que entre por las pu-
 "ertas del teatro; y debiendo durarle la dicha embriaguez del
 "citado entusiasmo, estásis y arrobo hasta despues de la con-
 "clusion de la comedia, y en su propia casa, y al otro dia, si

"ser pudiese, y hasta despues de su muerte, si hubiese lugar.
 "Requiriéndosele igualmente, para que se dé la enhorabuena
 "por la enagenacion de sus anunciadas tres pesetas y ocho
 "maravedíes cada noche, que le habrán procurado tan grande
 "acumulacion de contento y entusiasmo, mas que sea fingido
 "por respeto al tenor de los dichos malos cómicos, y mas que
 "lo finja hasta reventar en obsequio de los progresos del arte
 "declamatorio, y de dicha preciosa subsistencia de los ya di-
 "chos malos cómicos, &c., &c."

—Basta, Sr. Medrana, hasta por Dios, que repito que *no lo creo*.

—Y si las empresas directoras de los teatros apoyasen algun dia una representacion tan justa: : :

—*No lo creo*: porque las empresas y las comisiones de directores de teatros y los ayuntamientos, conocen mejor que V. y que yo sus verdaderos intereses, y encierran en su seno personas de talento: estas saben que á nadie tiene mas cuenta que á las empresas teatrales el que se hable mucho de los actores, y el que la censura de los periódicos los obligue á hacer esfuerzos que sin su temor no harian. Las empresas debieran pagar y sostener periódicos con el objeto solo de hablar al público de teatros, dando importancia á este ramo, y haciéndole concurrir á él en consecuencia; periódicos, en una palabra, que corrigiesen á los malos actores, que no son los que hinchen sus arcas de dinero, ni los que producen sus grandes entradas. El creer la suposicion de V. seria hacer poco favor á las luces distinguidas de nuestro ilustrado ayuntamiento que se desvela por la prosperidad del teatro, como en muchas y diversas ocasiones le ha probado. *No lo creo*.

— ¡ Ah! Sr. Figaro, Sr. Figaro; ya veo que mi visita ha sido inútil. ¿ Y si á pesar de cuanto V. dice lo lograsen ?

— *No lo creo*, Sr. Medrana, añadi despidiendo á mi solici- to amigo, no lo creo, sin que esto sea por otra parte mostrar- me poco agradecido al celo y amistad que V. acaba de mani- festarme. Si llegase un dia en que los actores se creyesen con derecho á exigir un silencio mas humillante y ridículo pa- ra ellos que para nadie, los poetas y autores de toda clase de libros no podrian menos de creerse con igual derecho, porque unos y otros viven de darse al público: se acabarían enton- ces los medios de rebatir la ignorancia ó la mala fé de un libro y la polémica literaria, única fuente del saber humano. *No lo creo*, Sr. Medrana, *no lo creo*. Vaya V., pues, seguro de que ni los actores piensan en hacerme el menor daño personal, ni yo le temo. Si á pesar de mi incredulidad sucediese sin embar- go cuanto V. amistosamente me anuncia, colocaría lo malo que acontecerme pudiese entre los contratiempos de la vida, á que vivo sumamente dispuesto y resignado; y si personas de mas luces que yo no creyesen justas mis ideas y fuese preciso obedecer y callar en materia de actores, crea V. que no sería el mayor mal para Figaro, y que cuesta menos desvelos callar que hacer artículos de periódicos.



TERESA.

—
—
DRAMA EN CINCO ACTOS,

DE MR. ALEJANDRO DUMAS.



Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el mas conocedor del teatro, y de sus efectos, incluso el mismo Victor Hugo.

Nos permitirá un periódico de esta corte que no dejemos pasar una proposicion poco meditada que en él hemos visto: nos permitirá que la creamos hija de la precipitacion con que se trabajan los escritos destinados á los periódicos.

El drama moderno, ha dicho el autor de un juicio crítico de Teresa, el de Damas, Hugo, Ducango y aun de Casimiro Delavigne, es el corazon humano &c. &c. Forzoso es con- fesar que es disonante la reunion de los nombres de Dumas, Hugo, Ducango y Casimiro Delavigne en una misma linea. El que esos renglones escribió manifiesta en el resto de su artícu- lo demasiado talento y suficientes conocimientos, para que se pueda creer que ignora la distancia que separa á aquellos escritores. No insistiremos por lo tanto en una acusacion de esta especie; solo anunciaremos algunas ideas generales que nos parecen indispensables en este artículo. Victor Hugo,

mas osado, mas colosal que Dumas, impone á sus dramas el sello del genio innovador, y de una imaginacion ardiente, á veces estraviada, por la grandiosidad de su concepcion.

Dumas tiene menos imaginacion, en nuestro entender, pero mas corazon; y cuando Victor Hugo asombra, él conmueve: menos brillante por tanto, y estilo menos poético y florido; pero en cambio menos redundancia, menos episodios, menos extravagancia: las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas, y habilmente manejadas, forman siempre la armazon de sus dramas; mas conocedor del corazon humano que poeta, tiene situaciones mas dramáticas, porque son generalmente mas justificadas, mas motivadas, mas naturales, menos ahogadas por el pampinoso lujo del estilo. En una palabra, hay mas verdad y mas pasion en Dumas, mas drama. Mas novedad y mas imaginacion, en Victor Hugo, mas poesía. Victor Hugo explota casi siempre una situacion verosimil ó posible: Dumas una pasion verdadera.

Casimiro Delavigne no puede ponerse en parangon con los dos anteriores, porque estos al fin pueden presentarse como cabezas de un partido, y sosten de la innovacion; enlazados por afecto y principios con la revolucion de las ideas y nuevo gusto del siglo, sus escritos tienden á un fin moral, por mas que echen mano de recursos, no siempre morales; pero á un fin moral, osado, nuevo, desorganizador de lo pasado, si se quiere, y fundador del porvenir; destructor de preocupaciones y trabas políticas, religiosas y sociales. Pero Casimiro Delavigne no es mas que un sectario, un discípulo de las antiguas creencias literarias, y lo mas que se le concederá es ha-

ber cedido algunas veces al torrente de la innovacion: una prueba de esta verdad es su drama de los Hijos de Eduardo, y aun mas su última produccion don Juan de Austria. Que-riendo escribir en la primera una tragedia clásica, ha echado mano de resortes dramáticos, acaso demasiado atrevidos para los aristotélicos puros; y en la segunda no ha hecho sino una comedia heroica, en gran manera parecida á las de nuestro teatro antiguo, como el Rico Hombre, y el Garcia del Castañar, mas sin haber podido igualarlas en mérito. Pero Casimiro Delavigne nunca podrá citarse como fundador. *Mohér*ista puro en la Escuela de los Viejos y en sus Cómicos, y *Volteriano* en sus tragedias de Paria y las Vísperas Sicilianas, os comedido en sus resortes dramáticos, parco y hasta parsimonioso; poco original, poco nuevo; templada su imaginacion por la influencia de las reglas y su amor al orden, no es brillante ni arrebatado; en cambio es puro, correcto y moral, como sus antecesores, cuanto el teatro permite serlo. Es un rio manso y sereno, puro y cristalino, que corriendo por un antiguo cauce beneficia el terreno á fuerza de regarle; Victor Hugo y demas pudieran compararse mejor con el torrente que suele destruir al paso que riega, ó con la inundacion periódica del *Nilo* que fecunda el Egipto, anegándole y trastornando su superficie; y como de esas veces no son sino la catarata del *Niagara*, que solo sirve de mostrar en toda su pompa el poder de la naturaleza, y de asombrar y atronar al curioso viajero.

En cuanto á Ducange, por mucho mérito que se le quiera suponer, concediéndole el de conocer el teatro y el corazon humano, colocarle al lado de Victor Hugo es poner al lado de

Calderon á don Ramon de la Cruz. Victor Ducange es un dramaturgo de Boulevard; pero no es un escritor de primer orden, ni por la esencia de sus obras, ni por su estilo. Victor Ducange es á Victor Hugo lo que un pintor de alcobas y de coches á Salvator Rosa y á Rivera. Su pluma no es pincel, es brocha. Su color es almazarron. No es el poeta del siglo, es el abastecedor de las provisiones dramáticas del populacho.

En una palabra, Victor Hugo, Dumas, Casimiro Delavigne y Ducange solo se parecen en ser franceses: Cualquiera nos confesará que es la mas pequeña semejanza que puedo existir entre cuatro hombres, y que no son esos títulos suficientes á la comparación.

Pasando ahora á la Teresa el autor se ha propuesto desenvolver una verdad moral: ha querido probar, como Delavigne en su *Escuela de los Viejos*, las funestas consecuencias de la desigualdad de la edad en los consortes.

Un baron frances, en la edad ya de la madurez y de la ausencia de las pasiones, casa con una joven italiana en quien no es menor la influencia del clima que la de los pocos años: enamorada ademas de un joven llamado Arturo, cuya pobreza fué un obstáculo á la boda de entrambos, pero que por las vicisitudes de la vida trata de casarse con una hija del baron en razon que este presenta en su casa á su esposa. Teresa y Arturo conocen su posicion crítica, y para evitar los riesgos de ella atropellan y concluyen la boda de Arturo con la joven Amelia; pero ni esta precaucion, ni los proyectos del viaje y de separacion bastan á apagar el volcan que arde en los pechos de Arturo y de Teresa. Cuando la pasion habla, enmudecen los deberes. La situacion dramática del baron, que

descubre por fin el amor criminal de su muger y su yerno, es excelente y brillantemente desenvuelta.

El caracter de la joven Amelia, cuya imprudencia descubre inocentemente al baron su desgracia, es todo candor y sencillez, y solo asi puede ser verosimil su indiscrecion. La situacion mas dramática y de mas efecto del drama es la del baron cuando consiente en renunciar al duelo con su yerno, y darle una pública satisfaccion escrita, ahogando su rencor y sacrificándolo al porvenir de su hija, cuya felicidad pende de Arturo. El carácter del baron es por lo tanto el único que ofrecia dificultad, porque en él hay una verdadera lucha. El de Teresa y los demas del drama no necesitaban mas que ser consecuentes consigo mismo, lo que en el teatro equivale á insistir en la pasion. Pablo, gondolero de Nápoles, que enamorado de Teresa entró en su servicio, y que la sigue á todas partes en calidad de criado particular, pero sin esperanzas, sin premio, y condenado á ser testigo del amor que su ídolo tiene á Arturo, Pablo, satélite obligado de Teresa, amante á sabiendas de esta, Pablo, que se mata despues de haber proporcionado á su ama un veneno, que ella necesita, y que parece ser la personificacion de la luz que concluye cuando el sol desaparece, Pablo, consecuencia mas que persona, es un carácter un poco fantástico, y que el autor no ha admitido probablemente sino como recurso dramático.

Añadirémos antes de concluir que Teresa no es ni con mucho la mejor obra de Dumas; que las costumbres francesas son distintas de las nuestras; que en Teresa la accion, algun tanto distraida por los caracteres episódicos de un amigo del baron, y de una amiga de Amelia, poco enlazados con el ar-

gumento, y por el amor de *Pablo*, marcha lentamente; y que hallándose desleída la pasión en largos diálogos, que exijan de parte de los actores mucha maestría, no es extraño que no haya hecho en Madrid todo el efecto que hubiera sido de esperar.

CATALINA HOWARD.

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS.

Catalina Howard es una creación singular. Su objeto es pintar una pasión, pasión terrible cuando se arraiga, sobre todo en una mujer, y doblemente terrible si los principios religiosos y morales han sido descuidados en ella por la educación. Alejandro Dumas ha creído buenos todos los medios para llegar á su fin, y se ha valido en esta composición de algunos tan originales, tan nuevos y tan verdaderos, que ha impreso á su obra el sello del genio.

La vida de Enrique VIII de Inglaterra, hombre extraordinario por la influencia que sus ardientes é indómitas pasiones estaban destinadas á ejercer en aquella nación preponderante,

ha sido una mina inagotable para el teatro. Hombre mas sensual y orgulloso que enamorado y justo, convirtió su tálamo real en potro de sus mugeres, é hizo cuestiones políticas y religiosas, cuestiones nacionales, sus pasajeros y funestos amores buscando inútilmente en el vicario de Cristo una sanción imposible á sus desórdenes, no vació en segregarse á sí y á su pueblo de la iglesia católica, y declararse jefe de la comunión anglicana.

No es nuestro ánimo entrar en un examen histórico, sino literario, y cesaremos de hablar de Enrique VIII: ocupémonos solo del cuadro dicstramente coloreado de Dumas.

Catalina Howard es una joven de extraordinaria belleza, de baja extracción, lijera y superficial, mal educada, y cuya imaginación mal dirigida se alimenta de sueños dorados y de ilusiones de grandeza y poder superiores á su esfera. La ambición es su pasión dominante, las demas no deben ser en ella sino instrumentos, medios de triunfo. Un amante misterioso es el alimento de semejantes mujeres novelescas, y en ese concepto se hallaba secretamente casada con Ethelwood, duque de Dierham, par del reino, y favorito de Enrique, pero sin saber la alta categoría de su esposo.

El rey la ha visto, y trata de dar en ella una sucesora á su última esposa. Ethelwood, encargado de llevar á palacio su propia mujer, no halla mas arbitrio, conocido el carácter del rey, que fingir la muerte de Catalina, asfixiándola por medio de una bebida narcótica, y vivir despues con ella encerrado en su castillo. Inútil precaución. Catalina vuelta á la vida, esposa de un duque, y sabedora de la pasión de rey, se aviene mal con su posición. La oferta de la mano de la

hermana de Enrique, hecha al duque, y rehusada por él, causa la desgracia de Ethelwood, que fecundo en arbitrios, y queriendo evitar la cólera del rey, lo sacrifica todo al amor, é imagina para sí una muerte fingida, semejante á la que ha dado anteriormente á su querida. Pero Catalina, puesta en la alternativa de sacar del sepulcro á su esposo para vivir oscuramente con él, mudando nombre y país, ó de dejarlo para siempre en su tumba y subir al trono, arroja la llave del sepulcro y dá la mano á Enrique.

Ethelwood, sin embargo, se salva, merced á la princesa Margarita, de él enamorada, y oculto en el mismo palacio se convierte en el remordimiento personificado de Catalina, á quien se presenta como un espectro para acibarar su mal lograda dicha. Su venganza se estiende hasta dar celos al rey, haciendo aparecer culpable á Catalina; y esta, acusada por el regio esposo ante la cámara alta, es condenada al suplicio. Catalina consigue apartar de Londres al egecutor, sin el cual debería demorarse la egecucion á no presentarse un hombre enmascarado pronto á servir de verdugo. Este es Ethelwood mismo, que decapita á su esposa, y que no habiendo vivido sino para vengarse, declara en seguida su complicidad en la deshonra del rey, arrancándose la máscara.

Si se busca moral en este drama, repetiremos que Ethelwood evocado del sepulcro, para morir al coronar su obra y espirar con Catalina, es la personificacion moral del remordimiento que acaba con el culpable y solo muere con él: invisible para los demas, oculto á los ojos del mundo y solo palpable para el criminal. Moral por cierto algo mas poderosa que una máxima final, ó una árida sentencia. En las

comedias de costumbres del género clásico oye el espectador la moral dicha. En Catalina Howard vé la moral en accien, tendencia irresistible del siglo, en que no hay mas verdades que los hechos, en que la moral se presenta al hombre no como dogma, sino como interes.

Considerando bajo este punto de vista esta creacion, desaparecen las acusaciones hechas por algunos á Dumas acerca de la estremada venganza de Ethelwood; estos críticos no consideran que el objeto del poeta no es pintar á una muger ambiciosa, á un rey déspota, á un marido ofendido. El objeto del poeta es pintar la ambicion en la muger; Catalina es su protagonista. Enrique VIII, Ethelwood, la princesa, son solo medios muy secundarios para él, que le llevan á su fin.

Para pintar toda la fuerza de la ambicion era preciso colocarla en contraste con los mayores sacrificios; eso ha hecho el autor poniendo en Ethelwood cuanto pudiera haber rotraido á Catalina de su crimen; pero tal es la pasion dominante, que solo permite pequeños intervalos de ternura. Catalina es muger, y á la vuelta del dolor natural en su ser, pero momentáneo, de ver perecer por ella á su esposo, y de la sensacion generosa inevitable que siente al verle ponerse en sus manos, no puede menos de volver á su idea fija, á la ambicion, al verle sin sentido, y le arranca la sortija que el rey le pusiera á ella en la mano en la tumba; rasgo que pinta todo un carácter, que descubre en el poeta el gran conocedor del corazon humano.

Es tan cierta esta observacion, que nosotros no dudamos en apelar á las mugeres culpables. Dignamos si al engañar á sus amantes ó sus esposos no han tenido momentos de ter-

nura hacia su víctima, si un sentimiento interno de justicia y de generosidad no las ha obligado, á su pesar, á indemnizar con una caricia mas tierna, con protestas sinceras de buena fé, al mismo esposo á quien engañaban, acaso momentos despues de acabarle de faltar. Tal es el corazon humano, en que lucha siempre el bien con el mal, aun al mismo tiempo de ser vencido aquel por esto. El favor que nos hace á veces un enemigo, y que se llama comunmente perfidia, suele no ser otra cosa que un resto de generosidad y de bondad muribunda que lucha por vencer, suele no ser otra cosa que un homenaje que á nuestro pesar rinde en nuestro propio corazon el mal al bien, el vicio á la virtud.

El que sabe estas verdades como Dumas es gran poeta; nadie en el teatro francés moderno las sabe como él, y nadie es por tanto mas dramático que él, incluso Victor Hugo, de quien ya otras ocasiones hemos dicho ser mas lirico que dramático, mas brillante que profundo.

Otro rasgo no menos superior es el de no advertirse nunca en Catalina un solo momento de arrepentimiento: esa es la verdad; cuando una pasion domina al corazon, por mas que le lleve al precipicio, el culpable no se arrepiente nunca; cree que ha tenido desgracia, cree que ha empleado malos medios, siente no haber triunfado, y las lágrimas se las arranca el castigo, no el arrepentimiento: bájese de la horca al que la pasion del robo domina, y póngaselo en situacion de volver á robar: pondrá otros medios, será mas cauto; toda la diferencia consistirá en ser mejor ladrón. Puédese prescindir de las acciones, y variar en la eleccion de ellas; de las pasiones nunca, porque son nuestra organizacion, porque la pasion es

el hombre mismo. Porque la pasion es semejante á la agua que comprimida por un lado, no vuelve escarmentada al manantial de que partió, sino que trata de seguir su curso buscando otra salida, y cerrada la segunda, otra y cien mil, hasta que sale. Fundados en estas verdades dijimos no hace mucho tiempo que el teatro rara vez corrige al hombre, porque el hombre es animal de poco escarmiento.

En cuanto á los medios y las formas dramáticas, á los crímenes, á los horrores que han sucedido en el teatro moderno, á la fria combinacion de las comedias del siglo XVIII, oponerse á ellos es oponerse á la diferencia de las épocas y de las circunstancias, con las cuales varía el gusto. *Al teatro vamos á divertirnos*, dicen algunos candorosamente. No; al teatro vamos á ver reproducidas las sensaciones que mas nos afectan en la vida; y en la vida actual ni el poeta, ni el actor, ni el espectador tienen gana de reirse; los cuadros que llenan nuestra época nos afectan seriamente, y los acontecimientos en que somos parte tan interesada no pueden predisponernos para otra clase de teatro: de aquí que no se dirán comedias de Moliere y Moratin, intérpretes de épocas mas tranquilas y sensaciones mas dulces, y si fuera posible que se hicieran, no nos divertirían; y en eso nuestra época se parece al borracho, á quien de resultas del vino atormenta la sed, y que no puede apagarla sino con vino, porque el agua le parece insípida cuando el deseo engañador le conduce á gustarla.

Fuerza es confesar sin embargo que en España la transicion es un poco fuerte y rápida. La Francia puede contar medio siglo de revolucion, cuando nuestras revueltas no tienen siquiera la mitad de esa fecha, y aun nuestros sacudimientos

pueden apenas compararse con los de la vecina nacion. Ella sin embargo ha tardado medio siglo en hacer su revolucion literaria, y la ha hecho gradualmente; las licencias poéticas han tenido que ganar el terreno á palmos empezando por los teatros de Boulevard y por el melodrama de la Porte St. Martin hasta conquistar el teatro frances: y entre nosotros en un año solo hemos pasado en política de Fernando VII á las próximas constituyentes, y en literatura de Moratin á Alejandro Dumas; y es de tener en consideracion que el clasicismo aristotélico y horaciano habian tenido tiempo de cansar al público frances desde el siglo de Luis XIV hasta Napoleon, y que nosotros no hemos apurado el género clásico, puesto que desde Comellá hasta nosotros ni han trascurrido mas que veinte y tantos años, ni en esos hemos disfrutado mas que tres comedias y media de Moratin, otras tantas de Gorostiza, alguna de algun otro, y varias traducciones, no todas buenas, de Racine, de Moliere, y de autores franceses de segundo orden. En una palabra, que estamos tomando el café despues de la sopa.

Hé aquí una de las causas de la oposicion que así en política como en literatura hallamos en nuestro pueblo á las innovaciones. Que en vez de andar y de caminar por grados, procedemos por brincoes dejando lagunas y repitiendo solo la última palabra del vecino. Queremos el fin sin el medio, y esta es la razon de la poca solidez de las innovaciones. La traduccion es mala y ha sido mal puesta en escena, por lo quehace a) ornato.

En cuanto á la representacion háse conocido que habia empuño particular en que Catalina Howard saliese bien repre-

sentada: argumento terrible para nosotros. Si la señora beneficiada, si Latorre, si Romea, si todos en general nos han probado que cuando quieren saben representar, ¿no tendremos un derecho para reconvenirles agriamente cuando representan mal?

La señora Rodriguez nos ha convencido que nadie puede reemplazarla en su buena diction y en la verdad sorprendente con que ha hecho varias escenas; su resurreccion sobre todo nos ha parecido escolente y el sueño delante del rey. Latorre ha estado admirable en la escena de la tumba, y Romea no ha dejado nada que desear en la del Parlamento.

EL PILLUELO DE PARIS,

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS.

En todo este mes no nos habia ofrecido la direccion del teatro del Príncipe mas que una novedad, titulada una *causa criminal*, la cual reputamos en nuestro corto entender tan mala, que el silencio nos pareció el único juicio que de ella pudiera hacerse. Una intriga mas embrollada que el mismo pais, y media docena de situaciones tan violentas é inverosímiles como una revolucion sin hombres, formaban su tejido. Por tanto la dejamos dormir en paz en el repertorio del coliseo, adonde sin duda ha vuelto silvada y cavisbaja á confundirse con esa multitud de novedades que diariamente se nos dan, y cuya fama no escude la corta vida del cartel que las anuncia.

Pero *Le Gamin de Paris* es otra cosa. Esta comedia ha producido grande efecto en el pais para que ha sido escrita, y su traduccion, si no ha llamado gente por la desconfianza que de las novedades tiene el público, ha gustado mas de lo que suelen esas composiciones que no están en armonía con nuestras costumbres.

Lo que los franceses llaman *Le Gamin de Paris* es un tipo original que en ningun otro pueblo del mundo tiene su semejante; producto de la confusion y de la vitalidad de aquella capital, el *Gamin* es propiamente el muchacho de la clase del

pueblo que vive, mas que en su casa, en las calles y plazuelas, no precisamente haciendo picardias ó aprendiendo para ratero, como entre nosotros se podia decir de los chicos de la candela, sino que vagamunda, travesa, alborota y crece solo por su propia fuerza sin apoyo especial de nadie, sino apoyado en la sociedad toda entera que le cobija y dá lugar entre los intersticios de sus diferentes clases é individuos. *El Gamin de Paris* no es por consiguiente el Pilluelo, como el traductor ha creído, y mas que lo diga Taboada, porque la voz pilluelo, siempre envuelve una idea mala y alude á un carácter de torcida índole ó viciado, que el *Gamin de Paris* puede no tener.

Si el traductor conociese el *Libro de los ciento y uno*, esa coleccion de buenos y malos cuadros de costumbres parisenses, no hubiera calumniado de esa suerte al pobre protagonista de la comedia nueva.

La intriga de esta es facil de esponer á nuestros lectores. El hijo de un general del imperio, y noble de nuevo cuño, se ha enamorado de una pobre muchacha del pueblo, y no creyendo poder conseguir su amor si se presenta con su verdadero nombre, pasa á sus ojos por un artista pobre y la seduce. El *Gamin de Paris*, hermano de la víctima, indaga la verdadera posición del *cuyo*, y cuando sabe que su sangre pobre ha sido deshonrada por la del conde, inventa medios de hallar satisfaccion; se avista con el general, y ayudado de una penetracion que en nuestras costumbres españolas parece inverosímil á su edad, llega á poner las cosas en términos de que el general satisfaga el honor de su familia obligando á su hijo á casarse con la plebeya hermosa, á pesar del orgullo y de las

preocupaciones de clase que parecían separar para siempre los dos corazones unidos por el amor.

Domina en esta comedia, como á primera vista se echa de ver, la antigua lucha suscitada en el siglo XVIII por la filosofía enciclopédica entre el pueblo y la nobleza, lucha amortecida por el despotismo militar del hombre á quien llaman del siglo, porque sugetó al siglo, pero lucha que revivió mas viva con la revolucion del año 30.

La revolucion francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario; el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones. 1^a. Porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse á la pequeñez humana creándose un palacio, y por consiguiente hubo de alhajarle con todo el ornato y mueblage de tal, es decir, con palacios. 2^a. Porque si el prestigio hereditario puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; están en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos ríos, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales; ni se concibe de otra manera un orden de cosas cualquiera: monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna, por la cual un hombre da ideas, cuando otro no da sino sandeces, por la cual son unos fuertes cuando son débiles otros: ley preciosa, única garantía de alguna especie de orden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como antes, despues como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sugetarla y presidirla.

Y esta fue precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas cuyos pergaminos habia ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de Paris*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honradez de la familia plebeya, artesana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el orgullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada que representa el abuso y la tiranía.

Gran cuestion podríamos mover aqui sobre este contraste, base de tan larga lucha: nosotros la decidiríamos en nuestro pobre juicio manifestando algunas verdades que podrían saber mal, pero que no por eso dejarán de ser verdades. Diríamos que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal de que no hay que echar la culpa á nadie sino á la naturaleza de las cosas; á la altura de civilizacion á que el siglo se encuentra, añadiríamos que todo abuso fundado en la supremacia del dinero ó de la clase, es un contrasentido, y que las instituciones políticas mas perfectas serán aquellas que mejor garanticen á pobres y á ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad.

Pero una vez concedida esta base importante, una vez confesada la desigualdad de fortunas, se nos figura que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no es pereza; en la Europa moderna el trabajo es una puerta abierta á todos para la riqueza; el talento un carruaje ancho á todos para el poder. Y despues, descendiendo al

objeto de este artículo, confesaremos que no vemos que los pobres sean siempre necesariamente virtuosos, y el noble y el rico siempre unos bribones. Nosotros creemos que la pobreza tiene los defectos y los vicios peculiares de este estado, que seguramente no es el mas envidiable, asi como el bienestar de los nobles y los ricos tiene los suyos.

Si la ociosidad hace malo al rico, la necesidad hace malo al pobre; si el aristocrata es ambicioso, intrigante y seductor de mujeres, el pobre suele ser ladron, bajo y embustero; todo está, pues, compensado, y ya sería tiempo, si viviésemos en un siglo de ilustracion, como tan petulantemente se pretende, que comecazasen los hombres á ser justos y á no echarse en cara unos á otros parcialmente, no sus defectos, sino los defectos del hombre en general, segun la situacion en que se encuentra.

Nuestro Cervantes, que felizmente no floreció en el siglo de la ilustracion, es decir, de la hipocrecia y de la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonajas al uso de los pueblos, decia en alguna parte, hablando del pobre, *si es que el pobre puede ser honrado*.

Bien es verdad que Cervantes en el dia con toda su profundidad filosófica acabaría probablemente por ser deportado á Canarias, *por sospechoso de desofecto*, en atencion á que, si mal no nos acordamos, decia tambien en otro lugar de sus escritos, hablando del andar en coche, *que todo otro andar es andar á galas*, frases bastantes para dar la medida de sus aristocráticas y criminales eficiones.

FIGARO

AL ESTUDIANTE.

Como no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni menos ser postrero en cortesania, me apresuro á contestarle; sea empero la última si usted es de mi parecer ó la última siquiera en que hablemos uno de otro. Porque si es usted tan galan como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mia que me ruborizó. Yo por el contrario no pudiera, alabandole decirle lisonjas; mis encomios no serian mas que justicia, y pareceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimento, y de fineza en alabanza, vendríamos á enternecernos y llorar, y puedo asegurar á usted que no estoy para llantos. Ademas no somos diputados, y no habemos menester todavia de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéremos algun dia, entonces podríamos á mansalva decir usted de mí, *mí digno amigo*, y yo de usted, *mí tierno compañero*, y alabarnos uno á otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y tratásemos de sacrificarnos uno á otro en la revolucion primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal á fé mia. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo

tenia mas alto concepto formado de su buen juicio. Aqui no se trata de saber sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, par diez que me asombra la determinacion. ¿Pues tiene usted mas que matricularse en la universidad que á usted peor le parezca, que siempre será la primera que le ocurra, y marcharse luego á la guerra, que es donde en el dia se medra, y á los pocos años de andar siguiendo á Gomez, le abonan á usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico ú abogado, ó lo que á usted mas le agrade, y mata usted así dos pajaros de una pedrada? ¿Ni que carrera quiere usted mas lucida, ni que mas se asemeje por lo rápida á una carrera de caballo, que la que ya tiene con tan buenos auspicios empezada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Que otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al ministerio y arrellenarse en la silla, como quien llega á la posada y se acuesta?

Apéese usted santo varon, de esa luna donde lo vé todo efectivamente al revés, y vea las cosas y los libros en este pais, claras aquellas como yo se las refiero, y claros estos como generales y oradores.

Empieze usted su carta confesando con raro candor que usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse á la luna, porque aqui, amigo, nadie se convence, y eso que media España anda todo el dia ocupada en convencer á la otra media. Sin ir mas lejos, ahí tiene usted al gobierno, que son seis nada menos, empeñado en convencer nos á todos de que ellos son los únicos que saben mandar, y á los periodistas, que somos mas de seiscientos, empeñados en

convencerle de que cualquiera de nosotros lo haria mejor; y ni ellos convencen á nadie, ni nosotros á ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y así es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo sería preciso dar sillas, y no razones, y por eso acabamos tan á menudo á silletazos. Vea usted, pues lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted á parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luego en cara que digo una cosa y hago otra: amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid: digo hay una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué diablos le sirve á usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice á la novia que harán luego mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado, y le cuenta á su provincia que no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa á la nacion que quiere tiranizarla, ¿le parece á usted, señor Estudiante, que llegará jamas por ese sistema á tener ni mujer que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le elija, ni secretaría que despachar? ¿A sus ojos de usted no está suficientemente probado todavia que para conseguir hay que decir una cosa antes y hacer otra despues? Pues dígame, ¿por donde han logrado los que en el dia tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá como le vá.

Si usted no sabe mas, señor Estudiante, bueno será que siga estudiando, pues sea dicho en puridad de verdad, veo que no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oírle.

usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demás á ser ministro, prometo á usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi digno cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mío, que probablemente querrá á esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeño prometía ser un zote, y le dá por la intriga que es un contento; de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobriño de ministro, que es precisamente para lo que lo crío.

Y con esto queda de usted su afectísimo.—*Figaro.*

LOS AMANTES DE TERUEL.

DRAMA EN CINCO ACTOS EN PROSA Y VERSO,

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oír decir de sí: es un *tal felano*, es ser un árbol más en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado, *aquel es el escritor de la comedia aplaudida*, eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo y decirle: *me has creído tu inferior, sal de tu engaño; paseo tus secretos y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiración; de hoy más no estará en tu mano despreciarme, medianía; calunniame, aborreceme, si quieres, pero alaba.* Y conseguir esto en 24 horas, y tener mañana un nombre, una posición, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenía ayer donde reclinar la cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del talento. Esta aristocracia es por lo menos tan

buena como las demas, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

El drama que motiva estas lineas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la linea del vulgo, pero que lo distinguen tambien entre escritores de nota: sinceramente le debemos alabanza, y aqui citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan: solo se presenta el autor de *Los Amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detras de él, sin alta posicion que le abone; no le conocemos; pero nosotros, mordaces y satiricos, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *Los Amantes de Teruel*. Si la indignacion afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel mas feliz y mas ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *Los Amantes de Teruel* un analisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto; y para quien no tiene la curiosidad de verle, ¿que interese puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradicion á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro pais; á mas de una persona hemos oido decir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinion, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oidas, sino en eternizar, en formular las verdades mas sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente

idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anecdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageracion ó los excesos del amor: pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que le trata: si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalban, que trata la misma tradicion hubiera sido buena, ó mala la de Hartzemburch. Aquella es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y esta es un destello de pasion y sentimiento.

¿Que es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mugeres, como mil se han presentado en el teatro antes y despues de *El convidado de Piedra*? Sin embargo, porque han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y solo *El convidado de Piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Que es un celoso, sino un ser comun de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y que cien poetas han pintado? ¿Porque Otelo solo, porque solo el celoso de Shakespear ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Que es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervantes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Que dice Moliere cuando el *Bourgeois Gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, mas que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quien ignora que los goces acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porcion de nuestra existencia? Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para

que Balzac se haya coronado de gloria con *La Peau de Chagrin*?

El huevo de Colón es la parábola mas significativa de lo que hace el talento. Las verdades tolas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la humanidad; la posteridad solo decide, y la sucesion de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Solo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer sintoma de verdadero talento.

Los Amantes de Teruel están escritos en general con pasión, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecia el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginacion y la tradicion abultan hasta lo infinito. ¿Como persuadir al auditorio que la *Amante de Teruel* podia dar su mano á quien no fuese dueño de su corazón? Era preciso sin embargo, y no habia mas medio para eso que poner á Isabel en posicion tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasión, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues solo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud, en la perfeccion misma de su protagonista, inventando un episodio bellissimo en la pasión criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discrecion que cuando el espectador la sabe

como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace mas sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfeccion sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creida de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en si misma y en su familia, cede, no empero á la seducción ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que así abusa de la posicion de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco, y don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creible para el espectador, que ya ha hecho la concesion del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la escelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasión violenta y desinteresada que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fria y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con mas razon

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

*¡Maldito el hombre que virtudes siembra
para coger cosecha de desgracias!*

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creacion llena de valor y de entereza. Pobre se enriquece; el amor de una muger se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento mas crítico de su vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro que le roban el tiempo, que es para él mas que la vida; la venganza misma de esa muger le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oido el eco de la campana que se lo anuncia; el crimen es su único recurso, y le comerá; los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá: un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrilego, responde, es injusto.*

En presencia de Dios formado ha si do.

-Con mi presencia queda destruido.

Sublime respuesta de la pasion, tan sublime por lo mismo como el famoso *Qu'il mourut* de Corneille, porque para la pasion no hay obstáculos, no hay mundo, no hay hombres, no hay mas Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el Ayax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personajes, y esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que en el dia se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga espiacion lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos tambien aman, y el amor

es el sentimiento mas egoísta. Si Isabel y Marsilla, solo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasion ante los ojos del espectador, el mismo derecho tienen Azagra y la mora, porque tambien aman: su pasion disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Si, Azagra y la mora parecen odiosos porque no han expresado su pasion: solo esta puede disculpar los excesos; un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra y la mora sienten no es mas que un mero capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos seres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego; y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrá creído acaso que es menos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario: en Azagra se ofrecia la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasion: nos parece mas facil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido que toma por fuerza la mano de una muger.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representacion: sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables,

que la señora Baus ha descubierto un celo grande, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependia enteramente de la ejecucion: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que despues de haberse oido de cerca la campana de visperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible ademas que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos: si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo menos el autor y el drama.

La versificacion y el estilo nos han parecido excelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representacion y en los trages bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oido culpar de largas y lánguidas varias escenas confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto; ¿se nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer mas largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimension, sino la falta de interes; y tanto vale que no le haya, como que la torpeza de los actores se le quite ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien así como un cuar-

to de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á quien se le hace corto un dia entero transcurrido al lado de su amada, ó en buena sociedad.

No quisieramos que el autor hubiese creido necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las exclamaciones acerca de su delito; hubieramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio* mal sonante, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazon del culpable que le hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya, hubiera si lo de mas efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace mas efecto, sino lo que se cala ó se deja entender.

Algun otro lunar pudieramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio las bellezas ocurren los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émules de su merito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oidos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo: si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia: que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles: que las penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los médicos y los necios: que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambicion y la envidia, que mas de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo: y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazon la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican: los sentimientos se sienten.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO TERCERO.

	<i>Pag.</i>
Literatura—Rápida ojeada &c.....	5
Sátira contra los vicios de la Corte.....	16
El fin de la fiesta.....	24
Conventos Españoles.....	31
Figaro de vuelta.....	40
Buenas Noches.....	49
D. Ramon Maria Narvaez.....	65
Dios nos asista.....	68
Cuasi—pesadilla política.....	91
El Trovador.....	99
De la Sátira y de los satíricos.....	106
Teatros.....	105
Carta de Figaro á D. Pedro Pascual de Oliver.....	123
Garcia de Castilla.....	129
No lo creo.....	136
Teresa.....	145
Catalina Howard.....	150
El Pilluelo de Paris.....	158
Figaro al Estudiante.....	163
Los Amantes de Teruel.....	167

